BREVE HISTORIA de la...

MITOLOGÍA GRIEGA

Fernando López Trujillo

De las increíbles hazañas de Hércules a los caprichos de Zeus.
Un apasionante recorrido por los mitos, héroes y dioses del Olimpo cuyas asombrosas peripecias y fábulas son fuente inagotable de sabiduría.

nowtilus
saber

BREVE HISTORIA DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

Fernando López Trujillo

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de la Mitología Griega
Autor: Fernando López Trujillo

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas
Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman
Maquetación: Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-592-9

Libro electrónico: primera edición

Índice

Introducción

Capítulo 1: Mitología y sociedad en la Grecia Antigua

Capítulo 2: Al principio fue el caos

Capítulo 3: El Olimpo, residencia de los dioses

Capítulo 4: Zeus y Hera, la pareja divina

Capítulo 5: El mundo de los muertos

Capítulo 6: En el reino de Poseidón

Capítulo 7: El prototipo heroico

Capítulo 8: Amores para todos los gustos

Capítulo 9: Asombrosas historias

Conclusiones

Bibliografía

Introducción

La sociedad griega clásica de los siglos VII al IV a.C., es a la que asignamos –sin que ella pueda rebatirnos– el mote de "cuna de la civilización occidental". Pero, ¿será preciso decir que aunque con caracteres que le darán su originalidad, esta cultura tiene orígenes más diversos, y en buena medida orientales?

Es necesario apuntar primero, que los griegos nunca se llamaron a sí mismos griegos. "Graeci" fue el apelativo que les pusieron los expansivos romanos, pero aquéllos se denominaron a sí mismos helenos, y "Hélade" a la dilatada región que les vio dar sus primeros pasos en la carrera de la civilización.

El mar Egeo de los siglos XIII al IX a.C. es de una agitación fascinante; pareciera que un gigante hubiera hundido el pie en un hormiguero. Poblaciones de orígenes diversos se trasladan a una y otra margen de ese gran lago salado poblando la miríada de islas que llenan ese escenario. Hace cuatro mil años comenzó a asentarse en las riberas occidentales del Egeo un pueblo indoeuropeo emigrado del norte. Portaban una lengua original, el griego, y este será su mayor aporte al nuevo mundo que surgiría a orillas del mar Egeo.

La región se encontraba ya desde antaño habitada por pueblos que sin duda poseían culturas antiguas y notorias. Podría decirse que Creta es la verdadera cuna de esta nueva criatura, aunque ella misma es producto de otro nudo histórico anterior. A fines del tercer milenio ya Creta era un reino insular que mediante una armada de guerra logró establecer un régimen tributario (Talasocracia) sobre poblaciones de las islas cercanas, e incluso el Peloponeso y el Ática. Y era una sociedad aún más madura cuando ya en el segundo milenio se produzcan tantas transformaciones. En tiempos en que esos nuevos migrantes ávidos de tierras trastornen definitivamente el mundo del Egeo que narraran Homero y Hesíodo.

Hacia el 1200 a.C., cuando pareciera situar -se la acción que Homero reseña, una segunda oleada de migrantes invadió otra vez la península. Es notable que por casi cuatrocientos años no tengamos noticias, y casi ni registros del paso histórico de esta multitud de pueblos en movimiento. A dicha etapa se la suele denominar historiográficamente como "Edad Oscura", un eufemismo para clasificar lo inclasificable por ausencia de fuentes.

Pero de pronto, hacia el siglo VIII a.C. asomó una nueva civilización, y esta se nos revela escribiendo en griego. Seguramente tal hallazgo ha de tener una larga cocina durante esos cuatro siglos, y entre los cucharones que se han hundido en esa marmita hay un decisivo aporte oriental. Porque ese mismo "griego" que les dará su identidad y las bases de su genio, necesitó de la habilidad

lingüística de los fenicios que convirtió en signos los sonidos de esta lengua. Desde entonces sí, lo "griego" será aquella cultura raíz de la civilización europea que aún hoy impregna nuestra cotidianeidad.

Por aquel entonces, este pueblo era conocido como aqueo, así los denominó Homero. En *La Iliada*, la más antigua obra escrita en lengua griega, un poeta que quizá viviera hacia mediados del siglo IX a.C. nos cuenta de una ciudad protegida por colosales murallas y de formidables guerreros que peleaban en unas costas inhóspitas con sus barcos por retaguardia. Es un lugar común en la cultura universal, apelar al famoso "caballo de Troya" para referirse a una acción en que nuestro adversario se ha infiltrado en nuestras defensas. Pero ciertamente, bajo los muros de Troya, en el extremo occidental de Asia Menor, se desarrolló hace más de tres mil años el supremo drama de una humanidad que contaba entonces con una breve existencia histórica.

Los versos escritos o compilados por Homero cuatro siglos después, son el acta fundacional de la literatura en lengua griega. Pero ¿qué sabemos de la vida de Homero mismo? Bastante poco: se decía que fue un bardo ciego, que deam -bulaba de ciudad en ciudad y se ganaba la vida recitando sus poesías. Siete ciudades griegas reclamaban el ho nor de haberle visto mendigar el pan por sus calles, y otras tantas juraban guardar sus restos.

Se sabe más de Hesíodo. Según Herodoto nació hacia el 860 a.C., aunque algunos investigadores sitúan su nacimiento alrededor del año 750 a.C. y aun más tarde. El mismo Herodoto habría nacido cuatro siglos después y, si bien como padre de la Historia ha fijado algunas fechas más o menos seguras en el devenir humano, es claro que la fecha que brinda para el nacimiento de Hesíodo es más bien producto de un tanteo en la oscuridad más absoluta.

La leyenda cuenta que el padre de Hesíodo emigró de Cume (Asia Menor) a Ascra (Beocia), donde se supone que nació su hijo. Se dice que este se trasladó después a Orcomenos, donde murió; por lo menos su tumba se mostraba en dicho lugar en épocas posteriores. Tucídides, contemporáneo de Herodoto y testigo privilegiado de la guerra del Peloponeso (de la que nos dejará una minuciosa crónica), menciona una tradición según la cual fue muerto en el templo de Zeus Nemeo, en Oeneon de Lo cris, por los habitantes del lugar.

Pero la versión de que ambos (Hesíodo y Homero) tomaron parte en un concurso de poe sía, es un disparatado anacronismo. Sin embargo, es posible ver que ambas obras participan de un espíritu común. Tarde hemos venido a saber que aquello que Homero reseñaba, de una guerra que enfrentara a troyanos y aqueos por el espacio de una década en las arenas de la costa occidental de Asia Menor, no era un producto de su imaginación. A fines del siglo XIX las investigaciones del Dr. H. Schliemann dieron con la perdida ciudad de Troya, y aquella epopeya que por milenios fuera tenida por ficción adquirió de pronto caracteres definidamente históricos.

Seguramente tiene rasgos tanto más mitológicos la segunda obra atribuida a Homero, *La Odisea*. Pero nadie descartaría que muchas de las historias allí narradas cuenten con algún basamento cierto y, quién sabe, hasta verificable.

Por lo menos, es posible verificar históricamente numerosos detalles culturales y técnicos a los que refiere el texto. El mismo procedimiento puede aplicarse a *La Teogonía* de Hesíodo, una extensa génesis del entero panteón griego. En cambio, su otra obra conocida, *Los Trabajos y los Días*, es la más genuina muestra del temperamento práctico griego: un minucioso tratado que incluye métodos de labranza y de la debida observancia de las estaciones, un calendario y numerosos preceptos para la administración casera, comercio, elección de esposa, navegación y hasta educación de los niños. Porque si algo caracteriza a la cultura helena es su practicidad. El propio antropomorfismo de su

religión es la prueba más cabal de su actitud práctica frente a la vida. Sus dioses cubren desde sus características específicas las más diversas necesidades de la sociedad griega. Su devoción no es extática, sus divinidades poseen todos los vicios y pasiones que inquietan a los pobres mortales. Esto es quizá lo que hace tan atractivo el relato de sus aventuras.

Cada cultura ha brindado a la posteridad alguna epopeya memorable. Esta épica del "periplo del héroe" puede ser verificada en las más diversas culturas. Pero la mitología griega, el cuerpo de leyendas y mitos que fueran recopilados y volcados a texto, contiene centenares –sino miles– de epopeyas individuales de héroes, dioses y criaturas fabulosas. Ellas constituyen el sustento imaginario de una cultura, de un pueblo; le cuentan sobre sus orígenes, sobre un remoto pasado, fundan una tradición.

Paradójicamente, la comprensión de una identidad común tan evidente, no dio por resultado ningún sistema político estable que agrupara a los griegos. El mismo Herodoto afirmaba: "…nosotros de la misma raza y de igual idioma, comunes los altares y los ritos de nuestros dioses, semejantes nuestras costumbres".

Sin embargo, todas sus uniones fueron circunstanciales. Aquella que reuniera guerreros de toda la Hélade para combatir bajo las murallas de Troya, se desarmó inmediatamente después de desaparecer el motivo del agrupamiento guerrero. Las invasiones persas darán motivo a la constitución de diversas alianzas y confederaciones, ninguna demasiado duradera.

Tal vez la estructura más estable que lograra coordinar muchas de estas "polis" griegas fue la Liga de Delos, una alianza militar constituida con la hegemonía ateniense. Pero esta última circunstancia implicó –naturalmente– la ausencia de las ciudades del Peloponeso aliadas a Esparta, la eterna rival de la luminosa Atenas. Finalmente, la misma codicia ateniense acabó por destruirla.

Los enfrentamientos casi permanentes que involucraron alternativamente a la inmensa mayoría de esas polis helenas del Mediterráneo oriental (e incluso del Tirreno, porque también las ciudades de Sicilia participaron) en lo que se denominó "guerra del Peloponeso", las debilitaron a un punto tal que fueron presa fácil de la dominación macedónica cincuenta años después. Por lo demás, Grecia no volvería a tener la oportunidad de unificarse en una sola nación sino hasta el siglo XIX de nuestra era.

Pero claro, hablamos de instituciones políticas unitarias, puesto que las culturales brindaron herramientas muy eficientes, hábiles para mantener a esos pueblos ligados por cientos de años. La primera y más importante de ellas es la institución de las Olimpíadas en el año 762 a.C. De estas competencias participaban, cada cuatro años, atletas de todo el Egeo y las lejanas colonias en Sicilia o Libia. Se decía que los juegos habían sido instituidos por el héroe dorio Heracles, hijo de Zeus y Alcmena.

Porque el principal elemento aglutinador, de allí el sentido del texto que presentamos, es la propia religión de los griegos. Entre las instituciones de este tipo se destacan los santuarios, visitados por peregrinos de todo el orbe. Sobresaliendo el oráculo de Delfos, donde la Pitia daba a los consultantes su predicción. El prestigio de sus vaticinios era tal, que nadie podía sustraerse a ellos. Era consultada por ciudadanos que venían de las urbes más alejadas a esta pequeña ciudad de la Fócida situada en la vertiente sudoeste del monte Parnaso.

Por supuesto, la profunda originalidad griega excede las cuestiones lingüísticas. Un breve listín debiera incluir la belleza de su escultura y su monumental arquitectura, su poesía, su literatura, sus ensayistas y pensadores, autores del primer pensamiento racional sistemático. También sus progresos técnicos en la agricultura y en la navegación, pero además esta originalidad reside, en buena parte, en

la sofisticación de sus instituciones políticas, económicas y sociales que muy pronto distinguieron a este pueblo de todos los que convivían con él en el Me di -terráneo oriental. Porque la griega es quizá la primera cultura verdaderamente urbana de la an -tigüedad, y la polis, como centro de aquella vida ciudadana, la suprema adquisición de su cultura.

Las grandes ciudades de la antigüedad, Menfis o la Tebas egipcia, Nínive, Ur o Lagash, son recintos cerrados poblados de templos y palacios, habi tados por príncipes, sus familiares, su corte y su aparato burocrático. El pueblo está ex cluido de estas ciudades, apenas si aparece aquí y allá como servidores, no como habitantes de la ciudad. La inmensa mayoría del pueblo estaba constituida por agricultores que vivían en los campos. Por el contrario, ese pueblo de artesanos y granjeros que eran los griegos vivían en sus pequeñas ciudades en las que desarrollaban toda su vida social, y se trasla daban diariamente a sus ocupaciones en las cercanías. Puede encontrarse quizá en esta peculiaridad el carácter llano, plebeyo y democrático que darán a sus construcciones culturales, sociales y políticas.

Este es el escenario en que los dioses griegos desarrollan sus querellas, sus celos y sus colosales odios. Penetremos ahora sin prevenciones en su mundo, que ha de decirnos mucho de nosotros mismos.

1

Mitología y sociedad en la Grecia Antigua

Siempre que la historiografía describe las creencias de los griegos, suele hablar de politeísmo. Y es que bien temprano comprendieron los helenos –como otros pueblos– que no tenían control sobre una buena cantidad de fuerzas primordiales que gobernaban su existencia.

Aunque comprendieran la unidad esencial de todos los fenómenos observables, e incluso le atribuyeran un origen común fundado en el caos, lo cierto es que estos fenómenos se presentaban como autónomos e impredecibles. Tormentas, inundaciones, volcanes y terremotos, así como el sensible paso del tiempo, no podían someterse a la voluntad humana ni se veían encadenados por alguna racionalidad que los explicara.

Es natural que los griegos arcaicos buscaran congraciarse con fuerzas tan poderosas a las que se hacía imposible dominar, y así habrían nacido esos ritos de sacrificio y homenaje. Esto era particularmente necesario cuando de alguna de ellas dependía la supervivencia misma de la especie, como es el grado de fertilidad de las tierras, esa potencia generatriz que devolvía el esfuerzo humano en pródigas o magras cosechas.

¿Puede resultar extraño que los antiguos atribuyeran características humanas a estas fuerzas? Lo cierto es que muchas de sus manifestaciones parecían tan caprichosas y volubles como las del alma humana. ¿Por qué no verlas así? Y al mismo tiempo: ¿por qué no atribuir un mismo carácter a esas cualidades específicas de la conducta humana como el amor, el desdén y el odio? Por último, los antiguos tenían clara conciencia de que su naturaleza humana no estaba desvinculada de la naturaleza en general. A esto refería la postulada unidad de todo lo existente.

Pero además, proscribamos toda irracionalidad en esta forma de pensamiento. El mismo Aristóteles decía que si fuera un dios, no desearía ser adorado sino tan solo comprendido. Y esto fue lo que intentó la cultura helena a lo largo de más de cinco siglos. El propio "conócete a ti mismo" de Sócrates no es más que una extensión de este aserto, puesto que este "conocer" implica al hombre en su circunstancia, de la que no puede escapar. Tironeado por fuerzas contradictorias, ha de hacerse una idea de estas para convivir con ellas, para sobrevivir a ellas.

Los mitos fundadores cumplen satisfactoriamente con las preguntas más elementales de cada sociedad urbana. Porque es de sociedades urbanas que estamos hablando. Si las fuerzas que rigen el Universo físico deben regir también en el universo moral, entonces determinan la conducción de las relaciones humanas.

Pero en la construcción de la ciudad surge la ley. Así, las Furias o las Erinias que por mandato de los dioses castigaban a los mortales, cesaban su jurisdicción en la ciudad a la ley impuesta por los hombres. Y en su razonamiento confiaba la justicia. Estas Furias resultaban, así, el mito fundador de la justicia humana en la urbe helénica.

¿O será mejor decir que es Atenea el principio de esta prerrogativa de la ciudad?

La leyenda cuenta que durante la guerra de Troya, Clitemnestra, la esposa del rey Agamenón que conducía las tropas griegas que sitiaban la ciudad, aprovechó la ausencia de su marido para liarse en amores con Egisto. Este joven cortesano y la infiel matrona tramaron en los largos años que duró la lucha al otro lado del Egeo, la muerte del marido y la usurpación del trono. Al regreso de Agamenón tras su triunfo sobre los troyanos, Egisto y Clitemnestra lo asesinaron y usurparon el trono. Orestes, el hijo mayor del rey, que no había permanecido ignorante del crimen consumado por su madre, decidió vengar la pérdida de su padre y dio muerte a los dos amantes en el lecho paterno.

El matador, entonces, fue perseguido incesantemente por las Furias que no perdonaban el matricidio. Después de recorrer toda la Hélade escapando del acoso divino, Orestes se refugió finalmente en Atenas. Allí, fue Atenea la que se opuso a que las Furias penetrasen en la ciudad. A cambio les ofreció un tribunal bajo su propia presidencia.

Así encontró su origen mítico el Tribunal del Areópago, que juzgará desde entonces los crímenes de los habitantes de la polis. Constituido en la Acrópolis, el tribunal contaba con la participación de doce ciudadanos. Se dice que cuando se sustanciaba el juicio de Orestes, la propia diosa volcó con su voto el veredicto en favor de la absolución al llevarlo al empate. En efecto, desde entonces quedó establecido que, a paridad de votos, sería absuelto el acusado.

Pueblos movedizos, como lo fueron aquellos dorios de principios del primer milenio antes de Cristo, se establecieron aquí y allá, superponiéndose a otras etnias anteriores y otras deidades y otros mitos. Así fundaron sus ciudades, y los mitos proveían legitimidad a una construcción social determinada. A veces reflejaban una dominación de un pueblo sobre el otro, como es el caso de los mitos que difundieron los espartanos en Arcadia; en otros una fusión feliz. Si aquéllos entraban en contradicción –como a menudo lo hacían– la cultura se ocupaba de ir reformando la leyenda de modo se que ajustara mejor a las necesidades de la polis y sus ciudadanos, puesto que la religión griega fue esencialmente urbana y un canto a esa comunidad que rendía tributo a su espíritu gregario y clasificaba las formas de su convivencia.

Pero es que, además, ¿son realmente una religión las antiguas creencias de los griegos? Para empezar, una religión está caracterizada por dos elementos fundamentales: el dogma y el culto. El primero sistematiza de una vez para siempre un conjunto de creencias que hacen al origen y destino de un pueblo. El culto es esa acción que pone en práctica a través de ritos inmutables aquel dogma.

La conservación de este dogma y la práctica del culto requieren en general de ciertos oficiantes –siempre los mismos– a los que se denomina sacerdotes. Y sucede que salvo raras excepciones no existió en la antigüedad griega un cuerpo urbano dedicado permanentemente a esta actividad. No existió en fin una religión de Estado, por lo que se hizo muy difícil distinguir la ortodoxia de la herejía. Aunque esta, o su persecución, asomó en ocasiones y valdrá la pena referirnos a ellas.

En Atenas, por ejemplo, la polis más populosa y desarrollada, los sacerdotes, como los magistrados, eran elegidos por un tiempo limitado para presidir alguna festividad determinada. No eran por ello relevados de sus otros deberes militares o civiles, y eran en un todo iguales a cualquier otro ciudadano. La tarea encomendada era adjunta a la de sus otras obligaciones civiles.

A lo sumo, quizá se le exigiese alguna virtud particular. Por ejemplo, los sacrificadores eran en general elegidos entre cocineros y carniceros, más habituados a matar y trocear a sus víctimas. Por lo demás, el sacrificio solía concluir en una gran comilona, donde también se bebía a la salud y en homenaje de la deidad invocada. Siendo por lo general bueyes, ovejas, cabras y aves las víctimas de los sacrificios, es natural que los profesionales de la cocina se ocuparan de estos menesteres con

mayor capacidad que otros de sus conciudadanos.

Pero, ¿acaso se quiere con esta prosaica descripción rebajar la importancia que esos cultos tenían para la vida de la sociedad helena? En lo absoluto. Las grandes ceremonias del culto público consistían en fiestas artísticas, pobladas de cantos, danzas y representaciones teatrales. Sus organizadores y patrocinadores solían ser poetas y artistas de toda laya, y en su transcurso participaba gozosa toda la población de la polis. Era en cierto modo un homenaje a sí misma que la ciudad se hacía. Y esto era aún más evidente cuando de la diosa patrona de la ciudad se trataba, como era el caso de las Panateneas en honor a Palas Atenea que celebraban anualmente los atenienses.

Palas Atenea fue la patrona de Atenas, la polis más importante de la Grecia antigua. Allí se elaboraban las leyes de los hombres, pero era también un territorio en el que intervenían los dioses.

Participar de este culto no implicaba solo la festiva fusión en la corriente jocosa y popular, sino, y sobre todo, la incorporación psicológica en un corpus de misterios y creencias comunes. El mismo Sócrates, habitualmente señalado como profano o irreligioso –ya veremos que esta fue la acusación que le valiera su condena a muerte– era capaz de actitudes pías y devotas como la registrada por Platón en estas, las últimas palabras de su maestro: “Le debo a Asclepio un gallo. ¡Oh Critón! Págaselo sin falta” (Fedón, 118).

Comprender este pedido del moribundo exige que nos refiramos brevemente a las tres décadas que precedieron a su muerte.

El juicio a Sócrates

Hacia el 431 a.C. estalló entre los griegos la funesta guerra del Peloponeso. Tras sufrir durante treinta años una hemorragia permanente de sus varones adultos, Atenas fue derrotada y soportó el gobierno de los “Treinta tiranos” que le impusiera Esparta.

Durante el transcurso de la larga contienda, dos pestes terribles se cebaron con la población ateniense entre los años 430 y 426 a.C. Por miles se contaban los muertos. Entre otras consecuencias la ciudad vio crecer el culto de Asclepio, el prestigioso sanador, cuyo santuario en Epidauro fue

desde entonces destino de continuas peregrinaciones. El propio Sófocles, autor de obras teatrales memorables como *Edipo Rey* y *Antígona*, ofreció su casa hasta que se le construyera un altar y una residencia particular a la "serpiente sagrada", que una solemne procesión de atenienses había traído desde el templo en Epidauro.

Vale la pena señalar que el conjunto del pueblo griego se veía asediado por demonios y fuerzas incontrolables, y que aun sus intelectuales y artistas no escapaban a la creencia común y preferían fijar sus investigaciones y disquisiciones en la conducta humana y en las instituciones por esta construidas, y no en su alma. Al orfismo y otros cultos místéricos confiaba el griego su espiritualidad. Los mitos griegos fueron más tarde clasificados sistemáticamente y constituyen la llamada mitología griega, pero la religiosidad de los griegos de la antigüedad se rige por rituales, más que por la conservación de una doctrina. En este sentido se hace más difícil la detección de una herejía y de su antítesis, la propia existencia de una ortodoxia.

El sacrilegio era entonces una cuestión de "hechos", como la mutilación de los Hermes sagrados cuando la expedición ateniense a Sicilia en el 415 a.C., en plena guerra del Peloponeso. A poco de zarpar la flota, este atentado manifestaba el repudio a nuevas levas de jóvenes que eran carne de cañón en las expediciones de los estrategas de la polis. Habrá que decir que estas pintorescas esculturas, ubicadas en esquinas y cruces de la ciudad y de la mayoría de las polis helenas, poseían un gran falo que fue justamente el objeto de destrucción sistemática; la acción posee tal simbolismo que huelga establecer la relación.

Pero sin embargo, Sócrates será acusado de impiedad "…culpable de no creer en los dioses que cree la polis y de introducir otras divinidades nuevas. Es asimismo culpable de corromper a la juventud".

Y la pena propuesta es la muerte. En un día se sustanció el proceso ante el tribunal. Era un jurado de 501 hombres, y Sócrates fue condenado por 281 votos contra 220. Los testigos confirman el respeto que el acusado tenía por los dioses y creencias de sus contemporáneos, creencias que él mismo compartía. Las razones del proceso debieron ser bien otras.

Ya hemos mencionado el contexto de tragedia en que se dieran las circunstancias del proceso a Sócrates. Pero es cierto que algo de esto había ocurrido ya unos años antes con Anaxágoras. Además, este filósofo con su teoría del "nous" como una inteligencia superior ordenadora de toda la materia, dividida en infinitas partes, cuestionaba el conjunto del panteón de la polis.

Afortunadamente para él, pudo refugiarse en la ciudad de Lámpaco y así escapó al decreto de la asamblea que lo acusaba de los mismos crímenes que atribuyera a Sócrates. Parece ser que la verdadera causa de tal persecución se fundaba en el estudio de la astronomía que profesaba este sabio. Por lo mismo, Platón desacreditará este estudio y lo negará en su maestro para defender a este de la acusación de sacrilegio. En su "Apología", destacará el poco interés de Sócrates por esta materia.

También Protágoras, amigo y discípulo de Sócrates, se vio obligado a dejar la ciudad por una acusación similar. Y los mismos Platón y Jenofonte escaparon a lo que sin dudas puede calificarse de una limitada "cacería de brujas".

Sin embargo, apenas quince años más tarde, Platón regresó a su ciudad y fundó allí la Academia que se mantuvo activa hasta el año 529 d. C., cuando fue cerrada definitivamente por el emperador Justiniano, un consecuente ver du go de las escuelas paganas de enseñanza. Esto refuerza el carácter extraordinario de la época reseñada, que explicaría en cierto modo este estallido de violencia devocional y persecución re ligiosa.

La ciudad había adorado a sabios como Solón, que estableciera los fundamentos de la democracia ateniense, pero ¿qué pasaba ahora con estos "filósofos" abiertamente elitistas y aristocráticos que cuestionaban las virtudes de la polis democrática? ¿No decía Sócrates que sus instituciones políticas no eran más que "caprichosos y a menudo mal escogidos convencionalismos"? Atenas había padecido la dictadura espartana de los "Treinta tiranos" que restaurara levemente a la vieja aristocracia de la tierra. Los discípulos del círculo socrático eran jóvenes ricos de aquellas familias. Platón mismo fue pariente cercano de dos de estos tiranos, Critias y Cármides.

Jenofonte, protagonista y relator de la expedición de *Los Diez Mil* al reino persa, fue premiado por los espartanos con una hacienda en Escilo junto a Olimpia. En el 371 a.C. una circunstancial derrota espartana le obligará a exilarse de su tranquilo retiro para morir finalmente en Corinto. Es natural que sus conciudadanos guardaran para el escritor y guerrero el epíteto de traidor a la patria; había nacido en el demos de Erkhia en el 430 a.C.

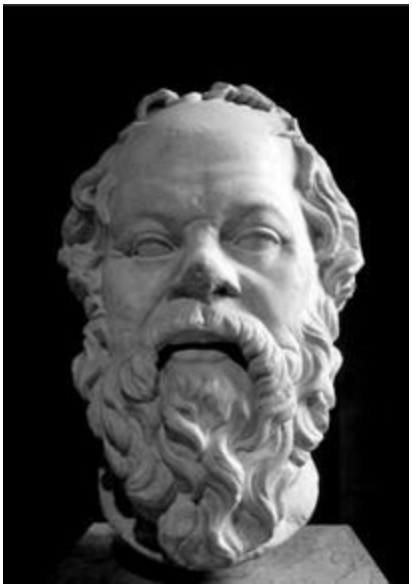
Todos ellos fueron consecuentemente aristocráticos y Atenas padecía entonces mil conspiraciones de aristócratas y aspirantes a dictadores. ¿No es acaso posible en estas circunstancias, que muchos griegos – aquella mayoría de 281 votos no parece de ocasión– pensaran que la "filosofía", la "impiedad" (este cargo simbolizaba un ataque a las creencias de la polis) y la "oligarquía" se daban la mano para ocasionar tantas penurias y calamidades al demos?

No es aventurado imaginar algún atisbo de pánico en los votantes de la Asamblea. Por otra parte, es muy curiosa esta condena a la astronomía; ¿no sería pues que su estudio estaba confinado a aquellos que podían pasar la noche mirando el cielo puesto que no se levantaban temprano para trabajar? ¿No habrá en fin detrás de este rechazo una condena de clase?

Hay quien dirá que a principios del siglo IV a.C. la polis se encaminaba a su desaparición, y que de esto también es indicio el aumento de los cultos mistéricos y orgiásticos, y la proliferación de las prácticas mágicas. Por oposición, podría señalarse el relativo olvido de los dioses tradicionales de la patria-ciudad, que irán transformándose en literatura perpetuamente reproducida por los escritores del helenismo mediterráneo hasta los comienzos de nuestra era.

De este renacimiento de los cultos más primitivos da cuenta la importancia que llegó a tener entonces Tykhe, diosa de la suerte, no más que un genio femenino en la época arcaica, ascendida entonces a la categoría de diosa tutelar de los ritos privados en los hogares. Esos lugares donde se formaba el ciudadano griego.

Por lo demás, es inútil comparar la fama de lec tor de los griegos, que nos ha llegado a nosotros, con la sociedad realmente existente entonces, cuando el texto escrito no era más que una curiosidad de unos pocos. Por otra parte, en un régimen democrático que se mantuvo estable durante más de dos siglos y confiaba a la asamblea popular la soberanía común, ninguna élite letrada era la depositaria última del poder.



Sócrates fue condenado a muerte por "no creer en los dioses que cree la polis". Sin embargo, la acusación carecía de fundamentos reales. Las verdaderas razones del proceso eran otras.

¿Es explicable en esta coyuntura la condena y el sacrificio de Sócrates?

El pueblo de Atenas cargará eternamente con esta muerte, al modo en que se le carga al sufrido pueblo de Jerusalén la muerte del Cristo Jesús. Sin duda ambas simbolizan e implican importantes cuestiones morales.

Si los motivos de la muerte de Sócrates son predominantemente políticos, entonces disminuye la importancia del tema religioso entre las razones de la persecución. Ya el jónico Jenófanes había dicho en el siglo VI que si los asnos fueran religiosos, sus deidades tendrían seguramente la imagen de estos animales. En todo caso la religiosidad griega puede que no aceptara que sus dioses fueran pura invención, mas sin embargo, hasta Píndaro, el famoso poeta beocio, reconocía que dioses y hombres eran de la misma prosapia. Así decía:

> Una es la raza de los dioses y de los hombres; de una sola madre obtenemos nuestro aliento. Pero nuestros poderes son polos separados, pues nosotros no somos nada y para ellos el refulgente cielo brinda por siempre segura morada.

Pareciera un mito compensatorio frente a la inmisericorde vida humana. Esta sola madre que señala el poeta, es Gea, la Tierra, origen de todo lo existente.

LOS DIOSES

Con la expatriación que sucedió a las conquistas de Alejandro, el griego, trasladado a distintas comarcas, tuvo una relación cada vez más borrosa con sus dioses ancestrales. En Pérgamo, en Alejandría, los viejos cultos serán clasificados con pasión y serán dorada cantera para los poetas y trágicos de los siglos posteriores. Pero para entonces, ya se habían integrado al folklore. Las vivencias de los pueblos estarían desde entonces mucho más ligadas a la percepción de demonios cercanos, serían menos afectos a rituales públicos que ya no celebraban la comunidad y la unión, sino al Estado y sus propias necesidades de expansión y supervivencia.

Una vez relativizada suficientemente la tesis historiográfica de la racionalidad del pueblo griego, refirámonos con menos precauciones a lo que fue el desarrollo de la peculiar relación que estableció el pensamiento griego con la divinidad y los cultos consagrados. Hay que decir en principio que el

pensamiento riguroso se alejó en general de este tema limitándose a conocer el universo sensible, que ya tenía bastante ocupado a un individuo práctico como era el hombre griego.

A esta practicidad quizá podamos atribuirle el acendrado antropomorfismo de las divinidades helenas. El místico se imagina un dios inaccesible, incognoscible. Cuando los adoradores se abisman en el éxtasis de su dios caen en el nirvana, o –lo que es lo mismo– en la nada; y los helenos tenían pánico a la nada. Buscaban más bien amigarse con un dios que tuviera la estatura humana y les permitiera conocerlo, prevenirse de sus enojos, orientarse en la elección de los modos de satisfacerlo.

El mismo Herodoto decía que lo que distingue siempre al bárbaro del heleno, es que desde su origen, el heleno fue más sabio y menos accesible a las absurdas credulidades. Concepto que debiera interpretarse para beneplácito del historiador griego como que el bárbaro es esencialmente místico y el heleno fundamentalmente razonable.

No resulta sencillo establecer el punto de partida de estas creencias. Rastrear un origen único como quien devana una madeja puede resultar una operación absurda e imposible. Más valdría citar aquí al estudioso V. Bérard, quien en sus *Orígenes de los cultos árcades*, un texto de mediados del siglo XIX, ya decía que:

> El mitólogo debería considerar la mitología común, no como la fuente, sino como la confluencia de dialectos mitológicos. Antes de exponer la mitología de los helenos, es conveniente reconstituir las Mitologías de los árcades, de los esparciatas, de los atenienses, de los tesalios, de los beocios, etc… El método sintético empleado hasta el presente, precisa substituirse con un método analítico y local.

La sociedad de las polis antiguas era claramente masculina. Se diría que la mujer estaba excluida de lo social. La palabra “hetairos” es una antigua manera de denominar a los compañeros de armas, y en la Grecia clásica surgió la “hetaireia”, como el grupo de hombres de una edad similar, una suerte de grupo de camaradería. Precisamente de este termino nació la “hetaira” como esa “compañera” de los hombres, que los entretenía, o los enamoraba, pero que no habría de casarse con ellos. Era esta una cortesana, en las antípodas de la prostituta a la que los helenos llamaban “porné”.

Primera conclusión entonces: la mujer solo podía participar del círculo masculino –que trasuntaba la única y verdadera sociabilidad–, desprendida de su especificidad generatriz, de su rol de reproductora.

Y sin embargo nada hay en la mitología clásica que dejara prever este destino para las féminas. Cierto es que Palas Atenea nace “ya armada” de la cabeza de Zeus sin intervención alguna de una mujer. Pero también Afrodita nace de la espuma del mar sin intervención de hombre o mujer. Y ambas son diosas de una autoridad superlativa en el antiguo panteón. Podría decirse que Afrodita es la verdadera madre de la civilización griega, desde que lo bello y el amor que ella representa son el supremo valor de esta cultura. Y por dondequiera que recorramos la espesura de su pensamiento encontraremos unida esta belleza a la sabiduría y la razón que la diosa tutelar de Atenas representa.

En lo que respecta a estas diosas, y también a Hera, consorte dinástica del supremo dios del rayo, Zeus; a Artemisa, la bella cazadora, y otras deidades de regular importancia en el panteón heleno, podría concluirse que tienen un origen oriental muy previo al arribo de los griegos (aqueos o dorios) a este rincón del Mediterráneo. Los contemporáneos de los siglos VI y V a.C. reconocían para sí mismos un origen inmigrante, y atribuían a los atenienses y a los habitantes de Argos una precedencia que los antecedía en siglos, aunque no les acreditaran por ello un origen autóctono, digamos, pelásgico, puesto que llamaban “pelasgos” a los míticos habitantes de las tierras que ocuparan los griegos a principios del segundo milenio antes de Cristo.

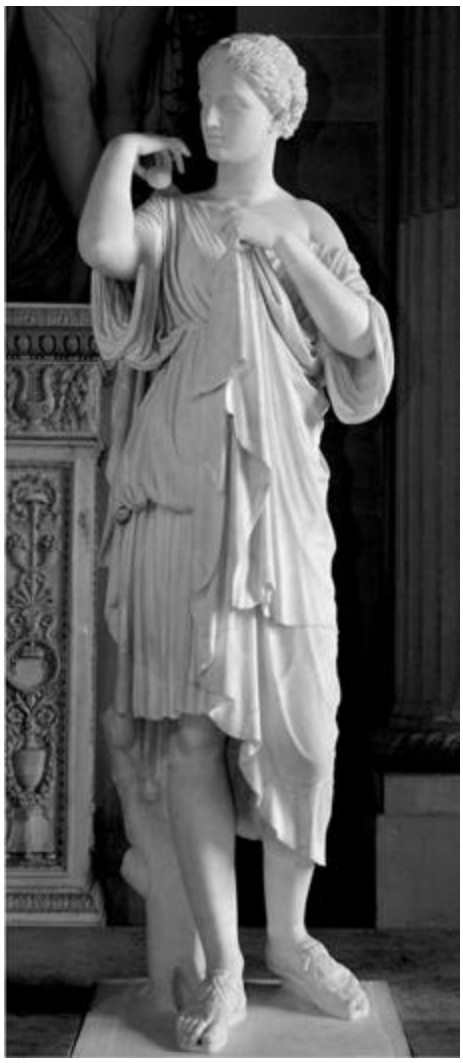
Parece ser que tanto la Hera Argiva del Peloponeso y la Palas Atenea del Ática son típicos cultos orientales que ya habrían dominado la cosmovisión de cretenses y fenicios, pueblos que en su estadio comunitario de evolución tendían a desarrollar cultos femeninos, cultos de la reproducción, diosas de la naturaleza, símbolos de la fertilidad de la tierra.

Por otra parte, las palabras terminadas en assas/essos, como Thalassa (mar) y otras muchas que refieren a localidades como "Kórinthos" (Corinto) y "Athenas", no son de origen griego.

Por fin, a la Hera Argiva se la termina casando con Zeus (a la fuerza, puesto que la tradición indica que la diosa se resistió con vehemencia al "supremo libertino"), y a Atenea se le otorga la ciudad después de una disputa con Poseidón (dios del mar de genealogía helénica), pero se la define como hija de Zeus que nace completamente armada de su divina cabeza para defender la ciudad de sus enemigos. Aunque absorbida por la tradición griega, Atenea conservará la lechuza que recuerda su origen como diosa de la naturaleza y dispensa desde entonces la sabiduría social.

Podría entonces afirmarse casi con seguridad que la profusión de diosas en esta cultura remite a un origen mediterráneo y hasta oriental, mientras que héroes y dioses masculinos refieren a la tradición que estos inmigrantes trajeran desde la alta Dacia o los montes balcánicos.

Se puede concluir entonces que la cultura grie ga nace de un feliz casamiento que se expresa con naturalidad en la vida de sus dioses. Las parejas de dioses pueden remitir entonces a fusiones de pueblos que seguramente no se desarrollaron sin conflictos; muchos de estos se esconden en las tribulaciones y peripecias de sus divinidades.



Artemisa de Gabii. Las diosas griegas parecen tener un origen oriental, en tanto que los dioses y los héroes

pertenecerían a la tradición balcánica. Así, la cultura griega sería un feliz matrimonio con otras culturas.

Las nociones básicas de esta cosmovisión eran introducidas en los jóvenes atenienses desde la edad de seis años. Todos ellos recibían la misma instrucción en las escuelas gratuitas. Aprendían de memoria los versos de los mejores poetas y en especial todo lo que se atribuye a Homero y la *Teogonía* de Hesíodo. Hasta los dieciocho años estos cultos permeaban sus mentes junto al aprendizaje de la lectura y la escritura, la matemática elemental, la natación y las carreras, la música y la danza. Después, por dos años, aprendían a reconocer sus derechos y sus deberes de ciudadano: era cuando formalmente se integraban al ejército y al cuerpo general de la ciudadanía.

Pronunciaban en ese momento un solemne juramento frente a sus parientes y a los magistrados públicos:

> Juro obedecer las leyes, respetar los ritos de mis antepasados, no deshonrar mis armas, no abandonar jamás a mis conmilitones en el combate, luchar hasta el último aliento en defensa de los altares y del suelo patrios; hacer, en fin, todos los esfuerzos para dejar mi país en mejor estado del que lo he encontrado.

La ceremonia incluía el sacrificio de una paloma a la diosa Afrodita, una de sus aves favoritas, junto al cisne y el gorrión.

Y esta educación, aunque pueda parecer vas ta y poco profunda, era la necesaria para habilitar al ciudadano a integrar el tribunal de los heliastas. De su probidad y justeza nos habla alguien que no acostumbraba a juzgar benévolamente a las instituciones de la democracia. Dice Platón refiriéndose a este tribunal: “Todas las causas pueden ser juzgadas por el buen sentido de cualquiera, con tal que haya recibido antes una buena educación”.

Y no debía ser tan burda esta educación cuando el mismo Jenofonte cuenta cómo una sim ple vendedora de hortalizas y frutas interrumpió un día al actor que desenvolvía su parlamento durante la representación de un drama de Eurípides, para señalarle en voz muy alta las palabras precisas que aquél no conseguía encontrar en su memoria.

LAS OLIMPÍADAS

Quizá fue Anaxágoras quien descubrió el secreto último de tanta mitología. Puede ser ese el verdadero origen de su persecución. ¿Qué quiso decir con el “nous”? La Europa cristiana posterior al Renacimiento tradujo su cita *ho nous diekósmese panta* como “la inteligencia suprema es quien ha ordenado todo lo que existe”. Y han querido ver allí una alusión a un dios único y creador. Una especie de anticipo de las religiones monoteístas posteriores.

Pero Anaxágoras era consciente de la complejidad de todo lo existente, y su pensamiento se encuentra imbuido de la misma sorpresa que su cultura manifestó hacia fuerzas contradictorias y caprichosas que escapaban a su comprensión y aun más a su control. Toda esta confusión y desorden podían encontrar un principio de clasificación en la inteligencia humana.

No es que se quiera decir que aquellos fenómenos poseían un orden desconocido, sino más bien que las necesidades de supervivencia humana les conferían a estos fenómenos un orden. En palabras del historiador francés Richepin:

> Todo cuanto existe es caos, confusión, desorden, mezcolanza, que tiene por esencia la casualidad; pero nosotros, hombres helenos, por nuestra lógica, por nuestra imperiosa necesidad de comprender, les dictamos leyes, una armonía que nos ayuda a clasificar, a

comprender, a idear un “cosmos” que satisfaga nuestro amor de lo cognoscible y de lo bello.

El culto de los dioses olímpicos, y la misma celebración de los juegos en aquella ciudad de la Arcadia fueron el inicio de una paz consagrada entre las poblaciones griegas. A fines del siglo IX y principios del VIII a.C. nacen la primeras “anfictionías”, una suerte de alianza religiosa que sirvió de vínculo primario entre las poblaciones cercanas al santuario de un dios, como ocurriera con Delos y el templo de Apolo.

De la misma manera nació y creció el prestigio del templo de Zeus en Olimpia, que se convertiría en cita obligada de gimnastas, actores, músicos y poetas cada cuatro años desde julio del año 776 a.C. En su origen la competencia de carreras establecía cuál sería la ciudad cuyo representante encendería la llama votiva en honor del dios. Con el tiempo las competencias se hicieron más largas y diversas, incluyendo espectáculos teatrales y torneos de música, oratoria y poesía, junto a la tradicional carrera que abría los juegos.

La tradición indica que un tal Ífito, rey de la Élide, organizó los primeros juegos atléticos en honor a Zeus por indicación del Oráculo de Delfos. Desde entonces, cada cuatro años, en el mes de “hecatombión” (entre julio y agosto), jóvenes y adultos de todas las ciudades del vasto mundo helénico participaban en número de hasta cincuenta mil en una ceremonia que duraba siete días, destacando la confraternidad de quienes hablaban una misma lengua. Por supuesto el evento solo concernía a individuos libres, y las mujeres estaban expresamente proscritas. La rama de olivo era el supremo premio para los triunfadores. Ella confería la inmortalidad de figurar en las listas de los campeones olímpicos. A partir del siglo VI también se permitió la erección de estatuas que recordaban a los vencedores en el bosquecillo cercano al santuario.

Las olimpíadas fueron en sí mismas una de las instituciones más exitosas y perdurables de la cultura helena; hasta el año 394 en que el emperador de Bizancio, Teodosio, dictó un edicto que prohibió la continuidad de estos juegos, se habían realizado la pasmosa cantidad de doscientos noventa y tres eventos sucesivos. Las ciudades de procedencia de los consagrados en los torneos se hacían acreedoras por cuatro años a la fama que las hazañas de sus hijos les conferían. Estos competían divididos en tres categorías: infantiles, que se prolongaban hasta los dieciocho años; “imberbes”, que incluían a los jóvenes entre diecinueve y veinte años, y los adultos que superaban aquella edad.

En la carrera pedestre, los participantes corrían descalzos y desnudos en recuerdo de Orsippos, al que la tradición le atribuye haber perdido sus ropas hechas jirones durante la carrera y haber seguido corriendo en dicho estado, logrando vencer finalmente a sus competidores. Desde el 450 a.C. una estatua se elevó en el lugar para recordar la estampa del famoso atleta.

Discóbolo. La figura del lanzador de disco se convirtió en la imagen más emblemática de las Olimpíadas griegas, celebradas cerca del templo de Apolo, en Olimpia. La tradición le atribuye a Heracles la fundación de estas gestas deportivas.

A esta carrera se le agregaron muy pronto competencias de lanzamiento de jabalina y disco, y luchas sin armas como el pugilato. Más tarde se incorporarán carreras de carros (cuádrigas) y una dura carrera de dos estadios (unos cuatrocientos metros) cargando con todo el armamento de un hoplita.

Como puede verse, la mayoría de estas "lizas" estaban pautadas por el entrenamiento básico que enfrentaban los ciudadanos de la Grecia clásica para convertirse en defensores de sus patrias.

Otros juegos del mismo carácter tuvieron alguna importancia, mas no la atribuida a los que se celebraban en Olimpia. Es el caso de los juegos "panhelénicos" que se desarrollaban en Atenas, los "nemeos" dedicados a Zeus que se celebraban en Nemea, los "ístimicos" que en honor de Poseidón se llevaban a cabo en Corinto y los "píticos" que se organizaban cada cuatro años en Delfos en honor al dios Apolo.

Junto a los dioses olímpicos, que concentraban la representación de la comunidad, del grupo, existían esos otros basados en los poderes vivificantes de la naturaleza. Estos últimos eran más accesibles a los individuos, esclavos o libres; enseñaban doctrinas de reencarnación, de inmortalidad. Por el contrario, los dioses olímpicos no enseñaban nada, y a ellos concernía la celebración de los honores que debía el ciudadano heleno a los poderosos, inmortales e invisibles miembros de la comunidad.

Los cultos olímpicos referían a la comunidad y eran los que naturalmente congregaban a los ciudadanos. En ocasiones, cuando derivaban en fiestas populares, era toda la sociedad la que participaba. Pero por lo general, las mujeres tendían a excluirse del culto institucional para inclinarse con mayor entusiasmo a la adoración gozosa de la naturaleza que vivía en las ceremonias de los santuarios de Afrodita o Dionisos, el alegre bebedor de la leyenda.

También los misteriosos cultos de Artemisa y Orfeo de los que no podían participar los hombres y que por tanto se convertían en un punto de construcción de una sociabilidad femenina que escapaba al control de la polis, de sus instituciones y sus "exclusivos" ciudadanos.

Aunque era un miembro destacado de la familia olímpica, Afrodita remitía más a cultos ancestrales y de la naturaleza. Por supuesto que todos los dioses se encontraban ornados con atributos y fuerzas de la naturaleza, pero en el caso de Afrodita estos se vinculaban exclusivamente

con las fuerzas que agitan el alma humana: el amor, el éxtasis en la contemplación de la belleza. A la misma matriz respondía Dionisos, dios de la fiesta, de la cosecha y el verano como estación de la alegría.

Puede que tras la bella diosa Afrodita se ocultase la seductora Astarté de los fenicios. Además se la ha relacionado con la diosa lunar Isis que adoraran los egipcios y fuera adoptada después por los romanos. Es muy probable que su culto ya se desarrollara en la antigua Creta del tercer milenio antes de Cristo. En todo caso, la propia "Teogonía" de Hesíodo ubica su nacimiento en la isla de Chipre. De allí su nombre de Afrodita Cipria, aunque también fue conocida como la "Citera", porque las espumas del mar la habrían dejado abandonada en las playas de este islote cercano a Chipre.

Es la diosa de la generación y la fecundidad, y de allí el amor que especialmente las mujeres le profesan. Una enorme porción de los rituales dedicados a esta deidad están relacionados con las necesidades de primerizas y mujeres que desean quedar preñadas. Pero ciertamente este culto a la fecundidad lo manifiestan los griegos con mayor efusividad hacia Deméter, en quien ven la personificación de la propia tierra. Afrodita, en mayor medida que otras deidades, comparte características de cultos privados y públicos. Desde la Polis se ha querido hacer de ella la protectora de las uniones "legítimas", de los buenos matrimonios y de su conservación.

Homero en *La Ilíada* le atribuye estas palabras al propio Zeus:

> Querida hija, los trabajos de la guerra no te han sido confiados; déjalos al fogoso Ares, a Atenea; ocúpate tú únicamente de los deseos y de las obras del himeneo.

La sociedad griega le encomienda velar por el cumplimiento de las promesas del matrimonio. Una leyenda, que manifiesta su atribución normativa, cuenta la historia de un joven que enamorado de una doncella grabó en una manzana unas palabras y un juramento de matrimonio y la arrojó a los pies de aquélla cuando caminaba por un jardín. La joven Ctesila leyó en voz alta el juramento pero despreció y arrojó al suelo la manzana. Su amante, Hermócares, corrió entonces a casa de la doncella y le pidió al padre su mano, cosa que este concedió sin consultar siquiera.

Pero algún tiempo después, olvidado de su promesa, el padre de Ctesila otorgó la mano de su hija a otro pretendiente. Hermócares irrumpió en el templo en que se desarrollaba la ceremonia y demandó al padre por su promesa. Mientras el suegro ensayaba sus disculpas, su hija quedó repentinamente enamorada del antiguo candidato y concertó a través de su nodriza escapar con este. Lo hicieron y ella pronto quedó embarazada aunque murió al dar a luz a su primer hijo.

La moraleja de este relato enseña que es Afrodita Pandemos la que se venga del perjurio del padre tomando la vida de Ctesila. Alquidamo debió prometer sobre el laurel sagrado que entregaría su hija a Hermócares. La leyenda agrega que cuando llevaban el ataúd de la infortunada madre al cementerio, un pichón escapó volando del catafalco y se perdió en el cielo. El cortejo se detuvo porque quienes cargaban el cajón lo sintieron de pronto muy liviano, y al abrirlo lo encontraron vacío. El joven viudo consultó entonces al oráculo, quien le indicó que debía instalar allí un santuario para Afrodita-Ctesila; el mismo se encuentra muy cerca de la ciudad de Atenas.

Pero a esta Afrodita servidora institucional que protege el matrimonio, la que la urbe clásica daba el nombre de Urania como símbolo de las virtudes domésticas, se contrapone a la más terrestre Afrodita Pandemos, promotora de la pasión, de la satisfacción del instinto, de la sensualidad y el deseo. En ella residirá el culto a la belleza, en ella pensarán escultores y poetas. Su imagen evocará la gracia, el encanto, la sensualidad, la seducción y la voluptuosidad. A ella demandarán secretamente mujeres y hombres por sus amores contrariados, por sus deseos más ocultos.

También cultos exclusivamente femeninos se agrupaban alrededor de la diosa. Por ejemplo en Tebas, el calendario ordenaba una fecha en que las mujeres nobles se travestían de hombres y se encerraban en el templo de Afrodita. Desgraciadamente nada más se sabe del rito, aunque por el tiempo que demandaba este encierro – las fuentes lo estiman en unas veinticuatro horas–, es de suponer que no la pasaban tan mal.

También las atenienses desarrollaban un culto similar durante la fiesta de las Arreforías. Allí unas muchachas se internaban por oscuros pasadizos de los que regresaban con falos y sal. Algunas fuentes refieren la existencia de objetos obscenos pero no especifican cuáles.

En el Himeto, se encontraba un santuario de la diosa junto a una fuente que se decía curaba la esterilidad en las mujeres. En el cabo Colias, en la misma Ática, se elevaba un templo de Afrodita al que las mujeres peregrinaban para pedirle que les concediera muchos hijos. Aunque lo más habitual es que los santuarios de Afrodita fueran el lugar del comercio sexual sagrado. Nos referimos a la existencia de prostitutas sagradas que debían entregarse a los parroquianos por dinero, el que era utilizado para la manutención del templo. En el cipresal de Craneón, por ejemplo nos informa Herodoto que: "…las heteras hacían comercio de sus encantos con los extranjeros. El dinero que así ganaban era destinado a la conservación del culto y el sobrante ingresaba en las cajas públicas".

También en Sicilia esta diosa poseía varios santuarios; el mayor de todos se encontraba en la colina de Érix. Allí, en un altar construido al aire libre, en el que nunca se extinguía el fuego, se sacrificaban a la diosa carneros y cabras:

> …como en Corinto había en el monte Érix gran número de heteras; gracias a ellas, el templo de la diosa contenía grandes tesoros, producto de las ofrendas, así de los indígenas como de los extranjeros.

Afrodita, la bella diosa griega fue la protectora de la fecundidad y la generación. También velaba por el cumplimiento de las promesas del matrimonio, si bien ella misma no las respetaba.

Estos santuarios, su numerosa clientela y sus oficiantes, componían el aspecto más institucional de la religión de los antiguos griegos.

2

Al principio fue el Caos

Sí, el Caos del inicio, pero en seguida se nos ocurre que sería más propio decir "en el principio fue Gea". Ella es madre de todo lo existente. Ya hemos hablado del carácter antropocéntrico de la mitología clásica, pero es necesario señalar antes que tal carácter no se extiende a las divinidades primigenias. Ni Gea, la del amplio seno, ni Eros, que infunde su dulce languidez a los dioses y a los hombres, que domina los corazones y triunfa a partir de los sabios consejos, como nos recuerda Hesíodo en *La Teogonía*, poseen forma humana en la imaginación griega.

Ambos son principios activos. Ella, la tierra, es el eterno e inconmovible sostén de todas las cosas, es la vida, la generación, ¿la naturaleza? Él, es el más hermoso de los inmortales, el movimiento, la voluntad. Hesíodo lo subordina a Gea, pero le da un papel superlativo: "…la fuerza atractiva que lleva en sí los elementos para agregarlos y combinarlos".

Y por supuesto, tampoco el Caos toma forma humana, puesto que no es más que espacio. ¿Vacío? No, es un espacio que contiene en potencia todo lo existente, todo lo porvenir. De este Caos han nacido Gea y Eros. También la Noche, que envolverá a la tierra con su oscuridad estrellada, mientras por debajo de ella se extiende el Érebo, la región subterránea, el lugar de lo muerto, que para el pensamiento griego parece ser otra estación de la vida. Ya hablaremos de los viajes de inmortales y mortales al reino de Hades y de sus distinguidos huéspedes.

En este punto comienzan las desavenencias entre los primeros mitólogos, sublimes compiladores de estas genealogías, y a la vez fundadores de la literatura en lengua griega. Hablamos del jónico Homero, de quien se cree que vivió, cantó y escribió en el siglo IX a.C., y del beocio Hesíodo, que parece haber sido contemporáneo del anterior. Ambos son de existencia borrosa.

Se cree que Homero nació en Esmirna, en el Asia Menor, a principios de siglo IX a.C.; la leyenda lo describe como un aeda (poeta) ciego que recitaba en reuniones informales aquellos poemas que lo harían inmensamente famoso. Estos serían los cantos compilados en *La Ilíada*, que narra la guerra que enfrentara a troyanos y aqueos, el prolongado sitio de Troya y la derrota y destrucción final de esta ciudad; y *La Odisea*, que cuenta las peripecias del regreso del aqueo Odisseo (o Ulises) a su patria en Ítaca tras la guerra de Troya.

Herodoto dice que Hesíodo nació en Ascra, en la Beocia, hacia el año 860 a.C. Historiadores posteriores acercan esa fecha al siglo octavo, aunque coinciden en que su padre emigró de Cume en el Asia Menor (centro de irradiación de la cultura jónica) a la Grecia continental donde el joven Hesíodo se crió, absorbió las tradiciones de sus contemporáneos y las tradujo en dos obras de gran trascendencia. *La Teogonía* trata de la creación del mundo y nos será de ayuda imprescindible para trazar el panorama de este capítulo. Su otra obra destacada es *Los trabajos y los días*, un detallado manual con indicaciones respecto de la labranza de la tierra, las estaciones, el calendario, la administración doméstica, la elección de esposa y hasta el cuidado de los niños.

Hesíodo se adjudica la versión que designa al Caos como continente de todo lo que existe y creador de Gea, Eros, la Noche y Érebo. Por el contrario, Homero –que a pesar de estar narrando una guerra, hace alusiones permanentes a los hechos de los dioses y a su genealogía– atribuye a Océano y a su esposa Tetis, la creación del universo. A propósito, en *La Teogonía* hay una Tetis, esta es ciertamente esposa de Océano, aunque es hija de Urano y Gea. Es una de las más jóvenes titánidas, madre de los ríos y de unas no muy simpáticas criaturas, las oceánidas.

Una de ellas, Estigia, era aquel gigantesco promontorio rocoso frente al que estrellaba la ola de Poseidón a las naves de los hombres. Allí zozobraban y ella esperaba a los humanos en las profundidades. "…Oceánidas de finos tobillos, que diseminadas por toda la tierra, presiden los manantiales profundos".

Para seguir con la genealogía indicada por Hesíodo, en general tenido por autoridad en este aspecto por los mitólogos posteriores, Gea dio origen a Urano que debía cubrirla completamente con su bóveda estrellada, y luego hace de su hijo su esposo y dan origen a una numerosa progenie, constituyendo la primera dinastía divina.

Los hijos de la pareja, todos gigantescos, se agrupan del siguiente modo: en primer lugar están los Titanes, una docena de maravillas de ambos sexos. Ya hemos hablado de Tetis, ahora mencionamos a Tea, Temis, Mnemosine, Febe y Rea; y a sus hermanos Oheanos (Océano), Ceo, Crío, Hiperión, Japeto y el benjamín, Cronos. A este primer grupo de doce personajes se agrega el de los Cíclopes, gigantes de un solo ojo en la frente, orgullosos y pendencieros. Su fuerza y su violencia los hacen temibles. Brontes personifica el trueno, Astéropes al relámpago y Arges al rayo.

Ya señalamos que todos son enormes, pero aún falta el trío de los Gigantes, a los que Hesíodo llama "Hecantonquiros", porque poseen cien brazos que salen de una espalda descomunal. Para ser proporcionales, llevan sobre sus hombros cincuenta cabezas. Aún más violentos y poderosos que sus hermanos, Egión (o Briareo), Cotto y Gías pueden convertirse en una verdadera pesadilla para humanos y dioses.

Podría pensarse entonces que Gea debía sentirse feliz de su abultada prole. Mas ocurre que una limitación había establecido Urano a la fecunda inspiración de la Tierra. Ella procreaba incesantemente pero, para prevenir el ser destronado por sus hijos (un perdurable mito fundador de criterios de descendencia, etc.), Urano los precipitaba al Tártaro. Apenas nacidos, los hundía en la región más profunda de los infiernos.

Esta cuestión de "los infiernos", amerita alguna digresión. Para los antiguos griegos no existía esa cosa llamada infierno, una figura típica de la tradición cristiana. Esta referencia a los infiernos se la debemos a los traductores. El Érebo, el Tártaro, el reino de Hades, es en fin el reino de los muertos. La cosmovisión helénica contiene una clara idea de niveles en una disposición vertical. El cielo, lugar de residencia habitual de la mayoría de los dioses; la tierra en que viven los hombres, territorio que no se sustrae a la influencia de las divinidades, y por debajo el inmenso mundo de los muertos. No es exactamente un lugar de castigo, pero la tradicional imagen tenebrosa que se tiene del mismo, lo constituye en un espacio de reclusión; es claro que nadie querría estar allí.

Gea, a pesar de que para los griegos no tenía forma humana, esta estatuilla de cerámica fue moldeada en Tebas en el 450 a.C. y da cuenta de la importancia radical que la madre Tierra tenía para la mitología.

La venganza de Gea y Cronos

Pues resulta que Gea, cansada de parir y perder a sus hijos, comenzó a tramar una venganza. Fabricó una hoz de blanco acero, y por la noche les participó a sus hijos del plan que había concebido: se trataba de castrar al padre con esta hoz cuando la aludida víctima se encontrase retozando.

Desde luego, sus hijos se espantaron con la idea y amonestaron duramente a su madre. Pero el menor, Cronos, que se había mantenido al margen de la alharaca de sus hermanos, se acercó después a Gea y le pidió más detalles de su proyecto. Consideradas con detenimiento las circunstancias, Cronos decidió secundar los proyectos de su madre.

Se escondió Cronos a esperar su ocasión. El gran Urano se tendió a descansar sobre la tierra gozosamente, que de esa forma se comunicaba con ella. De las sombras salió su hijo; un filo acerado brillaba en su costado: "…lo cogió con la mano izquierda y blandiendo con la diestra la enorme hoz, cortó con rapidez las partes verendas a su padre".

Las gotas de sangre de esa horrible herida cayeron sobre la tierra. De ellas nacerán las Erinias (diosas de la venganza que castigarán a quienes transgredan las normas morales), otros Gigantes y las Ninfas.

Una vez más Cronos hundió el acero en los restos mutilados de su padre y luego los arrojó al mar. Las olas llevaron los restos muy lejos, los transformaron en espuma, y esta espuma arribó a las costas de Chipre dando origen a una doncella de inconmensurable belleza. Había nacido Afrodita. Vemos que es más antigua que todos los dioses olímpicos.

Ahora Cronos sucedía a su padre y buscaba establecerse firmemente en el trono. Para empezar contaba con una experiencia insustituible: sabía que sus hijos intentarían destronarlo. Pero además contaba con absoluta certeza respecto de aquel designio, puesto que se lo había predicho su propio padre.

Urano no murió, aunque fue notablemente perjudicado, con pérdidas materiales e inmateriales. De

las primeras ya hemos hablado, y entre estas últimas se destaca su completa marginación del poder. Aunque contó en su haber como compensación con el privilegio de ver el futuro. Y es este el que le había revelado a su infiel hijo.

Cronos tomó por esposa a su hermana Rea y juntos dieron origen a otra distinguida prole. Pero para precaverse de su cruel destino, se comió sistemáticamente a sus hijos apenas estos nacían. Así devoró a sus tres primeras hijas: Hestía, Deméter y Hera, y a los hijos que les siguieron, Hades y Poseidón. El juego macabro podría haberse verificado también con su sexto hijo, pero cuando estaba por nacer Zeus, Rea le pidió ayuda a su madre –que ya tenía su buena experiencia en el asunto–, y esta y Urano le recomiendan que tenga a su hijo a escondidas y lo refugie en la isla de Creta. Allí alguien se encargará del crío. Que ella regrese con su marido, finja un nuevo parto, envuelva una gran piedra en pañales y se la entregue a aquél en lugar del hijo para que lo engulla como hace habitualmente. Rea siguió puntualmente las indicaciones y así logró que Zeus esquivase el destino de sus hermanos.

Zeus enfrentará a su padre y a los partidarios de este en una epopeya que ya reseñaremos extensamente. Pero para acceder a la oportunidad de destronar a Cronos y fundar la tercera y última dinastía divina, la de los olímpicos, debió antes sobrevivir en las frágiles condiciones en que le dejó su madre: abandonado presurosamente en una cueva en la costa de la isla.

Ignorante del verdadero destino de su hijo, Cronos descansaba confiando en su invulnerabilidad, mientras la criatura había sido tomada bajo la protección de las hijas de Meliso, el rey de Creta, que le construyeron una cuna de oro donde lo mimaban y alimentaban. Melisa y Adrastea le suministraron la ambrosía que consumen los dioses y la leche de una cabra peculiar que pastaba en las inmediaciones de la gruta en que lo tenían oculto. Se trataba de la cabra Amaltea, un animal infernal que asustaba a los propios Titanes, quienes habían pedido que fuese recluida en la isla de Creta.

Este animal fabuloso le proveerá a Zeus otros dos prodigios, aparte de su leche. Primero el "cuerno de la abundancia" que el precoz Zeus le arrancó para entregarlo como regalo a las hijas de Meliso en agradecimiento por cuidar de él. Este cuerno era capaz de proveer a su dueño los bienes y alimentos que pidiera. Y, segundo, la piel de la cabra que lo hacía invulnerable a cualquier saeta. Esta piel que llevaba en el centro la cabeza de la Gorgona (ver más adelante Animales fabulosos) será la égida que Zeus donará a su hija Atenea.

Los himnos homéricos, atribuidos así al poe ta aunque difícilmente le pertenezcan, cuentan que cada día la preciosa criatura bebía la ambrosía que un águila traía en sus garras desde la fuente ubicada al otro lado del océano. Zeus recompensará a esta ave dándole la inmortalidad y el imperio de los aires.

Otra tradición popular afirma que Zeus fue amamantado por una marrana que emitía sonoros gruñidos para ocultar al oído de Cronos los berridos de la criatura. Por cierto, el niño era bastante escandaloso y la leyenda agrega la existencia de unos personajes misteriosos llamados Curetes o Coribantes, emparentados o pretendientes de las dos jóvenes princesas, que entrechocaban permanentemente sus escudos generando un gran estrépito para disimular la presencia del niño. Cuando Cronos se entera de la traición de estos coribantes los transforma en leones, pero triun fante Zeus, los hará reyes de los animales.

Apenas pueda actuar por sí mismo, Zeus liberará a los Titanes, sus ancestros prisioneros en el Tártaro. Pero estos no se lo agradecerán precisamente, sino que liberados de su encierro se convertirán en sus más empecinados enemigos. No ocurrirá lo mismo con los Cíclopes, que le ayudarán forjando para él el trueno, el rayo y el relámpago, los cuales serán sus atributos

característicos.

Apolonio de Rodas, gramático alejandrino del siglo III a.C., rescata un detalle que no mencionaban Hesíodo ni Homero. Dice que Adrastea le regaló a Zeus niño una bola agujereada de parte a parte rodeada de anillos de oro que guardaba en su interior una hiedra. Cuando la arrojaban al aire, esta bola, en su caída, trazaba una estela maravillosa parecida a la que deja en el cielo una estrella que cae. En fin, una suerte de sonajero digno de un dios olímpico.

La hora de Zeus

La treta planificada para destronar a Cronos resultó mucho más efectiva de lo que podía esperarse. Cuando Zeus se sintió fuerte y dueño de su voluntad, pidió auxilio a Metis, la hija del Océano, para que le ayudara a devolver la vida a sus hermanos. Metis le hizo beber a Cronos un brebaje que le produjo unos vómitos insoportables. Así expulsó primero la piedra con la que le engañara su esposa, y luego uno a uno aparecieron Hera, Deméter, Poseidón, Hestía y Hades.

Pero que Cronos aceptara su derrota no implicaba que lo mismo hicieran sus hermanos y parientes, reacios a tolerar a un nuevo aspirante al trono. Ya dijimos que los Titanes serán los primeros enemigos, aunque al malquistarse Zeus con su abuela Gea, pronto se le sumarán otros enemigos tanto o más peligrosos que los Titanes: se trata de los Gigantes nacidos de la sangre de Urano que Cronos derramara al mutilarlo. Son al menos un centenar, y aunque no inmortales, resultan enormemente poderosos.

Cierto que ahora contaba Zeus con importantes apoyos para afirmar su nueva dinastía. Le apuntalaban en principio sus hermanos, seis, si incluimos a Afrodita, aunque esta bien podría ser su tía y hermana de Cronos. Por supuesto contaba con la adhesión de su madre Rea. Pero además, ya dijimos que Zeus recurrió a otros, sometidos al Tártaro por un padre cruel como Cronos.

Los Cíclopes estaban custodiados por un ser monstruoso, Campe. Zeus lo mató y liberó a Brontes, Astéropes y Arges. A diferencia de la ingratitud de los Titanes, los Cíclopes se mostraron bien pronto agradecidos a Zeus por haberlos liberado y fabricaron para él, como ya dijimos, el rayo, el relámpago y el trueno. Para Poseidón produjeron el tridente, que es su emblema y símbolo de su calidad olímpica. Y dieron a Hades la "Kyné", el casco de piel de perro que lo hacía invisible envolviéndolo en una nube impenetrable. También tejieron un velo de acero que les ocultaba a los Titanes el resplandor del rayo de Zeus para que no pudieran precaverse de él. Incluso proveyeron el altar sobre el que los conjurados hacían su solemne juramento de acabar con sus enemigos y apoyarse hasta vencer.

Antes que un buen ataque, se ha de tener una buena estrategia, y Zeus no mezquinaba esfuerzos en la acumulación de tropa propia. Viendo que en el Tártaro también padecían los Hecatonquiros que allí había confinado Cronos, Zeus se propuso liberarlos. Rompió sus cadenas y sumó este portento a su campaña, "…trescientos peñascos, lanzados a la vez por sus robustos brazos, caían sin cesar sobre los titanes y los cubrían con una nube oscura", dice Hesíodo para destacar la eficiencia de los tres "centimanos".

Zeus fue la mayor divinidad griega. Era, además, un político lúcido y un guerrero valiente. De su mano, los olímpicos fundaron una nueva dinastía.

Los Titanes fueron así vencidos, pero restaban enemigos aun más poderosos. Contra ellos dirigieron los olímpicos una larga guerra –Hesíodo habla de una década– rica en episodios e historias independientes, que se agrupó con el nombre de "gigantomaquia". En ella los Gigantes fueron finalmente vencidos, pero los dioses no podrían triunfar sin la ayuda de un mortal, que será paradigma del héroe griego. Se trata de Heracles o Hércules, a quien se le reserva un papel fulgurante en el desarrollo de la contienda.

La lucha se desarrolló en la montuosa península calcídica en el noreste de Grecia, a la entrada de la Tracia. Junto a Zeus se encontraban su hija Atenea y su hermana Hera, a quien había tomado por esposa. También estaban Afrodita, Poseidón y todos sus hijos (ya veremos que Zeus se reveló como un gran amante): Apolo, Hefesto, Artemisa, Dionisos, Hermes, Hécate, las Parcas…; las fuerzas de Zeus no habían dejado de crecer. Cada uno de ellos intervino en algún episodio determinando la derrota de algún Gigante. Y estos eran muchos, las fuentes conservan más de treinta nombres: Porfirión, Alcioneo, Encélado, Efialtes, Euritos, Clitios, Hipólito, Agrios, Toon…

En un momento peligró el triunfo de los olímpicos, porque Gea se había propuesto darles de comer a sus Gigantes una hierba que los haría inmortales. Pero algún colaborador desafecto le informó a Zeus y este prohibió al sol, a la luna y a la aurora que aparecieran hasta que él hubiese segado al último vástago de la hierba maravillosa.

Dos Gigantes resultaron derrotados por Atenea. La diosa acabó con el gigante Encélado aplastándolo con el peso de la isla de Sicilia, y degolló a Palas con cuya piel se fabricó la "égida" (escudo) que la hizo invulnerable.

Ya hemos visto que Apolodoro le adjudica esta condición a la piel de la cabra Amaltea. En cualquier caso, la piel de estos Gigantes era muy peculiar, y el mismo Apolodoro de Atenas dice que "…su vista era espantosa. Llevaban largas barbas y cabellos largos, y cubrían sus piernas escamas de serpientes".

Atenea era una combatiente, en cambio Hera y Afrodita apelaban al arma femenina de la seducción para librarse de sus enemigos. En una oportunidad Heracles atacó con sus flechas al gigante Alcioneo. Y aunque lo había atravesado varias veces, este no desmayaba. Atenea le informó entonces al héroe que Alcioneo era invulnerable mientras pisase el suelo de Palene (una de las tres penínsulas de la costa de Tracia) en que había nacido. Heracles lo forzó entonces a seguirle para así poder darle

fin.

Su gigante hermano Porfirión que había presenciado el triunfo de Heracles atacó a este y viendo Zeus que su campeón peligraba, indujo en el Gigante una súbita pasión por su esposa Hera. Porfirión se lanzó desbocado sobre la hermosa Hera arrancándole la ropa a jirones. Fue el momento que eligió Heracles para atravesarlo con sus flechas.

Una historia similar afirma que Afrodita tendió una trampa a varios gigantes. Escondió primero a Heracles en una cueva y luego con sus artes y encantos atraía uno a uno a sus enemigos al antro en que el héroe les despachaba. Por su parte, Poseidón persiguió a Polibotes hasta la isla de Cos. Sus residentes cuentan hoy que el dios del mar arrancó los riscos de Nísiros y los lanzó contra él sepultándolo donde hoy se encuentra este promontorio.

Dionisos, en cambio, apenas si participó accidentalmente en la lucha. Se cuenta que el dios se trasladaba como siempre, con su tropa de sátiros y silenos montados en asnos, cuando percibieron que los Gigantes se acercaban. Entonces comenzaron a rebuznar espantosamente hasta provocar la huida del grupo hostil que se creía atacado por algún monstruo desconocido que los dioses enviaban.

Así, los Gigantes fueron vencidos, pero Gea no era de esta condición, y parió al gigante Tifoeo, el último de sus hijos, el más monstruoso (otras fuentes atribuyen este portento a la maternidad de Hera). Dice Hesíodo que sobre sus hombros se erguían cien cabezas de monstruoso dragón, que blandían sendas lenguas negruzcas y de sus ojos salían llamas. De todas estas cabezas partían a la vez sonidos muy agudos, inexplicables, enloquecedores. Así nos lo describe Apolodoro:

> De sus muslos salían muchas víboras que formando repliegues tortuosos le envolvían hasta la cabeza y dejaban escapar espantosos silbidos. Todo su cuerpo estaba cubierto de plumas, y espesas y enmarañadas crines flotaban por su cabeza y sus mejillas…

El Leviatán fue liberado y salió pronto en busca de su presa. Los dioses huyeron despavoridos. Se escondieron en Egipto y para pasar desapercibidos se transformaron en animales. Entretanto Zeus se había enterado de la amenaza y lo atacó con una hoz de diamantes y su poderoso rayo, con el que lo obligó a escapar.

El dios lo persiguió hasta Siria; allí lucharon cuerpo a cuerpo, pero Tifoeo contaba con las víboras que salían de sus muslos y se aferraban a las piernas, los brazos y la garganta de Zeus. Sofocado por los anillos de los ofidios se vio reducido a la impotencia. El Gigante le arrebató la hoz y con ella le cortó a Zeus los nervios de los pies y las manos. No lo mató.

Luego, lo cargó sobre su hombro y lo llevó a su cueva en Cilicia, en el litoral sur del Asia Menor. Allí separó los nervios que envolvía en una piel de oso y abandonó en un rincón el cuerpo exangüe.

Habría estado perdido el gran dios del trueno si no hubiese contado con la ayuda de Hermes, que valiéndose del casco de invisibilidad de su tío Hades, penetró sin ser visto en la cueva y escapó con el cuerpo de su padre. Con gran pericia recompuso sus nervios y la circulación de sus venas.

Ya recuperado, Zeus montó en su carro celeste del que tiraban caballos alados, y se lanzó en persecución del Gigante acosándolo con sus rayos. Tifoeo respondió arrojándole montes íntegros, pero sangraba y se debilitaba. Cruzó entonces el mar para refugiarse en Sicilia. Allí lo alcanzó Zeus, lo mató y enterró bajo el Etna.

EL DIOS Y LA IRA

Por fin, parece que Zeus había triunfado sobre sus enemigos; mas nunca tienen un final definitivo las historias que recorren la Hélade.

Primero está el asunto de la sorpresiva aparición del Gigante. Zeus sospechaba de su esposa, y no andaba desencaminado. En el himno a Apolo se cuenta que Hera estaba profundamente ofendida con Zeus porque este se había atrevido –él solo–, a dar a luz a Atenea "ojizarca". Y que ciega de furor exclamó:

> Escuchadme ahora, Tierra, y encima, vasto cielo; y dioses Titanes, que bajo de la tierra moráis alrededor del gran Tártaro y de quien hemos salido nosotros, hombres y divinidades; escuchadme todos y concededme un hijo, sin Zeus, que no le sea de ninguna manera inferior en fuerza, sino que le sobrepase tanto cuanto Zeus, el longividente, ha sobrepujado a Cronos.

Hera golpeó la tierra con su mano y esta contestó con un estruendo. Ella sabía entonces que solo debía esperar nueve meses.

Desde entonces, no volvió a encontrarse en el lecho con su esposo. Zeus conocía suficientemente el carácter áspero de su esposa, por lo que no le dio mucha importancia al suceso. Además Zeus era un consumado libertino y estaba más interesado en las bellas mortales que en honrar el himeneo.

Así pasaron los meses y cuando llegaron las contracciones del parto, Hera se recluyó en un lugar secreto a salvo de las miradas de su marido. Allí le nació un hijo que no era parecido a los dioses ni a los hombres. Era… el espantoso, el terrible Tifoeo, azote de los mortales.

Luego, tantos sufrimientos debió padecer Zeus para triunfar sobre un monstruo infernal engendrado por su propia esposa.

Pero allí no terminaba la cosa, puesto que a despecho de su corta vida, el ahijado había dejado un extenso linaje de engendros aún peores que él mismo. Comenzó por unirse a Equidna. La divina Equidna poseía un rostro de ninfa y una mirada dulce. Era hasta la cintura una bella mujer. Pero por debajo de la cintura la terrible Equidna ocultaba su escamoso cuerpo de reptil.

De la unión de ambos nace el famoso can Cerbero, perro de tres cabezas que guarda las puertas del infierno. También la hidra de Lerna, monstruosa serpiente de siete cabezas que habitará los pantanos de Lerna en la Argólida. Además, Equidna y Tifoeo son los padres de la Quimera, un fantástico animal con cabeza y pecho de león, cuerpo de cabra y cola de dragón. Por añadidura habían parido al feroz can bicéfalo Ortros, que cuidaba los rebaños de Gerión. Él y su hermano Cerbero, fueron muertos por Heracles, en el desarrollo de algunos de los trabajos que le fueran encomendados.

Ahora sí Zeus disfrutaba de haberse deshecho de sus enemigos. Era el momento de asentar su reinado. Pero el nuevo rey no resultó magnánimo, y no olvidó castigar a los Titanes. La ingra titud que mostraron luego de que Zeus les liberase les jugó en contra.

El primero de los dioses resolvió condenarlos a la eterna prisión del Tártaro, lugar en el que ya los recluyera su padre Cronos. El Tártaro se encuentra alejado de la Tierra por debajo, tanto como del Cielo por arriba. Pero Zeus no confió en que eso fuera suficiente y tomó aún mayores precauciones. Alrededor del Tártaro se alzaba un muro de bronce y sus puertas de hierro habían sido forjadas por Hefesto, el deforme hijo de Hera. Cotto, Gías y Briareo, los Gigantes que ya le ayudaran en su lucha con los Titanes, se ofrecieron ahora para custodiar la entrada de forma que aquéllos no pudiesen escapar nunca más de su encierro.

Hércules y la hidra de Lerna de Gustave Moreau. La hidra, una serpiente de siete cabezas, era hija del espantoso Tifoeo y Equidna, mitad ninfa y mitad reptil.

Y sin duda el Tártaro es siniestro, pues Hesíodo dice que:

> Una vez que se ha entrado en el Tártaro, no es posible en el curso de un año entero, llegar a su extremidad; seríamos incesantemente arrastrados de aquí para allá por impetuosos torbellinos. En el seno de esos extraños lugares, temidos hasta por los inmortales, yérguese el triste palacio de la Noche, constantemente envuelto en nubes sombrías.

Los gigantes fueron destruidos, los Titanes fueron recluidos, pero Zeus extendió a los vástagos del titán Japeto su venganza. Irascible como pocos dioses, condenó al mayor, Menetio, a purgar en el Érebo su desmedida maldad y audacia.

¿Qué había ocurrido?

Las trifulcas conyugales entre Zeus y Hera son proverbiales y llenan centenares de episodios de las vidas de los dioses; y las "vidas de los dioses" son la verdadera sustancia de la mitología griega; pero las reyertas derivaban en guerras mortales cuando los celos se encargaban de ordenar los acontecimientos, y resulta que el desvergonzado Menetio, al que el ceremonial de palacio le había concedido el privilegio de ser copero del banquete de los dioses, no trepidó en cortejar a la esposa de su divina majestad. Al menos esto entendió Zeus, que obró en consecuencia.

Otro hijo de Japeto y la oceánida Climene, la de los "pies hermosos", va a recibir de Zeus la peor condena que pueda concebirse, según subraya Hesíodo en *La Teogonía*: "…relegado a los extremos de la tierra, no lejos de las Hespérides de voz sonora, Atlante sostiene con su cabeza y sus infatigables manos la bóveda inmensa del cielo".

Eternamente deberá cargar sobre su espalda el cielo para que este no caiga sobre los hombres. Hesíodo agrega que "…fue el prudente Zeus quien le asignó este destino".

Solo una vez se verá Atlante liberado de esa ominosa carga. Cuando el hijo de Zeus y de Alcmena, Heracles, campeón de los hombres, cambie con él su lugar durante el desarrollo del doceavo trabajo que le encargara Euristeo.

Heracles sintetiza la imagen del héroe mítico griego, del héroe trágico. Fruto de una unión extramatrimonial del disoluto Zeus, Heracles sobrevive a dos gigantescas serpientes que le ha enviado la esposa engañada –Hera– para que le ataquen en la cuna cuando solo tiene meses de vida. Seguirá acumulando hazañas, y muy joven se casa con Mégara, una bella tebana de la que se enamora perdidamente. Pero no hay finales felices en las leyendas griegas, ni siquiera hay finales en estas

historias que recomienzan incesantemente. La vengativa Hera, eterna perseguidora del héroe, provoca en él una temporaria locura: en su transcurso y fuera de sí, Heracles asesina con sus propias manos a su esposa.

Cuando comprende el crimen que ha cometido, el desdichado no tiene consuelo y al borde del suicidio concurre al Oráculo de Delfos donde su sacerdotisa, La Pitia, le encomienda como forma de expiación servir a Euristeo. El rey de Tirinto le encargará doce trabajos. Cada uno constituye un haz de aventuras y enseñanzas edificantes, no en vano se transformaron en la lectura predilecta de los escolares de las urbanizadas polis del siglo IV a.C.

En el onceavo episodio, Heracles debe conseguir las manzanas que crecen en un árbol del jardín de las Hespérides. Estas ninfas son sus cuidadoras, puesto que su verdadera dueña es Hera, que ha recibido el árbol de las manzanas de oro como regalo de casamiento de su abuela Gea. Prometeo –al que en otro episodio libera de su prisión–, le recomienda a Heracles que no se acerque al árbol, sino que busque ayuda. En el camino se encuentra con Atlante ocupado en su paradigmática tarea, y es este mismo el que le propone que Heracles lo reemplace por unos momentos mientras él, que se encuentra a cubierto de represalias, recoge en una bolsa las manzanas.

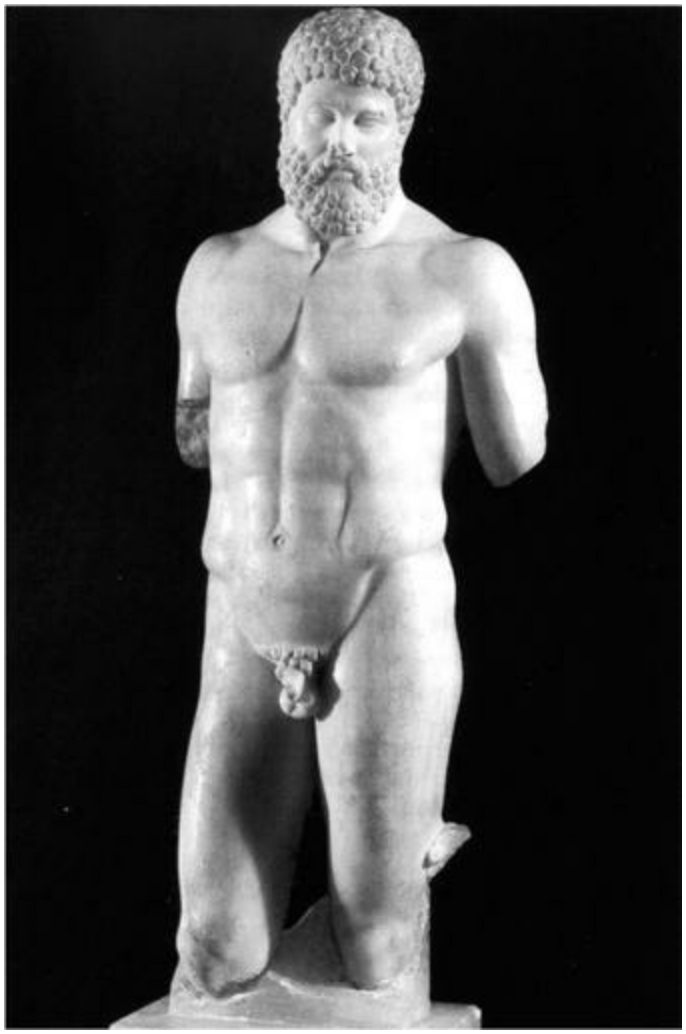
Como es previsible, ahora que por primera vez en años puede caminar libremente, Atlante no tiene grandes deseos de regresar a su vieja ocupación, y cuando vuelve de su faena le dice a Heracles que aún le sostenga algún rato más el Cielo, porque él mismo llevará las manzanas a Euristeo.

Heracles finge acceder, pero entonces le pide que sostenga un instante la bóveda mientras se acomoda el rodete en la nuca para asentar mejor el peso. Atlante es ingenuo: apenas ha depositado el peso sobre su cabeza, Heracles toma del suelo la bolsa, gira y se va sin saludar. Allí queda el pobre Atlante, que soñó con la libertad.

Sus otros hermanos también sufrirán el castigo del dios del trueno cuando se vean involucrados juntos en una situación que promoverá el feroz castigo. Prometeo y Epi meteo son las víctimas de esta venganza divina. Al primero se le atribuye la creación de los hombres que pueblan la tierra, y en cualquier caso su figura asume siempre la representación de las tribulaciones humanas. Otras fuentes dicen que Prometeo es en realidad hijo de Hera. La tradición lo hace ser fruto de la unión forzada con Eurimedonte. El Gigante habría violado a la diosa antes incluso de su casamiento con Zeus.

Como en el caso del Gigante Tifoeo, otra vez Zeus elegiría como enemigo a un bastardo de su esposa. Por su parte, ella hará lo propio con la descendencia espuria de su marido.

Cuenta Hesíodo que Prometeo desencadenó la ira de Zeus por una picardía que aquél cometiera en ocasión del reparto entre dioses y mortales del producto de un sacrificio ritual. Encargado de fraccionarlo, Prometeo armó dos porciones: en una colocó las partes mejores de la carne envueltas en el vientre de la víctima junto con las vísceras, en la otra guardó dentro del cuero del animal los huesos pelados y los cubrió con una fina capa de grasa. Luego le dio a elegir a Zeus y este no demoró en elegir el hato de huesos que parecía tan suculento. Al advertir el engaño Zeus enfureció, y considerando que Prometeo era representante de los mortales, castigó a todos ellos con la privación del fuego.



Heracles. Fue sin dudas el más importante de los héroes griegos, acumulando hazañas sin cesar. En imagen, el Hércules romano de Alcalá Real.

Cuenta Esquilo el sombrío cuadro que atravesarían los mortales por miles de años:

> Tenían ojos y no veían, orejas y tampoco oían. Seres flotantes como en nuestros sueños, durante millares de años no había nada claro para ellos, todo se confundía, todo andaba mezclado. Ni casas de ladrillo, antes abiertas al sol, ni techumbres. Tenían por abrigo agujeros, por donde como la hormiga de cuerpo largo y endeble, se deslizaban al fondo de grutas sin sol. Ninguna noción exacta, distinta, ni del invierno, ni de la primavera, estación de las flores, ni del verano que era la de los frutos. Nada discernían de cuanto hacían (…) caían enfermos y no tenían alivio, ni alimento, ni bálsamo, ni bebida. Faltos de remedio, fenecían.

Prometeo, el supremo benefactor de los mortales, se plantea entonces el deber de devolver a estos el privilegio perdido. La leyenda dice que lo obtuvo del taller de Hefesto, el Vulcano romano, el hijo deforme de Hera y Zeus, soberbio herrero que en su fundición produce prodigios como el mágico trono metálico con el que se vengará de su insensible madre que apenas nacido lo abandonara. Aprisionada mortalmente en él, solo la intervención de su hermanastro Hermes lo hará desistir de su empeño.

Pero volvamos a Prometeo. Este roba el fuego sagrado, lo envuelve en una férula y lo entrega a los hombres para que se haga la luz en sus tinieblas. Zeus le castigará bárbaramente por este delito. Pero primero desatará sobre los mismos hombres su maldición: les dará “la mujer”; aquí nace el mito de Pandora.

El dios le pide a Hefesto que fabrique sin demora un cuerpo mezclando la tierra con el agua, y que lo dote de fuerza y voz humanas. Que construya con sus manos la doncella más bella que pueda imaginarse, encantadora y semejante a las diosas inmortales. Otras divinidades se encargan de colmar al engendro con mil adornos. Atenea y las Gracias la engalanan con maravillosos vestidos y

joyas, y Hermes le inspira el arte del engaño, los discursos seductores y el carácter pérfido.

Los párrafos que describen la engañosa donación que hace Zeus a los mortales, se constituyen en el discurso misógino más claro que nos legara Hesíodo. Según este, es a la mujer a la que debe el hombre todas sus desgracias. Llega a compararla con los zánganos, que engordan con el trabajo ajeno. Para el que encuentre una buena compañera, deberá saber que el bien y el mal se confunden de continuo en las mujeres; si aquella resulta de raza perversa llevará en el fondo de su corazón un eterno disgusto, un pesar incurable. Pero tampoco es el celibato un remedio para esta desgracia, porque en tal caso

> …no tendremos en los días de la triste vejez, nadie que nos sostenga y nos consuele; en vano nadaremos en la abundancia; los parientes lejanos se repartirán al morir nosotros, nuestra herencia.

Zeus le da esta mujer a Epimeteo. Ya su hermano le había prevenido de recibir regalos de Zeus, pero la tentación es tan grande que Epimeteo no resiste. Pandora trae consigo una copa (según algunos), o una caja según Hesíodo, que contenía en su interior todos los males del mundo. Coherente con la descripción de la mujer que ya reseñamos, la indiscreción y curiosidad malsana de Pandora hicieron que esta liberara todos los males señalados, que desde entonces se abatieron sobre la humanidad. Desde el fondo de la caja/copa salió por fin un pajarillo multicolor que detuvo un segundo el vuelo y luego desapareció en el aire. Este, era la esperanza.

Pero Zeus no se conforma con hacerle padecer su ira a todo el género humano, esta la descargará especialmente sobre Prometeo. El desventurado Titán es conducido a la cima más alta del Cáucaso. Allí, Hefesto forja para él unas cadenas que le sujetarán firmemente a una roca. Un águila es enviada por Zeus diariamente a devorar el vientre expuesto de Prometeo. Por la noche su cuerpo se regenera y vuelve a la vida. Este suplicio debía durar millares de años, pero pasados apenas treinta de ellos será Heracles quien lo libere de sus cadenas para que le ayude en el cumplimiento de los trabajos que le encomendaran. Él mata al águila y convoca a Hefesto para que rompa los pesados eslabones.

La leyenda agrega que Zeus se ha reconciliado finalmente con el desventurado Titán, pues le ha perdonado su osadía y lo le recibe en el Olimpo, donde morará desde entonces junto a los otros inmortales. Ya nada se interpone en el feliz reinado de Zeus, que ha subyugado a Titanes y Gigantes, que ha terminado con Tifoeo hasta enterrarlo bajo el Etna. Incluso los hijos de los Titanes vencidos son ahora sus vasallos, como ocurre con Prometeo y su hermano. Cronos y su esposa Rea aceptan que no hay más rey que Zeus en el Olimpo. La propia Hera –su esposa– tan reacia a reconocer la autoridad de su marido, deja escapar esta frase que Homero recoge en la Ilíada:

> ¡Insensatos, que locamente nos enojamos contra Zeus y que nos acercamos a él para subyugarle por la persuasión! Sentado en lugar retirado, nos desdeña, nos menosprecia, se vanagloria de ser el más fuerte y el más poderoso de los dioses! Sufrid, pues, las aflicciones que envía a cada uno de vosotros.

La tercera y definitiva dinastía olímpica ha sido establecida. Con ella comienza verdaderamente el mundo para la tradición helena que visitamos. Concluye un largo período de inestabilidad, caracterizado por cataclismos y grandes revoluciones que definen de una vez y para siempre la circunstancia del ser humano, su destino, su porción de libertad y sueños. Su insignificante sorbo de vida, que es para él toda su riqueza.

3

El Olimpo, residencia de los dioses

Había en la antigua Grecia seis picos montañosos que reclamaban para sí el honroso nombre de monte Olimpo. Había uno en la Arcadia, otro en la Tesalia, también en la Élide, en Misia, en Cilicia y Macedonia. Pero no era sino esta última cumbre, el Olimpo macedónico, el que todos los griegos reconocían como morada de los dioses. Homero se refiere con estas palabras a la cumbre de aquel cerro pelado, y dice que "…(no es) combatido por los vientos, ni besado por la nieve. Aire puro lo rodea, blanca claridad lo envuelve y los dioses gozan allí una dicha que dura tanto como sus días eternos".

Allí reina Zeus con su extendida corte de inmortales.

Para esta pléyade ha trabajado arduamente Hefesto construyendo palacios y jardines. Por supuesto el de Zeus es el más espléndido, pues su sala central debe albergar cotidianamente la reunión de sus súbditos principales. Allí los encantaba Apolo con su lira, las Musas endulzaban con sus cantos sus oídos, y Hebe, la tierna hija de Zeus y Hera, llenaba sus copas con ambrosía, la bebida de los dioses. Esta ambrosía era un licor maravilloso, capaz de conceder la inmortalidad al que la bebiere. Detalle este último que no interesaba, por supuesto, a tan distinguidos bebedores que la poseían de nacimiento.

La vida en el Olimpo parece una eterna fiesta. Todos los autores mencionan banquetes, amenizados por danzas, el tañido de liras, el dulce soplo de las flautas y el recitado de poesías. Tan ocupados como están los dioses en sus divinas actividades –que incluyen disputas casi cotidianas– aún se hacían tiempo para ocuparse de los destinos humanos. Esto último resulta más sorprendente que la propia existencia de los dioses y sus tribulaciones.

Los dorios poblaron las dilatadas tierras de la Grecia continental e insular, las polis se desarrollaron, la sociedad helénica sofisticada y racional floreció, y las nociones sobre sus propios dioses fueron modificándose consecuentemente. Apenas un siglo y medio después del cenit del poderío ateniense, la invasión macedónica diseminaba la semilla griega por todo el Mediterráneo oriental. Llegaba a las selvas de la India y se internaba en las arenas del desierto egipcio. Cada vez pareció más cercana, y hasta cotidiana, la cumbre del monte macedónico.

Hefesto y los Cíclopes forjando un escudo. El dios cojo reinaba sobre el fuego y la forja. Era herrero, artesano y constructor de buena parte de los palacios del Olimpo.

Ya en el siglo I de nuestra era, el poeta latino Ovidio tenía esta visión de la eterna residencia de los dioses:

> En lo alto del Empíreo, hay un camino que la vista descubre cuando el aire está sin nubes. Se le denomina Vía Láctea, y su resplandor atrae las miradas. Por este camino se dirigen los Inmortales al soberbio palacio habitado por el amo del trueno. A derecha e izquierda, bajo pórticos constantemente abiertos, residen los dioses de primera categoría. Aquí y allá hay asignados lugares para el vulgo. A la entrada de esta real mansión, los dioses superiores a los demás por su crédito y por su gloria han establecido su morada. Si fuese permitido este lenguaje, yo no temería llamarlo el palacio del cielo.

Como vemos, se ha operado una maniobra de distanciamiento con los viejos dioses helénicos. Quizá en esta descripción del Olimpo romano esté la clave de comprensión del establecimiento del Imperio. No casualmente Ovidio escribe para la gloria del gran Augusto, que del mismo modo replicaba aquella imagen celeste, adaptada a su terrenal imperio. No en vano han pasado ocho siglos desde aquella corte del Zeus homérico al nuevo olimpo romano, lo que prueba que los dioses envejecen tanto como nosotros.

¿Cuáles son estos dioses superiores a los demás por su crédito? Es evidente que Ovidio se refiere a los principales dioses del panteón griego. Esta corte está encabezada desde luego por el propio Zeus y su compañera elegida como esposa, la bella Hera. Aunque parece ser que no fue esta la primera esposa de Zeus, sino que la primera habría sido Metis, la titánida hija de Océano y Tetis, a la que Hesíodo le atribuye el don de la sabiduría. Metis carga con una predicción funesta para Zeus. Sus abuelos Urano, que posee el don de la predicción, y Gea le han profetizado que como le ocurriera a Cronos, el hijo que su compañera lleva en las entrañas traerá la ruina de su padre, le destronará y será mucho más poderoso que él.

Zeus pondrá entonces en práctica un procedimiento al que ya apelara Cronos, pero en este caso no espera a que Metis dé a luz, sino que se traga a su madre con la criatura en su interior. De este modo elimina un futuro contendiente por el trono, y al mismo tiempo, al introducir en su vientre a Metis, adquiere el conocimiento del bien y del mal, absorbiendo para sí toda la sabiduría que esta expresaba.

La leyenda cuenta que andando el tiempo, Zeus notaba que un bulto le oprimía la cabeza. Que este crecía cada vez más haciéndole la vida insoportable, y acudió entonces a buscar la ayuda de Hefesto, el herrero deforme que pasa por su hijo. Este tomó un hacha y hendió la cabeza de Zeus, brotando de allí su hija Atenea. Así refleja el himno homérico este nacimiento:

> Atenea brotó súbi tamente de la inmortal cabeza blandiendo una acerada jabalina; el vasto Olimpo conmovióse pro fundamente bajo el peso de la diosa ojilúcida y la tierra retumbó fragorosamente. La joven virgen Atenea-Palas descargó sus in mortales espaldas de las divinas armas, y el pru dente Zeus se regocijó.

Entonces, primero fue Metis, aunque su trágico destino determinó que pronto hubiera una nueva reina de los cielos. Zeus eligió a su propia hermana como esposa. Esto no fue una elección dinástica, al estilo egipcio, como podría pensarse, sino que este himeneo obedece a razones de índole más accidental. Crecía Hera en la isla de Eubea al cuidado vigilante de una nodriza, pasaba ya de la pubertad y sus formas empezaban a manifestarse. Zeus, lascivo y lujurioso como nos lo pintan las fuentes, andaba por la tierra a la caza de vírgenes cuando acertó a descubrir a Hera paseando por un bosque. La espió durante días hasta que por fin ideó una estratagema para gozar de ella. Una fría tarde de invierno la muchacha acudió con un cántaro a buscar agua al manantial cercano a su vivienda. Zeus recurrió entonces a una de las habilidades que lo caracterizan: la capacidad de transformarse en el animal que desease.

En este episodio se transformó en un cuclillo que aterido de frío se posó a los pies de la joven. Apiadada del pequeño pájaro, Hera lo tomó en sus manos y para darle calor lo puso sobre su pecho. Fue el momento elegido por Zeus para reaparecer y aprovechando su sorpresa raptar a la muchacha y conducirla al Monte Citerión, en cuya verde pradera yacieron tres días y tres noches al cabo de los cuales, ella consiguió de su abusador la promesa de hacerla su esposa legítima.

Pero Zeus no fue demasiado respetuoso de sus votos, le dio continuos motivos de celos, al punto que las disputas provocadas por aquéllos se transformaron en la comidilla permanente del Olimpo. En ocasiones Hera le reclamaba por su dignidad ofendida:

> …Yo soy una diosa salida de la misma sangre que tú. Yo soy la más honrada de los hijos de Cronos, ya por mi nacimiento, ya porque me llaman esposa tuya y tú reinas sobre todos los dioses.

Zeus en cambio, era soberbio y despreciativo frente a los reclamos de su esposa. Fue capaz de decirle cosas como esta:

> Yo desprecio tu enojo, aun cuando te fueras a los últimos confines de la tierra y el mar, donde residen Japeto y Cronos, mansión que jamás alegran ni el resplandor del sol, hijo de Hiperión, ni el soplo de los vientos, y que rodean los profundos abismos del Tártaro. Aun cuando errante y sin norte, te refugiaras en esos lugares, yo despreciaría tus querellas.

Se amenazan e insultan en incontables oportunidades, pero se aman sin embargo. Como lo prueban estas palabras que Zeus deja oír al cabo de una de sus acostumbradas reconciliaciones:

> Ven, y ahora reposemos y entreguémonos a las delicias del amor. Jamás diosa ni mortal me inspiraron tantos deseos: ni la esposa de Ixión, que dió a luz a Pirítoo, no menos hermoso que los dio ses; ni la hija de Acrisio, Dánae, madre de Perseo el más ilustre de los hombres; ni la hija del glorioso Fénix, que parió a Minos y Radamanto; ni, en Tebas, Alcmena, madre de Heracles, el de temible alma, y Sémele, madre de Dionisos, que era la alegría de los humanos: no, ni la rubia Deméter, ni Leto, me han inspirado jamás el amor que siento por ti y los deseos que me enajenan.

De paso, vemos en este párrafo una breve lista de sus amantes predilectas, (ya veremos que son muchas más), pero la observación es pertinente puesto que Zeus tendrá hijos con todas ellas, y estos nuevos personajes poblarán desde entonces el Olimpo. Animadores habituales de sus escenas son Dionisos, Heracles, Apolo y Artemisa, estos últimos hijos de Leto, que menciona Zeus en el párrafo. En cambio los hijos comunes a ambos contrayentes son más escasos. Ya vimos que los hijos de Zeus son en general producto de amores furtivos y clandestinos. Y resulta que Hera es madre de varios retoños sin padre conocido.

La mayoría de las leyendas conceden a Hebe ser la hija legítima de ambos. Aunque otras fuentes cuentan que invitada Hera a un almuerzo por Apolo, comió allí algunas lechugas silvestres que le hicieron concebir a su hija. Debe mencionarse que los antiguos atribuían a la lechuga propiedades lúbricas y eróticas. La creían capaz de provocar excitación sexual y favorecer la fecundación.

Incluso establecían alguna afinidad entre su savia lechosa y los fluidos humanos.

Los deslices de Afrodita

El episodio de la lechuga trae a la memoria lo ocurrido en ocasión del nacimiento del Gigante Tifoeo. Entonces, Hera habría sido embarazada por la acción mágica del conjunto de los dioses. En la ignorancia de Zeus, la diosa buscaba vengarse del nacimiento de Atenea. Por fin, otra situación en la que no existiría padre.

Mencionemos ahora los casos de Ares y Hefesto, otros dos hijos de Hera, cuya filiación paterna sigue en duda. Ovidio cuenta que despechada por el nacimiento irregular de Atenea, Hera decidióse a quedar embarazada por la ingestión de una flor maravillosa de la llanura del Oleno. Llevada a término su gestación nació un varón, este es Ares.

En cambio Homero atribuye sin dudas a Zeus esta paternidad. En *La Ilíada* Zeus le dice a Ares: "Tu eres mi hijo y es mi esposa la que te ha dado a luz…", más para relativizar esta herencia, agrega enseguida: "…pero tienes el espíritu inflexible e intratable de tu madre Hera, a quien a duras penas logro dominar con mis reprimendas".

Es evidente que Zeus no está complacido con su hijo y con estas palabras le amonesta: "Tú eres el más odioso de los moradores del Olimpo. Sin cesar te complaces en las discordias, en los combates, en las querellas…".

¿Y qué hay de Hefesto? Pobre Hefesto, es el personaje ridículo de las crónicas olímpicas. Feo y deforme, su propia madre le repudia y su mujer le engaña. La paternidad de Zeus se hace dudosa cuando es la propia Hera en el himno homérico la que se atribuye una maternidad exclusiva. Allí cuenta de este modo su nacimiento:

> Solo entre los mortales, mi hijo Hefesto está enfermo y tiene los pies torcidos, porque en cuanto lo hube dado a luz, yo misma, cogiéndolo con mis manos, lo precipité al vasto océano. Pero la hija de Nereo, Tetis la de los pies argénteos, lo recogió y junto con sus hermanas le prodigó cuidados.

Afrodita, Eros y Pan. La diosa a quien nadie podía poseer era esposa de Hefesto, pero mantenía un romance secreto con Ares. La escultura expresa metafóricamente el suceso, porque Pan era, además, el dios de la sexualidad masculina desenfrenada.

Hefesto confirma este origen en un pasaje de *La Ilíada*:

> Ella (Tetis) me salvó cuando, caído de lo alto, me vinieron los dolores por querer de mi imprudente madre, que deseaba ocultar mi deformidad. Yo habría padecido males infinitos si Tetis, si Eurínome, hijas del Océano de los largos reflujos, no me hubiesen recibido en su seno.

Hefesto se vengó de su madre. Un día le llevó un regalo asombroso. Se trataba de un magnífico trono de acero. Hera, ansiosa, no demoró en sentarse en él, y fue cuando delgados e invisibles lazos la atraparon en el asiento impidiéndole moverse. Prisionera, le suplicó a Hefesto que la liberase de aquella trampa. Pero su hijo se alejó después de recriminarle la actitud que tuviera hacia él y le reiteró que no regresaría hasta que ella… revelase el secreto de su nacimiento diciéndole el nombre de sus padres. Ares intentó obligarlo a liberar a su madre por la violencia pero Hefesto lo puso en fuga arrojándole una lluvia de tizones encendidos.

Más suerte tuvo Dionisos, el dios del vino, quien embriagó al divino herrero y lo condujo al Olimpo para que liberase a Hera. Aún en esta situación, Hefesto logró arrancarle a Zeus una recompensa a cambio de libertar a su madre: quería la mano de la bella Afrodita. Feo y deforme, sin embargo, Hefesto se las arregló para solazarse con las más hermosas diosas y mortales.

Otra habitual animadora de las célebres tertulias olímpicas es la mencionada Afrodita. Por antigua, esta diosa precede a Zeus en la adoración de los pueblos del oriente mediterráneo. Hesíodo la hace nacer del mismo Urano, puesto que su sangre regada por Cronos y sus propios genitales

deshechos y arrojados al mar están en el origen de la diosa del amor y la belleza. Dice He síodo:

> …largo tiempo flotaron en su superficie y de la espuma que a su alrededor se elevó nació una joven diosa. [Arribada a las costas de Chipre] …viose salir de las ondas a esta encantadora diosa, bajo cuyas pisadas nacía por doquier la florida hierba. Los dioses y los hombres la llaman Afrodita por haber nacido de la espuma, Cipria porque apareció por primera vez en las riberas de Chipre; amiga de la voluptuosidad en rememoración de su origen. (…) Cupiéronle en suerte, por de pronto, entre todos los inmortales y todos los humanos, los coloquios seductores, las risas graciosas, las dulces mentiras, los encantos, las dulzuras del amor.

En la orilla la reciben las Horas, que la envuelven con cintas de oro y vestiduras riquísimas. Continúa Hesíodo:

> …colocaron en su cabeza una corona de brillante oro, pasaron por sus horadadas orejas flores de oricalco y de oro precioso; adornaron su delicado cuello y su níveo seno con collares de oro (…) Pero muy pronto terminaron su tocado: entonces la conducen entre los inmortales; a su aparición, todos la saludan y le tienden la mano; todos desean tomarla por esposa; todos están asombrados de la belleza de Citerea, coronada de violetas.

Afrodita es la pícara diosa que se divierte generando el amor entre dioses y mortales. Goza haciendo caer a sus pares en las trampas tendidas por su ingenio. El propio Zeus ha sido una de sus víctimas predilectas. El gran rey del Olimpo ha cedido numerosas veces a las redes tendidas por la bella hija de Urano. Pero si Zeus fue su víctima favorita, también es cierto que este se vengó minuciosamente, porque la bella Citerea también cayó enamorada de un mortal. Se trata del pastor Anquises; el himno homérico nos cuenta que Zeus

> …hizo entrar en su alma el dulce deseo de unirse a un hombre mortal; no quiso excluirla del lecho de los humanos, ni que, jactándose, pudiese referir burlonamente en el Olimpo cómo unía a los dioses con mujeres mortales y con hombres mortales a las diosas. [Introdujo en su alma]…el dulce deseo de Anquises, que entonces apacentaba bueyes en la cumbre del Ida y era por su belleza parecido a los inmortales.

Decidida a yacer placenteramente con el objeto de su amor, Afrodita apela a sus artes ancestrales para someterlo. Se comporta entonces como cualquier mortal. Se encierra en su templo perfumado de Delos, se sumerge en el baño y las Gracias le ungen con olorosas fragancias. Ensortijan su pelo con flores y joyas y la visten ricamente. Así transformada, parte raudamente al encuentro del joven efebo.

Recorre la pradera y a su paso saltan y mueven la cola encantados lobos, leones, panteras y osos. Revolotean a su alrededor pájaros y mariposas. Su aparición hace hervir de deseo los corazones de las bestias del bosque "…que se ayuntan en los valles cubiertos de sombra".

No podrá escapar Anquises a este influjo poderoso: será verla y caer rendido a sus pies; le dice: "¿Pero, acaso eres tú una diosa del Olimpo?". Temerosa de que su identidad sea descubierta, y que caiga ella misma en el descrédito con que ha perseguido a sus pares, Afrodita le miente contándole que es hija de Otreo, princesa de Frigia, y que ha sido el propio Hermes quien le ordenó que se acercase aquí para ofrecérsele como su esposa legítima. Anquises no necesita tantos detalles, se arroja sobre la bella Citerea liberándola de sus vestidos y yace con ella sobre el lecho ornado con pieles de oso que el solitario pastor posee en una cueva del Ida.

Hesíodo concluye que, por fin: "…un mortal, por querer de los dioses y del destino, durmió con una inmortal, ignorante de que lo era".

Pero, al despertar por la mañana, Anquises ve a Afrodita con todos sus atavíos y no duda de que ha dormido con una diosa, y sabe de los castigos que esperan al mortal que se haya unido con un inmortal. Se tapa los ojos y clama por su vida. Afrodita lo tranquiliza: *No padecerás represalias en tanto no menciones jamás nuestro encuentro.* Se disculpa por no poder otorgarle la inmortalidad, pero aunque no escapará a la vejez, que es condición de los humanos, tendrá en cambio un hijo del que se sentirá orgulloso. Será un semidiós, al que amamantarán las ninfas de las montañas, y algún

día todo el mundo conocerá al bravo Eneas, defensor de Troya.

Afrodita se conduele de su desdicha. Ha perdido aquello que la diferenciaba de sus pares y le permitía burlarse de ellos "…llevo un infante en mi seno, después de haber compartido el lecho con un mortal". Su desliz la ha hecho vulnerable. Es mucho lo que ha ofrecido a Anquises, sabe de su absoluta y humana obediencia, pero aún teme. Por eso le dice esto en la despedida: "Si lo revelas, si con espíritu insensato te jactas de haberte unido amorosamente a la bella Citerea, Zeus, irritado, te aniquilará con el rayo".

ARES: EL SEÑOR DE LA VIOLENCIA

Es curioso sin embargo, que la mitología haga a esta delicada diosa, amante del odioso Ares. Ares es el señor de la violencia, goza con ella. En su carro recorre los campos de batalla con sus dos hijos junto a él: Deimos, el temor, y Fobos, el espanto. Qué paradoja que ambos sean hijos de los amores de Ares y Afrodita. La diosa del amor, de la belleza, de la voluptuosidad, se halla contradictoriamente unida a su opuesto en el inconsciente del pueblo heleno, pariendo temor y espanto.

Cierto que solo con Apolo es comparable en gallardía. El imaginario griego ha querido que la antítesis absoluta de Apolo, que es dios de la música y la poesía, sea tan atractivo y apuesto como él. En las representaciones de vasos, relieves y pinturas, se suele ver a Ares con su casco empenachado. El tahalí cruza su dilatado tórax fijando en su costado una ancha espada. A veces, también aparece en su fornido brazo la larga lanza acerada con su pesada bola en el asta.

Es el paladín de las causas injustas, necio, rencoroso; las fuentes suelen tener una imagen negativa del personaje. Es una paradoja que en sociedades que se constituyeron en medio de la guerra y que aún la practicaban con bastante frecuencia, el símbolo de esta hubiera de ser tan negativo. Sucede que para los griegos también la sabia Atenea era patrona de la guerra. Si Atenea es la diosa de la sabiduría y la razón, también se le atribuye el comando de la guerra. Aunque es un combate que aspira a un fin menos insensato que el solo dominio del contrario. Las crónicas refieren la imagen de una defensora de la libertad, y su fuerza es legítima como ilegítimas las pretensiones de Ares.

Esto es al menos cierto para los siglos de formación de las sociedades griegas clásicas. En cambio, los himnos homéricos, compuestos probablemente en época macedónica, trasuntan una imagen de mayor templanza del dios de la guerra. Puede percibirse cierta necesidad institucional. El mismo himno parece estar destinado a constituirse en el juramento brindado por el joven entrenado al asumir su rol de ciudadano y guerrero, o el que el mismo guerrero brindara antes de partir al combate. Dice en una de sus estrofas:

> Poderoso Ares, carga de los carros de guerra, dios del áureo casco, de alma impetuosa (…) salvador de las ciudades, (…) de robusta mano infatigable (…) defensa del Olimpo, auxiliar de Temis, tirano de los rebeldes.

No solo ha sufrido una transformación la imagen negativa del dios dándole nuevas atribuciones –salvador de ciudades, defensa del Olimpo, auxiliar de Temis, virtudes desconocidas en las antiguas crónicas de dioses y diosas–, sino que además se le asigna al dios una sabiduría, una templanza y hasta casi un pacifismo que sorprende en el final de esta invocación…

Ares, el dios de la guerra y el señor de la violencia, recorría los campos de batalla gozando con la sangre y con la muerte.

> …refrena la acre cólera que me impulsaría a comprometerme en horribles combates (…) dame el verdadero valor; concédeme vivir bajo las dulces leyes de la paz, después de haber escapado de las batallas contra los enemigos.

Lo cierto es, pues, que la diosa del amor y la belleza se encuentra estrechamente unida al adalid de las guerras cruentas y los espacios arrasados. Puede que no podamos evitar la imagen cultural: el cuadro de la más bella del pueblo locamente enamorada del jefe de los pandilleros. Este cuadro se completa si agregamos que como ya hemos dicho antes, Hefesto precede a Ares como legítimo marido de Afrodita. La ha recibido de Zeus a cambio de liberar a Hera de la trampa que le tendiera. ¿Es que acaso Hefesto ha renunciado a la beldad que ha adquirido?

Otra ha sido la historia, Homero denuncia:

> …los amores de Ares y de la bella Afrodita, que se unieron secretamente en el palacio de la diosa. Ares hizo muchos regalos y deshonró el lecho de Hefesto…

Pero el gran artesano del fuego no podía ser eternamente engañado, algún día percibiría el crecimiento de protuberancias en su frente. En cambio, parece que fue Helios (el Sol), que todo lo ve, quien advirtió a Hefesto de las veleidades de su dama, y este tramó una trampa digna de su genio. Construirá en su fragua un artificio de redes y lazos indestructibles y luego lo fijará de manera invisible en el techo de su dormitorio. De inmediato anuncia a su esposa que se marcha de viaje a Lemnos, una ciudad acogedora en la que Hefesto se siente como en su casa.

Ares no ha dejado de espiarle; en cuanto lo ve subir a su carro y marcharse corre hacia el palacio. Sentada junto a una fuente de piedra lo espera riendo Afrodita; ha estado con su padre el poderoso

Zeus, se siente confiada. Ares le toma la mano y le dice:

> Ven mi bien amada, vayamos a echarnos en el lecho. Hefesto no está entre nosotros e indudablemente se encuentra ya en Lemnos, en casa de los sintianos de lenguaje bárbaro.

¿Dijimos ya que para los griegos cualquiera que no hablara griego era "bárbaro"? Parece ser que el término refiere a una especie de balbuceo, como un "bar…bar…bar".

Afrodita arde en deseos de complacer a su amante. Cuenta Homero que a la diosa…

> …le pareció dulce dormir con él y entonces suben ambos al lecho, y de pronto, los hilillos, hábilmente preparados por el ingenioso artesano, caen alrededor. No pueden deshacerse de ellos, ni moverse, y comprenden que no hay para ellos escape.

La venganza que ha imaginado Hefesto es soberbia, y tendrá un fuerte sesgo aleccionador frente a quienes se ríen del enano deforme. Decide convocar a todos los dioses del Olimpo para que contemplen a los adúlteros atrapados en su trampa. Exclama: "Poderoso Zeus y vosotros, venturosos Inmortales, acudid, venid a reíros y a indignaros (…)" y los convoca a su alcoba a contemplar el espectáculo dispuesto sobre su propio lecho matrimonial. Luego los amonesta al destacar el crimen que imputa a los amantes, y exclama:

> Porque soy deforme, la hija de Zeus, Afrodita, me desprecia siempre y ama al feroz Ares, que es bello y ágil, mientras que yo estoy enfermo. Pero no es culpa mía, sino de mis padres, que no hubieran debido engendrarme.

Las diosas por pudor no han acudido, no sabemos si Zeus presencia la escena, aunque las fuentes lo describen muy enojado con ambos. En cambio, los dioses haciendo corrillos ríen sin alarma. Hefesto insiste:

> Ved cómo se han dormido en mi lecho acariciándose, me siento afligido al mirarlos. Pero espero que pronto no apetecerán más este reposo, ni aun por un momento, y estarán hastiados de mi lecho, aunque bien se quieran.

Una vez que los otros dioses les condenan al exilio, Hefesto consiente en liberarlos de su prisión. Entonces Afrodita Citerea parte raudamente a esconder su vergüenza en su natal Chipre y Ares huye a Tracia, país salvaje que le suele acoger. Historias de los dioses, máximas de educación humana, enseñanzas para mantener la paz de la tribu, pueden extraerse de este breve párrafo tantas inferencias.

Si algo contribuye a mostrar el ambiente festivo que se vive en el Olimpo, el ejemplo más cabal lo brinda la escena –que varias fuentes reflejan– de un "concurso de belleza" con todas las reglas del arte. Parece que solo tres inmortales lograron evadir las artes de Afrodita; se trata de Atenea, Artemisa y Hestia. Ya hablaremos de estas dos últimas, la una hija de Zeus y la otra hermana del dios, pero ahora nos interesa referirnos a la estoica Atenea que no pudo evitar la coquetería de participar en una competencia de estas características con Hera y la diosa del amor.

Para narrar esta historia es necesario que hablemos previamente de un personaje que aunque no cumple un papel estelar, sin embargo su acción desatará el conflicto que derivará en el concurso mencionado, y tendrá además consecuencias funestas para los propios humanos, inocentes víctimas de los designios divinos.

Entre las notables criaturas que pueblan el Olimpo se cuenta la desagradable Eris, la Discordia. Algunas fuentes la hacen esposa de Ares, algo que sería bastante más coherente con los vástagos que se le atribuyen: Fobos y Deimos. Sucede que se programaba un importante banquete de celebración en el Olimpo porque se casaban la nereida Tetis, la más joven de las titánidas hijas de Urano y Gea, con Peleo, hijo del rey de Egina (Eaco) y de la ninfa Endeide. Probablemente hayan encargado a

Hermes la confección de la lista de invitados, lo cierto es que por error, o –bien mirado– por conveniencia, Eris no fue invitada, y el olvido tendrá secuelas ominosas.

Concurso de belleza en el Olimpo

Es la noche del gran banquete y los Inmortales pasean por los salones en los que se escuchan cantos y música. Oculta, al reparo de alguna sombra, Eris contempla la escena y rumia su venganza. En un momento, tres diosas se apartan del grupo y discuten animadamente, se trata de Hera, Afrodita y Atenea.

Es el instante elegido por Eris para dejar caer una manzana de oro que rueda a los pies de las diosas. Atenea, que no ha advertido la maniobra de la Discordia, recoge la manzana y observa que esta contiene una inscripción: "Para la más hermosa". Afrodita, que no ha conseguido sustraerse de la curiosidad de mirar el prodigio, exclama: "¡Es para mí!".

Naturalmente Atenea no está dispuesta a transigir con la soberbia pretensión de Citerea. Y la propia Hera, en cuanto se informe del tema, estallará reclamando la propiedad de la manzana en cuestión.

Ninguno de los dioses se atreve a opinar sobre la verdadera poseedora de la ofrenda, ninguno quiere hacerse acreedor al disgusto de dos perdedoras tan poderosas. Zeus argumenta que un juicio semejante solo puede ser emitido por un mortal. En una breve compulsa aparece el nombre de un joven príncipe troyano muy hermoso. Se trata de Paris, el hijo de Príamo. La leyenda cuenta que Paris apacentaba sus ovejas en las laderas del monte Ida en cercanía de la amurallada ciudad de Troya cuando se le apareció Hermes para transmitirle el encargo de los dioses.

El joven pastor intentó de cualquier modo resistir una pretensión semejante. Pero Hermes insistió y le remarcó que el propio Zeus reclamaba su arbitrio. Finalmente accedió, aunque exigiéndole a las diosas que aquellas que fueran derrotadas no descargaran sobre él su rencor.

Las diosas prometieron aceptar su sentencia a la vez que accedieron a presentarse una por una en la habitación que para el evento había dispuesto Hermes. Allí deberían desprenderse de todos sus velos a fin de que él pudiese ponderar con precisión sus encantos.

La primera en ingresar al saloncito donde Paris aguardaba sentado, fue Atenea. Se sabía hermosa, pero no desdeñó corromper al juez mediante dádivas. Y para el caso el ofrecimiento no fue menor: le prometió que triunfaría en todos los combates que emprendiese en su vida guerrera –que ella presupuso de su interés–, le daría fama a él y a su ciudad.

Paris siente la obligación de advertirle que ninguna promesa o dádiva tendrán influencia en su decisión, y Atenea se retiró no muy satisfecha de su presentación.

En segundo lugar la esposa de Zeus penetró en la estancia y sin demasiados remilgos se desprendió de todas sus vestimentas apareciendo frente a su solitario espectador en todo su esplendor. La garganta de Paris se secó, y este tragó saliva agitadamente. Seductora como pocas, Hera se le acercó y para agregar más peso al platillo de la balanza le ofreció el imperio de toda Asia. Paris se repuso a duras penas y repitió a la diosa el criterio que ya enunciara a su predecesora. Algo disgustada, Hera se retiró.

Hera, la esposa de Zeus, compitió con Afrodita y Atenea por demostrar que era la más bella de las tres. Paris fue elegido como juez del torneo y Afrodita se alzó con el triunfo. Hera, indignada, persiguió a Paris hasta la muerte del héroe en la ciudad de Troya.

Mientras tanto, Afrodita se había preparado para el encuentro. Destacó su atuendo personal y engalanó su cabellera y sus muchos atractivos. Así habló a sus hijos, los Amores, que solían acompañarla en sus aventuras:

> Hijos míos, el momento decisivo se acerca, agolpaos en torno de vuestra madre. Hoy ha de decidirse si poseo alguna belleza. Dicen que Hera es madre de las Cárites: dispone a su gusto de los cetros y distribuye los imperios. Palas preside los combates. Yo sola entre las diosas no tengo poder alguno. Ni la autoridad real, ni la lanza, ni las azagayas están de mi parte. Mas, ¿por qué he de alarmarme inútilmente? En lugar de pica, ¿no tengo un arma más poderosa en este ceñidor que me sirve para encadenar los amores, encantados de los lazos que yo les pongo? ¿Cuántos mortales sufren los ardores que les inspira este cinturón fatal sin encontrar la muerte que ellos imploran?

Afrodita ingresó al salón y procedió a desnudarse frente al atónito Paris. Le espetó: “Goza, goza de todos los encantos que ofrezco a tu vista: ¿no merecen por ventura la preferencia sobre los trabajos guerreros?”.

Pero Afrodita no confiaba solo en su belleza para convencer al joven, guardaba para él un regalo que no podría rehusar, el amor de la bella Helena, la hija de Zeus y Leda, entonces esposa del poderoso Menelao, rey de la Argólida.

Con su seductora voz le incitó a darla por triunfadora en la lid…

> …yo no doy el valor, pero puedo darte una compañera encantadora. No te haré subir a un trono, pero te haré subir al lecho de Helena. Tú no abandonarás a Troya sino para ir a atar en Esparta los nudos más afortunados.

De este modo obtuvo Afrodita la palma de la belleza. Pero las derrotadas no cumplirán su promesa de aceptar pacíficamente el veredicto de un simple mortal. Paris raptará a Helena, pero Hera hará zozobrar en la costa de Sidón al barco en el que se dirigen a Troya. Desde entonces se convertirá en su más cruel perseguidora, y no se sentirá satisfecha hasta que aquél sea herido de muerte y su ciudad, Troya, destruida por completo por los griegos.

De la urbe en llamas solo un reducido número de troyanos al mando de Eneas logró escapar. El hijo de Afrodita comenzará entonces un periplo de una envergadura similar a *La Odisea* que ya describiera Homero. En *La Eneida*, Virgilio traza la larga travesía del héroe troyano hasta las costas del sur de Italia. En su epopeya se describen los míticos orígenes del mundo romano.

Otro distinguido animador de las célebres tenidas celestes es el bello Apolo. Varios son los mitos

acerca de su nacimiento, pero el más aceptado lo hace hijo de Zeus y Leto o Latona, hija de los Titanes Ceo y Febe.

De acuerdo con su hábito y carácter, Hera buscará vengarse de su rival asesinando a su descendencia. La leyenda cuenta de las penurias que deberá atravesar la infortunada madre para poder parir a sus hijos. Hera consigue que Gea no le dé asilo en la tierra y jura que esta desgraciada mujer no podrá hacerlo en un sitio al que lleguen los rayos del sol.

Leto vaga con su preciosa carga a cuestas y es rechazada en todos lados por temor de disgustar a Hera. Así recorre el Ática, Eubea, la Tracia, Samos, Cos…, solo hay un sitio que reúne la condición exigida por la diosa: una isla flotante cubierta por las olas que vaga por el mar, azotada por las tormentas. Poseidón, conmovido por el sufrimiento de la amada de Zeus, hace emerger la isla de Delos, a la que posa sobre cuatro pilares, y allí podrá por fin Leto dar a luz a los hermanos Apolo y Artemisa. Pero el parto no es sencillo.

Enterada Hera de que la mujer ha encontrado reparo, se niega a dejar partir a Ilitia, la partera de los dioses. Sin ayuda, Leto es presa de dolores insoportables por nueve días y nueve noches. Apiadadas de su sufrimiento, las ninfas envían a Iris con un collar de perlas de nueve codos de largo ensartadas en hilo de oro, para tentar con este soberbio regalo a la comadrona. Codiciosa como es, Ilitia accede y parte a Delos a cumplir con su cometido. Pero ya es muy tarde, Leto no ha esperado: parada y amarrada con ambos brazos a una higuera, deposita en la tierra su progenie.

Muy pronto los dos mellizos son atendidos por ninfas que los lavan y visten, y les ofrecen el néctar y la ambrosía que sus bocas de lactantes celestes requieren. En la isla y en homenaje al feliz nacimiento se erigirá posteriormente un templo a Apolo.

Leto se traslada entonces al continente, pero Hera no abandona su persecución y envía contra ella y sus hijos a la serpiente Pitón, un dragón hembra que fuera nodriza de Tifoeo. El nombre Pitón hace referencia a una característica de su naturaleza monstruosa: es llamada así porque su cadáver pudre el suelo donde yace.

En la Fócida el monstruoso dragón da alcance al grupo, pero Apolo, munido de las flechas que le ha forjado Hefesto, lo abate finalmente. Herida de muerte, la serpiente lanza largos y horribles gritos; le dice Apolo:

> Púdrete ahora donde estás, sobre la tierra nodriza de los humanos: en adelante, no serás ya la perdición de los mortales. Ni Tifoeo, ni la siniestra Quimera apartarán de ti la rígida muerte; pero la sombría tierra y el brillante Hiperión te consumirán.

En el lugar donde cae la bestia se erigirá el santuario de Delfos, y el más famoso oráculo de Apolo.

Apolo es el más bello de los dioses y probablemente uno de los más modernos de la antigua mitología helena. En él resume el pueblo griego las cualidades ideales de su cultura: es hermoso, inteligente, fuerte pero dotado de gracia, valiente mas no temerario, sabio, hábil para las artes y dado al placer y la generosidad. Última creación de aquella fecunda imaginación, incluye también algunos vicios, por cuanto es el dios más cercano al género humano. Es sensible a la amistad, pero celoso de su libertad rehuye los votos del matrimonio. Como otros habitantes del Olimpo, no trepida en utilizar maniobras desleales para acceder al amor de sus elegidos.

Una curiosa leyenda nos lo muestra enamorado de la ninfa Dafne. La bella Dafne rechazaba las proposiciones de todos los hombres y Leucipo, el hijo del rey del Pisa (Enomao), tramó entonces un ardid para hacerse con su confianza. Se dejó crecer los cabellos y travestido con ropas femeninas buscó su amistad en los senderos, hasta convertirse en una de sus habituales contertulias.

Pero, como ya dijimos, también Apolo estaba enamorado de ella, y quiso la desgracia que se enterara del ardid dispuesto por Leucipo. En seguida urdió una táctica para perder a su rival. Haciendo uso de su magia indujo a Dafne a invitar a todas sus amigas a bañarse en el río Ladón. Leucipo fue obligado a desnudarse y al comprobar el engaño las mujeres lo atacaron con sus azagayas y sus cuchillos de monte hasta matarlo. Ya quitado del camino el obstáculo, Apolo se dispuso a liberar su pasión por Dafne. La persiguió por valles y montañas, hasta que próxima a caer en sus brazos, Dafne invocó a su madre Gea para que esta la trague.

Apolo es seguramente el más bello de los dioses. En él resumen los griegos sus ideales culturales: belleza, inteligencia, sabiduría, hedonismo y generosidad. En imagen, el Apolo de Belvedere.

La tierra se abrió y Dafne desapareció dejando en su lugar un árbol de laurel. Con motivo de esta leyenda, la corona de laurel no abandonará nunca la cabeza de la divinidad. Y al mismo tiempo Apolo no abandonará nunca un cierto aire melancólico y culpable.

Su hermana, Artemisa, es probablemente la diosa más alejada de los roles adjudicados tradicionalmente a las mujeres. Es una hábil cazadora, que odia a los hombres. Ha hecho voto de castidad y se encuentra más inclinada al amor de sus compañeras, con las que vive en contacto con la naturaleza, en lo profundo del bosque.

La tradición la hace protectora de los cultivos, pero los arados y tierras labrantías se encuentran muy cerca de la ciudad a la que Artemisa se acerca con poca frecuencia. Junto a sus perros recorre infatigable su reino boscoso donde gobierna sobre una cofradía de amazonas voluptuosas y sensuales. La escena del baño colectivo junto a un manantial será la imagen que nos regalarán con

más frecuencia los pintores renacentistas.

En este bucólico paisaje se sitúa el episodio de Artemisa y Acteón.

Acteón, el hijo de Aristeo, fue criado por el centauro Quirón en una cueva del bosque; él hizo de Acteón un cazador experto y apasionado. No existía para el joven mayor placer que compartir con su medio centenar de perros el entusiasmo de una buena cacería.

Una mañana el joven perseguía a una corzuela entre la espesura, cuando al salir de la arboleda se encontró en el centro de una plácida escena: por aquí y por allá las ropas, decenas de bellas ninfas jugaban desnudas en la orilla o se sumergían en el marjal que la corriente del manantial no dejaba de nutrir. De pie y desafiante, Artemisa se destacaba por su dignidad ofendida. Enfurecida, levantó su brazo y convirtió instantaneamente al joven en la corzuela que perseguía.

Fue el momento en que sus propios perros le atacaron salvajemente despedazándolo. Corrió Acteón y a la entrada de su cueva, en el último instante, lo rescató de los perros el centauro Quirón. Este fabricó rápidamente un muñeco con la imagen de su protegido y esto le permitió recuperar sus despojos de los dientes ensangrentados de sus acosadores. Pero eran solo sus despojos: una vez más la crueldad de Artemisa se consumaba en el sacrificio de un mortal.

Zeus es especialmente prolífico, y su descendencia poblará el Olimpo. Temis, una de las seis titánides y personificación de la justicia, le dará por hijas a las bienhechoras Estaciones, que presiden la producción de los frutos, y a las Parcas que conducen a los muertos al otro lado del mundo. Un amor aún más estrecho le unirá a Mnemosine, otra hermana de la titánida Temis.

La leyenda cuenta que yació con ella nueve noches, y de esas noches nacieron las nueve Musas: Urania, Terpsícore, Calíope, Euterpe, Tha lía, Clío, Melpómene, Erato y Polimnia.

Otros hijos de Zeus son cotidianos animadores del palacio celeste. Se trata de dos alegres personajes: Dionisos y Hermes. El primero es la luz de los ojos de su padre, es el más amado junto a Atenea. Quizá porque, como a esta, es él mismo quien lo dará a luz. Zeus tuvo amores con la bella tracia Sémele, hija de Cadmo y Armonía. Ya examinaremos en el próximo capítulo los amores de Zeus. Sirva ahora de anticipo contar que la venganza de Hera se consumó una vez más sobre una de sus rivales.

Mediante una treta logró que Zeus se presentase frente a ella con todos los atributos del dios del rayo, y en el instante Sémele murió abrasada. Apenas si entre las llamas del palacio de Cadmo, Zeus logró rescatar al fruto de sus amores con Sémele, que no a la desdichada muchacha. El padre de los dioses abrió un profundo tajo en su muslo, colocó en él al feto y luego cosió los bordes de la herida. Cuando llegó a término su gestación, la pierna derecha del dios parió a este niño llorón que será muy pronto la alegría de dioses y hombres.

Seguramente el atributo más conocido de Dionisos es la vid y el vino que con ella se produce. Una bebida tan apreciada por el ser humano desde la más remota antigüedad no podía menos que darle a su creador mítico una popularidad inconmensurable. Son centenares las leyendas que hablan de su origen y por supuesto Dionisos participa de casi todas ellas.

Teopompo, historiador griego del siglo IV a.C., fija el origen del vino en Olimpia a orillas del río Alfeo, otros le atribuyen un origen egipcio, o del lejano Mar Rojo. El mismo dios es visto como llegando de lejanas comarcas orientales. Unos dicen que ha nacido en Nisa, una mítica ciudad de la India, o en Etiopía. En todo caso, como decían los tirios "…todas las viñas del mundo helénico procedían de un primer plantón que Dionisos arraigó junto a la legendaria ciudad de Tiro en el Líbano".

Su hermano Hermes es de una simpatía similar a la del gran dios del vino. Aquél es hijo de Maya, una de las siete Pléyades hijas de Atlas y Pléyone. Maya es la ninfa de las hermosas trenzas que seducida por Zeus dará origen al más amable de los Inmortales. Así describe el himno homérico el nacimiento de Hermes:

> Nacido a la Aurora, de día tocó la cítara y de noche robó los bueyes de Apolo.
> Una vez que ha salido de la gruta en que le acunaba Maya, Hermes recoge del suelo una tortuga. Pobre criatura, cómo podría imaginar que Hermes la vaciaría para apropiarse de su armadura. El infante no ha concluido aún, busca cañas que corta de distintas medidas y las acomoda en el caparazón, también le extiende encima un cuero de buey. Sobre las cañas tiende siete cuerdas hechas de tripa de cordero. Contento con su nuevo invento, ahora canta los amores de su padre y Maya. Pero aún no se encuentra satisfecho. Tiene hambre y sus próximas víctimas serán los bueyes de Apolo. Entretanto ha inventado el instrumento que hará famoso a su hermanastro, y por fortuna este se contentará con él a cambio de sus bueyes.

4

Zeus y Hera, la pareja divina

Zeus es el modelo de los maridos veleidosos que engañan a sus mujeres. Las leyendas registran decenas de situaciones en las que la pareja peligra con motivo de las infidelidades de que hace objeto a Hera. Y en ella provocará verdaderos celos olímpicos. Pausanias cuenta que una vez la diosa abandonó ofendida el lecho conyugal para no volver nunca más y se dirigió a la isla de Eubea. Hasta allí la persiguió Zeus rogando por su regreso. Al borde de la desesperación, ideó un ardid para reconciliarse con ella.

En lugar de calmarla, decidió provocar aún más sus celos. Simuló casarse con un maniquí al que disfrazó de hermosa ninfa. Enfurecida por la desfachatez de Zeus que se paseaba con su dama frente a ella, se lanzó contra su rival y la despojó del velo. A la vista del engaño estalló en risas. Le lanzó entonces Zeus: "Ven, y ahora reposemos y entreguémonos a las delicias del amor, jamás diosa ni mortal me inspiraron tantos deseos…".

Por fin, el texto señalado por el geógrafo griego Pausanias en el siglo II (profesión aquélla que parecía no estar demasiado alejada de las cosmogonías) destaca la unidad formal que para la cultura grecorromana representaba la pareja divina. Pero, ciertamente, los amores más célebres de Zeus, lo son también por clandestinos. Como el romance que lo uniera a la hermana de Temis, Mnemosine.

La leyenda recuerda que yació con ella nueve noches, y que de esas noches nacieron las nueve Musas: Urania, Terpsícore, Calíope, Euterpe, Thalía, Clío, Melpómene, Erato y Polimnia, que serían desde entonces las inseparables compañeras de Apolo. Estas fueron las Musas que se acercaron una tarde a Hesíodo mientras cuidaba sus ovejas para susurrarle en sus oídos un mensaje tan oscuro como este:

> Pastores del campo, triste oprobio, ¡vientres tan solo! Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades, y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad.

Zeus y Hera: el vínculo entre ambas divinidades nunca dejó de ser tormentoso. El libertinaje de Zeus, así como los celos y la furia de su esposa y hermana Hera, solían sacudir al Olimpo y al mundo de los hombres.

El enigma fue convertido por el poeta en una máxima que conduciría su vida:

> Celebrar el futuro y el pasado; alabar con himnos la estirpe de los dioses; cantarles, siempre, a ellas mismas al principio y al final. Puesto que ¡dichoso es aquel de quien se prendan las Musas! Dulce le brota la voz de la boca.

Atlante, uno de los Titanes, se casó con Pléyone, la hija del Océano. De esta unión nacieron siete hijas, las Pléyades, y cuatro de ellas cedieron al acoso de Zeus y le dieron hijos que poblaron el Olimpo y los sueños de los mortales. De estas cuatro quizá la más famosa es la bella Maya, la "púdica ninfa de hermosas trenzas" que vivía alejada de la multitud en una gruta del monte Cileno, en el Peloponeso.

Hasta allí llegó el dios del trueno buscando seducirla. El himno homérico dice que Zeus se unió a ella tras sumir al mundo en una noche profunda y extremadamente larga…

> …a fin de que el sueño retuviera a la braci nívea Hera y no fueran vistos ni de los dioses in mortales ni de los mortales hombres. Mas cuando el designio de Zeus se cumplió y fue marcado en el cielo el décimo mes, ella concibió y acaecieron cosas maravillosas.

Estas cosas maravillosas a las que alude Hesíodo, reflejan el nacimiento de Hermes:

> …un niño lleno de artificios, de ingenio insinuante, ladrón, robador de bueyes, conductor de sueños, luminar noctur no, guardián de puertas, que entre los dioses in mortales había de brillar muy pronto por sus gloriosos hechos.

Apenas nacido, serán las Horas sus nodrizas. Hijas de Zeus y Temis, de hecho primas o hermanastras del niño, son las guardianas de las puertas del cielo. Eunomía, Dice y la floreciente Irene cambiarán sus pañales y le proveerán a Hermes el néctar y la ambrosía que alimenta a los inmortales. Cuando logre descender de su cuna será incontrolable, aun para las diligentes Horas.

Dice el himno homérico: "Nacido a la Aurora, de día tocó la cítara y de noche robó los bueyes de Apolo".

Una vez que hubo salido de la gruta en que le acunaba Maya, Hermes –tal cual ya hemos narrado brevemente– recogió del suelo una tortuga. Pobre animal, lo vació para apropiarse de su caparazón, luego buscó cañas que cortó de distintas medidas y las armó sobre la coraza usurpada al pobre quelonio. También extendió por encima un cuero de buey, y sobre las cañas cruzó siete cuerdas hechas de tripa de cordero. Estaba contento con su nuevo invento y cantaba a los amores de su padre

y Maya.

Hermes es el ladrón de todas las historias antiguas. Y es curioso que esta atribución no contenga en general un tono de reproche, sino más bien celebratorio. Todos los dioses poseen vicios junto a sus notables virtudes. Y no es un mérito menor que la mitología griega jamás haya silenciado aquellos vicios. Pero en el caso de Hermes nos encontramos con un atributo que si se censura en el ámbito social, se festeja como ocurrente entre las hazañas del dios.

Había dejado la lira a un costado, un apetito tenaz comenzó a inquietarlo y descendió de la cuna. Salió de su antro y se puso en camino hacia los establos de los dioses. Los despojó de cincuenta terneras a las que –inexplicables poderes de los dioses– hizo caminar hacia atrás para despistar a los damnificados. Montado al revés sobre la última vaca de la tropa desde la que dirigía su vasta y ordenada hueste, Hermes se quitó sus sandalias y las arrojó a un barranco.

En el acto se calzó unas ramas de tamarindo entrelazadas con hojas de mirto, se bajó del animal y continuó arreando la tropa, de modo de no dejar huellas. Pero en eso se topó con un anciano. El viejo quedó atónito frente a tamaña manada, ordenada como un batallón al que conducía un niño que no sobrepasaba el medio metro. No tuvo tiempo de reaccionar y Hermes le soltó: "Si has visto, sigue como si no hubieses visto, y si has oído, sé sordo. El viejo obedeció".

Llegó la noche y ocultó a los animales en una caverna cercana a Pilos. Separó dos terneras que asó para darse el festín que anhelaba. Frotó entonces dos ramas de olivo hasta que brotó de ellas un vapor cálido, luego la brasa y entonces la llama.

Así narran los antiguos el episodio que diera origen al fuego en la tierra, por lo que habrá que sumar otra divinidad en este tema de la cesión del fuego a los hombres. Sin dudas Apolo es el benefactor de los mortales, a los que ha legado este importante bien, y Prometeo su restaurador tras la condena que infligiera Zeus al género humano al sustraerlo y sumir al mundo en el terror de las noches oscuras y frías, al quitarle el alimento cocido, suprema conquista de su humanidad.

Hermes había preparado una gran hoguera en que las dos reses fueron asadas. La primera la dividió en doce porciones y las ofreció como sacrificio a los doce dioses mayores. Luego, con voracidad, arremetió contra la otra res, de la que dejó solo huesos pelados.

Guardó las pieles de los animales y quemó hasta el último resto de carne y osamentas. Con troncos y ramas clausuró la entrada de la gruta; allí quedaron encerrados los animales ocultos a la mirada de los curiosos. De inmediato regresó a su cuna. Maya no había notado su ausencia por lo que él mismo le contó su aventura. Su madre le recriminó pero Hermes redobló la apuesta: le dijo que ahora iba a saquear el templo de Apolo en Delfos.

Previsiblemente, Apolo, legítimo dueño de las terneras que secuestró Hermes, ya sabía quién era el autor del robo. Ciertamente no lo había descubierto por las huellas que aquél dejara, pues Hermes había sido muy meticuloso para tapar su crimen, pero Apolo posía el don de la adivinación, y esto le permitió conocer con precisión la identidad del saqueador de su establo.

Se presentó de improviso en la vivienda de la amante de su padre y les recriminó por el robo a Maya y a su hijo. Hermes negó en forma terminante; su madre, en cambio, se escudó en la ignorancia más absoluta de las acciones del infante.

Apolo era poderoso, podía tomar a ambos como prisioneros, pero Hermes propuso entonces exponer el pleito a la autoridad del padre común y ambos concurrieron con sus cuitas ante la presencia de Zeus.

Absolutamente convencido de la impunidad que otorgan las mentiras, Hermes reincidió frente a su

padre. Le informó: “Tú sabes bien que no soy culpable y añado el gran juramento: no, yo no lo soy, no, por los soberbios pórticos de los inmortales”.

Zeus sabía que el niño mentía, pero le causaron muchísima gracia los desplantes del crío.

Hizo como que le creía, pero le encomendó acompañar y ayudar a su hermano en la búsqueda de los animales. Hermes se limitó en un principio a seguir las huellas de su hermano mayor, que buscaba incansablemente, pero por fin, aburrido, y con el mayor desparpajo, lo llevó hasta la cueva donde permanecían ocultas las bestias y le descubrió la entrada.

Hermes es el ladrón dentro de la galería de dioses de la mitología griega. Sin embargo, no hay para tal conducta reproche sino celebración. Tanto que el propio Apolo, tras ser robado, le jura amistad eterna. Museo Arqueológico de Estambul.

Apolo se maravilló de lo bien oculto que estaba el acceso a la gruta. Mientras tanto Hermes se había sentado en el piso contra un árbol, había sacado su lira y cantaba y tocaba con verdadera alegría. El dios de las artes y la belleza desistió de castigar al niño. Pero, además, estaba maravillado por esa música y por el canto: “¿Qué arte es este?, ¿qué Musa es esta que así calma los irremediables cuidados?”. Le confesó no haber escuchado jamás acordes tan melodiosos. Él, a quien le estaba confiado el cuidado de los coros, la regla de los versos, la amistad íntima de las Musas…

Hermes dejó de tañer la lira y se la entregó. Su gesto terminó de conquistar el corazón de Apolo, que le regaló en el acto una varilla de oro que proveía riqueza y felicidad. Para terminar de amigarse, Hermes –que no había mostrado el más ligero signo de arrepentimiento– le prometió que nunca más le robaría, y Apolo, que no cabía en sí de regocijo, le aseguró su eterna amistad y le juró

que ninguno de los inmortales le sería más querido que él, desde entonces "…lo preferiría a todos los hijos de Zeus, fuesen dioses u hombres…".

Su madre Maya, como sus tías las Pléyades, fueron convertidas por Zeus en estrellas para que eternamente brillasen en las noches del mundo. Pudieron así escapar a la venganza que sistemáticamente Hera tramó contra todas sus rivales. En cambio, el caso de Sémele ilustra una de las más refinadas venganzas de la diosa.

EL ALEGRE DIOS DEL VINO

La bella princesa tracia Sémele amó y fue amada por Zeus. La tradición del rapto y la violencia no se verifican aquí: Zeus no engañó a la mortal, e incluso el ilustre pretendiente contaba con la aquiescencia de los padres de la novia. En efecto, Cadmo y Armonía se encontraban muy a gusto con su potente yerno.

Pero Hera urdió una trampa que sería trágica para la incauta Sémele. Haciéndose pasar por su sirvienta, la provocó diciéndole que era mentira que su pretendiente fuese realmente el rey del Olimpo; le dijo que sin dudas debía de ser un impostor; "si es realmente el dios del rayo que se presente en todo su esplendor…". No trepidó Sémele en hacer esta petición a su amado. Orgulloso por el pedido, Zeus se subió a su carro y bajó a la tierra envuelto en su rayo. En el acto –y como esperaba la cruel Hera– la joven murió fulminada.

Zeus alcanzó sin embargo a rescatar la criatura que la hija de Cadmo y Armonía llevaba en su vientre. Otra vez el dios reemplazó el vientre materno como ocurriera en la gestación de Atenea. Se abrió el muslo con un cuchillo, hundió en su interior a la criatura y luego cosió los labios de la herida. De este sufrido amor nació uno de los dioses más simpáticos de la tradición helénica: Dionisos, el alegre dios del vino y las fiestas.

Zeus confió la crianza del pequeño Dionisos a Ino, otra pléyade hermana de Sémele. Hera, por su parte, extendió sobre ella la venganza que ya descargara en su hermana. Aguardó unos años a que Ino se casara con Atamante, que nacieran sus hijos Learcos y Melicertes, y sobre ellos tomó su desquite.

La tradición cuenta que los transformó en cervatillos y al mismo tiempo enloqueció a su padre Atamante, quien atravesó con sus flechas a Learcos. Ino consiguió proteger a Melicertes: corrió hacia el mar y desde un promontorio saltó con su carga en los brazos. A lomo de un delfín llegaron ambos a Corinto. Zeus los transformó en divinidades marinas.

Pero las legendarias venganzas de Hera no tienen como origen solo alguna travesura marital. Muchas veces, estas crueldades nacían de razones más fútiles y hasta caprichosas, y también es válido destacar que en otros casos obedecen al castigo tradicional que los dioses descargan sobre quienes profanan sus santuarios. Este es el caso de las Prétidas, que se ganaron su odio por haber robado el oro que adornaba la estatua de su templo en Tirinto. La diosa hizo que perdieran la razón. Padecían un delirio colectivo en el que creían ser vacas y huían mugiendo por la pradera.

El célebre adivino Melampo, que obtuviera su don de unas serpientes, las cuales le habrían transmitido también la capacidad de comprender el lenguaje de los animales, era muy querido por Hera que lo distinguía con su amistad y siempre demandaba sus consejos. Él serenó la ira de la diosa, luego elaboró una poción que vertió en el agua del estanque en que las mujeres de Tirinto –cual vacas– abrevaban con la boca hundida en su orilla. Así recuperaron la cordura y prometieron

solemnemente no volver a cometer sacrilegio contra un templo de Hera.

La vanidad de Hera no solo se manifiesta en el episodio que ya relatáramos del concurso de belleza arbitrado por Paris. Su engreimiento aflora también en la leyenda de Antígona.

Parece ser que la hija de Laomedonte se enorgullecía de tener una cabellera más hermosa que la de la misma diosa. Enfurecida por el atrevimiento de una simple mortal, Hera convirtió en serpientes sus cabellos y la obligó a huir de su ciudad, enloquecida. Los dioses se apiadaron de ella y la transformaron en ci güeña. Una venganza similar perpetró contra Gerana, a la que los pigmeos adoraban como a una diosa.

A oídos de Hera y Artemisa llegó el rumor de que la ensoberbecida Gerana las consideraba divinidades menores. Ambas decidieron castigarla. La transformaron en grulla y la obligaron a volar incesantemente en derredor de la casa en que vivía su familia sin poder nunca posarse sobre la misma.

La afectación olímpica, ese engreimiento que persigue a los personajes divinos, está también presente en el episodio de Edone y su marido, el artista Politecnos. La pareja tuvo la desdichada idea de proclamar que su felicidad conyugal era muy superior a la de Zeus y Hera, cosa que de acuerdo con los antecedentes no parece una afirmación muy aventurada.

Pero ocurrió que los rumores enfurecieron a la diosa. Esta envió a Eris, la Discordia, para que se interpusiera entre ambos esposos, cosa que logró fácilmente, generando disputas nimias que minaron la relación. Disputaban por la posesión de una esclava, y acordaron que sería de aquel que concluyera primero un trabajo propuesto.

Edone terminó primero y provocó con ello el odio de Politecnos, que vio menoscabado su orgullo. Anunciando a su esposa que iría por la esclava se encaminó a la casa de su suegro, Pandareos, a quien le dijo que su esposa requería la presencia de su hermana menor Quelidón. El padre la dejó partir sin siquiera sospechar el plan de su yerno. En el camino Politecnos abusó de la pobre muchacha, le cortó el cabello, la vistió de esclava y bajo amenaza de muerte la conminó a no revelar a su esposa (la hermana) lo que había ocurrido. Durante años sirvió Quelidón en la casa de su hermana sin que esta se percatara del engaño, hasta que un día la escuchó lamentarse de su suerte.

Por fin se reconocieron, y tramaron juntas una venganza contra el marido de Edone. Mataron a su primogénito Itis y presentaron a su padre el cadáver. Habiendo provocado instantáneamente su furia, huyeron ambas a refugiarse en la casa paterna. Hasta allí las persiguió Politecnos, pero fue atrapado por los sirvientes de Pandareos, que lo amarraron a un palo y lo abandonaron en un prado para que moscas y otras alimañas hicieran su vida miserable.

Edone se compadeció de su marido, acudió al prado en que le abandonaran sus sirvientes y lo liberó de las ataduras. Pero su humanitaria acción provocó la ira de sus parientes, que la persiguieron para matarla. Zeus se conmovió por la historia de estos desgraciados y transformó en aves a todos los protagonistas de este drama. Pandareos fue convertido en gaviota. La madre de Edone, Harmodea, en un alción; Politecnos en pelícano y Quelidón en golondrina.

Dionisos es Baco en la mitología romana. Hijo de Zeus y Sémele –una mortal– se incubó, sin embargo, en el muslo del dios, tras la trágica muerte de su madre. Fue el dios del vino y de las fiestas.

La ebriedad de Ixión

Otra sometida a cruel suplicio por Hera fue Ío, la hija de Inaco, rey de Argos. Zeus sabía que su esposa lo vigilaba, e ideó en esta oportunidad una treta que sería funesta para su supuesta beneficiada. Transformó a Ío en vaca para ocultarla de Hera, pero esta, prevenida, le pidió a su esposo esa vaca como regalo. Zeus, que no podía negarla sin descubrirse, accedió al deseo de su esposa y entregó a su amante.

Hera la puso al cuidado de Argos, un terrible monstruo de cien ojos que la tenía sujeta a un árbol y la azotaba sin darle descanso. Por encargo de Zeus, Hermes dio muerte al monstruo y liberó a Ío. Pero esto no acabó con sus penurias, porque inmediatamente un tábano gigantesco comenzó a perseguirla. Ío huyó atravesando el Mediterráneo hasta Egipto donde Zeus le devolvió su forma primitiva y entonces nació su hijo Epafos, a quien entregará ese reino.

Hay aún dos historias de idilios en los que participó el dios del trueno que merecen destacarse. La primera hace referencia a sus amores con Leda, de donde provienen los dos mayores héroes del panteón romano: Cástor y Pólux. Pero Leda era una mujer casada, y su esposo, el lacedemón Tíndaro, era un hombre por demás celoso. Para acceder a los favores de una muchacha honesta, Zeus no tuvo empacho en transformarse en cisne con el fin de alejar cualquier prevención de su víctima. Cuando la encontró desprotegida, la atacó y gozó de ella. Tíndaro no supo jamás de la deshonra que Zeus le había infligido a su mujer, y se atribuyó orgullosamente toda su descendencia. Mas las fuentes solo le conceden la paternidad del primero de los hijos nacidos de aquel embarazo. Se trata de Cástor; otros hijos alumbran unas horas después, la bella Helena y Pólux, que le son atribuidos a la intervención divina.

Pero en este repaso, es ahora imprescindible mencionar el nacimiento del héroe más grande de la antigüedad griega, el magnífico Heracles. Su madre, Alcmena, fue la última mortal amada por Zeus. Como Leda, también Alcmena era una mujer casada. Su marido Anfitrión (de donde muy probablemente provenga el término que homenajea a quienes atienden bien a sus huéspedes) se ausentó con motivo de una lejana guerra, y Zeus aprovechó la oportunidad para solazarse con su

desprevenida esposa. ¿Cómo lo logró? Se presentó ante ella asumiendo los rasgos de su marido como si este nunca se hubiera marchado. La habilidad de Zeus le permitió remedar hasta el más mínimo detalle de la personalidad de Anfitrión, y de este modo Alcmena no sospechó del engaño. Maestro en este procedimiento de alargar las noches, el rey del Olimpo se solazó con la mortal en una noche que hizo durar tanto como tres noches ordinarias. De un modo salomónico, Heracles hará famosos a ambos padres.

Si Hera tenía fama de celosa, su esposo no le iba en zaga. Bastará como ejemplo el episodio de Ixión. El rey de los lapitas fue execrado por mortales y dioses cuando se comprobó su responsabilidad en la muerte de su suegro. Pero, de modo incomprensible, Zeus le tomó cariño y le invitó a compartir su mesa. Mas era evidente que no podía confiar en este individuo. A la primera distracción de su anfitrión, Ixión pretendió pagarle a Zeus con la misma moneda que este empleara con el marido de Alcmena.

Podría aducirse en su descargo, que el soberbio vino que bebían los dioses hizo estragos en su equilibrio emocional, y que la belleza de Hera no era menor a la de Afrodita, lo que le había valido un distinguido número de admiradores.

Achispado, perdida definitivamente toda compostura, Ixión se declaró a Hera delante de Zeus y otros olímpicos. El dios del trueno estaba a punto de estallar, pero se controló para conocer a qué extremos de ingratitud llegaría su invitado. Aprovechándose de su ebriedad, Zeus dio a una nube la forma de Hera y se la entregó. Con esta nube Ixión se unió sexualmente y del encuentro nació el Centauro. Pero ensoberbecido por lo que suponía era su unión con la diosa, lo dio a conocer a todos sus contemporáneos.

Zeus le ordenó a Hermes que lo amarrase con serpientes a una rueda en llamas. Arrastrado eternamente por el espacio, Ixión iba gritando: “Honremos a nuestros bienhechores”, una máxima que, bueno es remarcarlo, Zeus no se consideraba obligado a respetar.

Aunque las historias que rescatamos nos hablan de un Zeus pícaro, y hasta inmoral, no es esta la imagen que los griegos guardaban de su deidad principal. Por el contrario, lo consideraban un dios de gran belleza moral que resumía en él todas las concepciones helénicas respecto a la divinidad.

Aunque la leyenda habla de las numerosas veces en que el dios descargó su ira sobre los humanos, para la sociedad clásica Zeus aparece como el protector de los hombres, garante de sus relaciones, de los juramentos y la estabilidad familiar. Defensor de los humildes, de los heraldos y hasta de los mendigos. Cierto es que las leyendas lo reflejan violento, y hasta feroz en la venganza, pero para la posteridad guarda los atributos de la dulzura y la caridad.

Los artistas griegos se esforzaron por dejar en sus obras estos caracteres contradictorios del dios.

Sus facciones expresan siempre la fuerza, pero al mismo tiempo la prudencia y la bondad. El rayo que en las esculturas más antiguas se asimilaba a una lanza –emblema guerrero– empuñada con destreza, aparecerá más tarde como una pértiga con una forma alada en la punta. O aparecerá como un cetro más o menos luminoso sobre sus rodillas, con la alada Atenea surgiendo de su mano.

Para el panteón clásico, Zeus no es solo el dios más poderoso, vencedor de Titanes y Gigantes, a quien los demás dioses le rendían devoción y obediencia. Incluso sus pares más cercanos Hera, Hades y Poseidón, aunque no se resignasen fácilmente a la autoridad del dios, terminaron por aceptar sus lugares subordinados. Ya hemos visto que Hera protestaba de esta subordinación que le imponía su hermano y marido.

En la poesía órfica, se presenta su poder en estos términos:

Zeus ha sido el primero; Zeus es el último y el amo del trueno. Zeus es la cabeza; Zeus es el centro; de Zeus procede el universo. Zeus es la base de la tierra y del cielo de brillantes astros. Zeus ha sido varón, Zeus ha sido asimismo una ninfa inmortal. Zeus es el soplo de todo; Zeus es la raíz del mar; Zeus es el dueño del mundo, tembloroso bajo el rayo que lanza. Después de haber creado todos los seres, los envuelve en la luz deslumbradora que saca de su corazón sagrado, dando cumplimiento a las cosas más asombrosas.

Centauro fue el producto de la unión de Ixión (el rey lapita) con Héfele, una nube a la que Zeus le había dado la forma de Hera, de la que Ixión estaba enamorado.

Su imperio se asienta sobre la doble superioridad de la fuerza y de la inteligencia, pero aun siendo el más poderoso está sometido por unas criaturas que condicionan sin excepción a dioses y mortales. Se trata de las Moiras o destino. Hijas de Nix y Erebo, lo que las remite a un origen en el Hades, son divinidades ciegas que acompañan a todos los seres hasta su muerte. De ellas no es posible escapar. Se las representa como unas hilanderas, por cuyas manos corren como hilos las frágiles vidas humanas. Átropos está consagrada a la preservación del pasado, del ovillo irrevocable; Láquesis al porvenir y Cloto al presente, entretejiendo a su antojo dichas y avatares.

TEMPLOS Y SANTUARIOS

Quizá la religiosidad griega debió esperar hasta la completa institucionalización social para que Zeus alcanzara el cenit de los dioses. Muy probablemente ambas evoluciones estén ligadas. Porque Zeus es en las polis de los siglos VI y V a.C. el guardián de la institución del "juramento". Institución de suprema importancia en sociedades construidas en gran medida sobre relaciones personales.

Todas las divinidades están sometidas a esta obligación; si uno de los inmortales se ha hecho acreedor a la acusación de mentiroso, Zeus enviará a Iris con la "áurea jarra" por el agua de Estigia, que desciende siempre fría de la cima de una escarpada peña. Hesíodo afirma que si cualquiera de los inmortales comete perjurio, habiéndola bebido…

…languidece por espacio de un año, privado del soplo de la vida; no saborea la ambrosía ni el néctar y permanece tendido en su lecho, sin respirar, sin hablar, sumido en fatal letargo.

El tormento se prolongará aún por nueve años y solo en el décimo será readmitido en el Olimpo.

Son pocas las imágenes de relieves y vasos que contengan a las dos figuras supremas del Olimpo:

Zeus y Hera. En un ánfora del siglo VII a.C. se ve a ambos sentados en un canapé adornado con pequeñas esculturas de esfinges aladas. Zeus con su mano derecha retiene al rayo sobre su regazo y empuña en su mano izquierda un largo cetro con un ave desconocida en la punta. Su esposa tiende a Hebe la copa para que esta la llene del néctar que escancia. Lleva el "peplo" que identifica a las damas helenas, una túnica sin mangas que estas sujetaban a la cintura con un cordón como el que hiciera famosa a Afrodita. El largo vestido cuelga de los hombros con unas vistosas hebillas y una breve cinta ciñe su cabello.

Pero por lo general Zeus y Hera no suelen aparecer juntos en las representaciones que los artistas griegos hacían del olímpico baile perpetuo. Hay muchas esculturas de Hera depositadas en sus principales santuarios. Por lo general estas llevan en la frente una fina diadema y en sus manos los atributos de su divinidad: un cetro coronado por un cuclillo (el pájaro en que se convirtiera Zeus para seducirla), y en la otra mano una granada, símbolo del amor conyugal y la fecundidad. A sus pies suele aparecer un pavo real, cuyo plumaje simboliza el cielo estrellado.

Decíamos que es en los santuarios donde se representa más claramente la imagen que los antiguos tenían de su dios. No solo porque en esos lugares es posible encontrar esculturas o relieves, sino porque la descripción de los ritos y ceremonias que allí se desarrollaban nos da indicios ciertos de aquella imagen.

Un ejemplo de santuario con una organización rigurosa es el de Zeus en Dodona, al este del monte Tamaro en el Epiro. Era una construcción grandiosa, que permitía que en su interior habitaran unos sacerdotes llamados Selloi o Helloi, conducidos por el Naiarca, jefe supremo del santuario. Estos monjes debían acostarse en el suelo, jamás lavaban sus pies y parece que estaban obligados a practicar la continencia sexual.

Separadas de aquéllos y en un recinto cercano, habitaban las Peleiades, que se decía que tenían por antecesora a una esclava egipcia vendida por los fenicios en Grecia y fundadora del oráculo. El origen del nombre deriva probablemente del término Peleias, que los griegos utilizaban para describir el sonido de las palomas, por referencia al murmullo incomprensible que emitían estas sacerdotisas. Y se cuenta que dos palomas habían dado origen a la fundación de este templo. Ambas provenían de Tebas en el Egipto, y mientras una de ellas descendió en Libia donde se fundara el templo de Zeus Ammon, la otra se posó en Dodona, tomó la voz humana y ordenó a sus habitantes la construcción de este sitio de adoración a Zeus.

Las Peleiades estaban encargadas de interpretar el oráculo que luego era traducido por los Selloi a los consultantes. Este oráculo se manifestaba a los hombres por cinco conductos diferentes. Uno de ellos era el rumor producido por la brisa en la encina sagrada, árbol en el que la leyenda decía que la paloma se había posado. Otra alternativa adivinatoria involucraba la participación de una sacerdotisa que bebía el agua de la fuente de Zeus, cercana al santuario, y comunicaba al sacerdote la respuesta del dios. Con el tiempo las mujeres adquirieron su propia voz, pero su número se fue reduciendo hasta encarnar en una sola augur. La designada iniciaba su parlamento con estas palabras: "Zeus ha sido, Zeus es, Zeus será, ¡oh Gran Zeus! La tierra produce sus frutos: invocad por esto a nuestra amiga la Tierra".

El tercer método característico al que apelaban los sacerdotes del santuario era una libre interpretación de los sonidos que producía un conjunto de platos de bronce suspendidos sobre trípodes. Hay versiones que afirman que el sacerdote agitaba un palillo con huesos en su extremo sobre un plato de bronce. Estos eran los sonidos que la Peleia debía interpretar. La propia fuente de Zeus ya mencionada, les proveía otro medio de consultar al destino. Aquí el augur auscultaba el

murmullo de la fuente.

El último y más importante de los métodos adivinatorios implantados en Dodona hace referencia a la interpretación de los sueños. Pero, como es lógico, para desarrollarlo "in situ" debía de inducirse ese sueño. Parece que esto se lograba con la ingestión de unas hierbas que los sacerdotes se ocupaban con buen tino de cultivar en las cercanías del santuario.

Aunque la mayoría de los oráculos de la Grecia Clásica son santuarios dedicados a Apolo, que reúne en su personalidad los atributos del adivino, Zeus tiene bastantes oráculos que le están dedicados. Mencionamos el de Dodona, pero no es menor el que se encuentra en Olimpia. Allí la interpretación de los mismos estaba restringida a los miembros de tres antiguas familias de la ciudad: los Yamidas, los Clitiades y los Teliades. Los primeros pretendían descender del mismo Apolo en su unión con Evadne, "la doncella de los bucles violeta". Por su parte los Clitiades parecen ser una rama segundona de los primeros, y los Teliades tienen un origen desconocido pero suman a su progenie un héroe muy destacado.

La leyenda cuenta que Hegesistrato había sido apresado y condenado a muerte por los lacedemonios. Engrillado en un húmedo sótano, se cortó el pie sujeto a la cadena para poder huir. Con sus propias manos y una hebilla de las que se utilizan para sujetar el cabello, horadó el muro de la cárcel y regresó a su ciudad, Tegea, andando en la noche.

Allí se hizo colocar un pie de madera y para vengarse de los espartanos se pasó al campo de los persas, con quienes peleó hasta la batalla de Platea; luego, apresado por los lacedemonios, fue asesinado. La fábula es reveladora de la desconfianza que los espartanos generaban en los pueblos de la Grecia continental, a la que sometieron en muchas ocasiones.

Estas familias desarrollaban por turnos sus métodos de adivinación basados por lo general en el examen de las vísceras de los animales sacrificados o en la observación de las llamas en el mismo sacrificio. Esta región no solo es famosa por el santuario de Zeus, sino porque en la misma Olimpia se celebraban cada cuatro años los juegos y competencias que involucraban a centenares de polis de la Hélade y la Magna Grecia.

La tradición atribuye a Heracles la fundación de las Olimpíadas en honor de su padre, rey del Olimpo. Lo cierto es que desde el 766 a.C., la celebración de estos juegos fijó la costumbre de dividir el tiempo por Olimpíadas, esto es, por períodos de cuatro años.

El templo de Olimpia encerraba la magnífica escultura de Fidias, que representaba al dios sentado con sus atributos sobre un trono erigido a su vez sobre un pedestal de seis metros de altura. La colosal escultura tenía en total trece metros y se dice que el mismo Fidias espiaba durante la ejecución de la obra a los ocasionales observadores y tomaba en cuenta sus impresiones para hacer modificaciones que acercaran a la perfección el trabajo.

Las excavaciones efectuadas por arqueólogos en Dodona han suministrado un gran número de restos de donaciones hechas por consultantes del templo. Entre las reliquias recobradas de las profundidades de la tierra sobrevivieron unas láminas de plomo que contienen inscritas las preguntas que representantes de pueblos y particulares dirigían al oráculo. El templo fue saqueado tempranamente por los etolios en el siglo II a.C. y Teodosio, ya en nuestra era, lo convertiría en una iglesia cristiana.

Por todo esto, adquieren un gran valor tales restos que dan cuenta de la cotidianeidad que existía hace por lo menos dos milenios y medio atrás. Estas son algunas de las frases recortadas:

Agis pregunta al oráculo si sus cobertores y sus almohadas se han perdido o han sido robados. Lisanias pregunta si es suyo el niño

que Nila lleva en su seno. (Un personaje desconocido pregunta)…si le será ventajoso ocupar su casa de la ciudad o su campo. Hipóstyrato pregunta a qué dios debe ofrecer sacrificios.

Restos del templo de Zeus en Olimpia. Allí se realizaban las Olimpíadas.

El culto de Hera se encontraba tan extendido en el Mediterráneo como el de su marido, y los epítetos que acompañaban su nombre en las distintas regiones eran casi tan numerosos como los de Zeus. La mayoría de ellos hacían referencia a la preocupación de la diosa en la protección de los embarazos, los partos y de las mujeres en general. Las invocaciones solían citarse en ocasión de las bodas y los nacimientos.

Hera poseía santuarios importantes en muchas ciudades griegas. En el mismo Peloponeso había templos en Micenas, Tirinto, Esparta, Nauplia y Olimpia. Su templo en esta última ciudad, aun no siendo tan imponente como el de Zeus, gozaba de mucha fama debido a las fiestas que anualmente se celebraban allí.

La leyenda cuenta que el santuario fue erigido para festejar la reunión de las ciudades de la Élide. Las dieciséis ciudades enviaban damas comisionadas que en conjunto tejían un "peplo" que consagraban a la diosa. Entre las pruebas atléticas que se efectuaban durante la celebración se destacaba una carrera en la que participaban muchachas que competían por una corona de olivo y una tajada de la carne del animal sacrificado.

Los habitantes de la isla de Samos, frente a la actual Turquía, se vanagloriaban en época histórica de que Hera hubiera nacido en su isla, en las orillas del río Imbrasos, a la sombra de un sauce que, como la encina de Dodona, era lugar de adoración y motivo de la erección de un santuario, el Heraión, nombre con que eran conocidos todos los templos que le fueran dedicados.

El Heraión de Olimpia contenía muchas obras de arte de refinado gusto, pero resalta el cofrecillo de Cipselo. Cuenta Pausanias que este era de madera de cedro y "…adornábanlo figurillas, unas de marfil, otras en oro y otras esculpidas en la misma madera…".

Sus costados estaban repletos de escenas legendarias de dioses y héroes. Pero la obra más importante de este santuario consiste en el Hermes de Praxíteles, que se conserva protegido, cerca de las ruinas de aquel templo.

Praxíteles es el genial escultor de la Afrodita de Cnido, compuesta sobre el modelo vivo de la bella Friné. En el siglo IV a.C. vivió una cortesana llamada Mnesarate, más conocida como Friné, literalmente "sapo" al parecer por el color verdoso de su piel, que era considerada como una de las mujeres más hermosas de toda la Grecia antigua. Como dijimos, su cuerpo sirvió de modelo a Praxíteles –uno de sus muchos amantes– para realizar la estatua de la diosa Afrodita.

Friné fue también la musa de pintores como Apeles, que se inspiró en ella para dibujar su Afrodita Anadiomena, recordando aquel episodio en que la famosa hetaira, durante un festival público, se desnudó y se sumergió en el mar delante de la concurrencia. Esta cortesana aparece como protagonista de muchas historias rescatadas por escritores como Jenofonte y Aristófanes. El primero recrea lo acontecido en una ocasión en que Friné fue acusada por un tal Eutías de "impiedad" (uno de los delitos más graves puesto que podía conducir a la muerte).

Friné compareció ante el tribunal de los heliastas y Praxíteles, que no confiaba en su propia verba, contrató para la defensa a uno de los mejores oradores del ágora, Hipérides, que entregó a la asamblea un emocionado alegato el cual, sin embargo, no logró convencer a los jueces de la inocencia de Friné.

Peligraba la vida de la bella cortesana e Hipérides ideó una maniobra desesperada. La llamó al centro del recinto en que se celebraba el juicio y le pidió que se desnudara. Un profundo silencio se instaló en la sala; la contemplación de la desnuda belleza había dejado atónitos a sus jueces. Hipérides aprovechó entonces el vacío producido e interpeló así a los presentes:

> Olvidad, si os parece, todos mis anteriores argumentos. Pero ved, ¿no lamentaréis condenar a muerte a la propia diosa Afrodita? ¡Piedad para la belleza!

El argumento resultó enormemente convincente; de hecho Friné resultó exculpada.

También Corinto posee su Heraión. Está construido sobre un promontorio rocoso cercano a la ciudad del istmo. Se cuenta que Medea, la hechicera nieta de Circe, buscó allí refugio con sus hijos cuando fuera perseguida por Jasón. La misma Hera eligió ese sitio para protegerla. Pero ella y su cría fueron asesinadas por los corintios, y como castigo la diosa envió una peste terrible que durante años diezmó a la población.

Las fiestas anuales que allí se celebraban, tenían entonces un carácter de expiación y buscaban el perdón divino. Todos los años siete mancebos y siete muchachas de las mejores familias de Corinto debían servir en el santuario por un período de un mes. Cortaban sus cabellos y vestían de luto para la ocasión: honraban así a Hera y a Medea.

Si los templos de Zeus y Apolo poseen en su mayoría oráculos, esto no ocurre por lo general en el caso de los santuarios de Hera. Sin embargo, el templo de Corinto tenía esa particularidad. Nada se sabe, en cambio, respecto a las artes adivinatorias empleadas para acceder al testimonio de una diosa que ha sido frecuentemente caracterizada como taciturna y reservada.

5

El mundo de los muertos

En *La Ilíada*, Homero pone en boca del irritado Poseidón un párrafo que da cuenta precisa de la distribución de territorios entre él, Hades y Zeus:

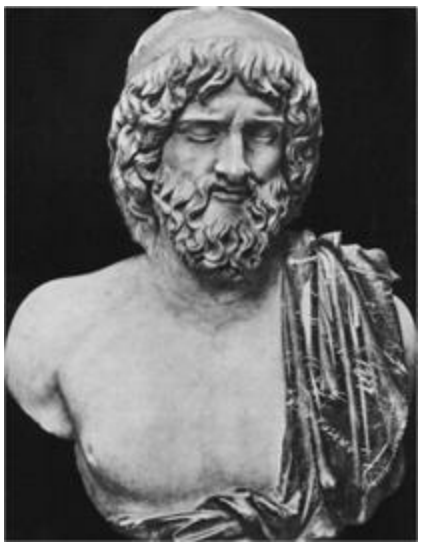
> Cronos dio el ser a tres hermanos que Rea llevó en su seno, Zeus y yo. El tercero es Hades, que reina sobre los muertos. La herencia paterna fue dividida en tres lotes, correspondiendo a cada uno su parte de honores. Cuando se hubieron echado las suertes, me tocó habitar el mar espumoso, a Hades tocaron las inmensas tinieblas, Zeus obtuvo el vasto cielo, en el seno del aire y de las nubes. La tierra y el vasto Olimpo los poseímos en común.

Poseidón solía quejarse de las pretensiones de su hermano menor. Pero es evidente que no envidiaba la herencia recibida por Hades. El reino de las tinieblas, morada de los muertos, parecía no ser una propiedad muy apetecida. Es que el nombre de Hades y su reino provocaban espanto, al extremo de evitar su sola mención.

Sin embargo, esta concepción de Hades como dios del mundo subterráneo y de la muerte con el que solo se relacionaban ideas de terror y espanto, sufrió hacia el siglo V a.C. una curiosa transformación. A partir de entonces este dios tuvo una robusta imagen de benevolencia. De él dependía la fecundidad de la tierra, todo cuanto brotaba del suelo, incluso los productos minerales le fueron atribuidos.

Su mismo nombre sufrió una metamorfosis: pasó a llamarse Plutón, nombre con que le adorarán las generaciones posteriores. Incluso fue asociado desde entonces a un cuerno de la abundancia que las viejas fuentes relacionaban en realidad con Zeus. La nueva concepción hizo de Hades, y tal cual resume el investigador francés Bouché-Leclercq:

> …una expresión general (…) de las fuerzas ocultas que presiden a la muerte y a la regeneración, que destruyen y reconstruyen incesantemente las combinaciones movibles de la eterna sustancia…



Hades reinaba en el mundo de los muertos, el territorio de las tinieblas. Para los griegos no existía el concepto de "infierno", por lo cual Hades era responsable, también, de la fertilidad de la tierra y de todo cuanto brotaba del suelo.

En realidad el nuevo mito fue hijo de un culto que entonces se extendió por todo el Mediterráneo oriental, asociando a Deméter y su hija Perséfone con el señor de los muertos. Un culto al que podríamos fácilmente identificar con el "ciclo vital". Se trataba de los ritos de Eleusis, una religión –moderna entonces– de carácter mistérico, que se extendía en los espacios domésticos, en el ámbito del hogar y de las mujeres.

En la elaboración del nuevo mito cobró importancia fundamental la recopilación de mitos anteriores. Así, el carácter primordial de Hades, Deméter y Hestia (Tierra-Fuego; Vida y Muerte), fue completado mediante una leyenda que los integraba y una descendencia que constituyó la tradición, y la conservación de un rito.

La leyenda refiere al rapto de Perséfone, la hija de Deméter, perpetrado por Hades, el señor de los muertos. Es un mito fundador. Hades desposará a Perséfone y la mantendrá en su reino de las tinieblas durante un tercio del año; en los otros ocho meses Perséfone (más conocida como Coré) recorrerá junto a su madre y su hermano Triptolemo (la divina trinidad) las comarcas terrestres llevando a todos los hombres las bondades de la agricultura y la ganadería. Así se construyó una tradición, que establecía sus santuarios, sus ritos y sus sacerdotes.

No hemos hablado casi de estas dos hermanas de Zeus tan relacionadas con las cosas comunes y fundamentales de los hombres. Hestia es quizá, junto a Artemisa, la máxima expresión de la pureza y la virginidad en el pensamiento mitológico. Resulta curioso, por cuanto la virginidad no era propiamente un valor en la antigua cultura helena. Parece que la casta Hestia fue acosada por su hermano Poseidón, y por su sobrino Apolo, y ella no solo…

> …los esquivó obstinadamente (sino que además) prestó un juramento que se cumplió en todas sus partes. Juró, puesta la mano en la cabeza de Zeus, permanecer siempre virgen, noble entre las divinidades. El padre de los dioses concedióle una bella recompensa en lugar del matrimonio: gozaría de la grasa de los sacrificios, sentada en el centro de las moradas celestes; es partícipe en todos los templos de los dioses de los honores que a estos se rinden, y entre los mortales es la más venerada de todas las divinidades.

¿Acaso podía ser de otro modo cuando para los antiguos el fuego era de suprema importancia, al punto de que ella no podía dejar que se extinguiese debido a las dificultades que tenían para volver a encenderlo con medios primitivos? Hestia es, además de diosa del fuego, del lar familiar, suprema diosa del hogar, la diosa institucional por excelencia.

Cada ciudad poseía un hogar común, en el que el primer magistrado ofrecía los sacrificios a Hestia. El mismo Aristóteles subraya en su *Política* que a la magistratura se ha… "confiado el cuidado de todos los sacrificios públicos y que son de cierta manera el honor del hogar nacional". Estos magistrados se llaman Arcontes, Reyes o Pritanes.

El edificio público en el que se conservaba este fuego sagrado era el denominado Pritaneo. Allí se recibía a los magistrados y a los huéspedes públicos distinguidos. A veces sesionaban allí los tribunales, y no había mayor honor para un ciudadano, que ser recibido en el Pritaneo. Cuando durante los siglos VIII y VII a.C. se desarrolló en toda la región ese agitado movimiento migratorio, masivo, casi compulsivo, al que llamamos "colonización", y que diera origen a ciudades tan alejadas del céntrico Egeo como Siracusa, cada grupo de emigrantes partía llevando consigo una partícula del "fuego sagrado" que ardía en el Pritaneo de su ciudad madre. Con él iniciarían el nuevo "hogar" en tierras lejanas.

Junto a una divinidad tan elemental como la que representa el fuego, debía haber una que representara a la tierra, y ciertamente Gea fue siempre una divinidad sin representación concreta. La diosa que asumirá, entonces, la representación de la tierra considerada como productora de la vegetación, de los frutos necesarios para la alimentación del hombre, será Deméter. A ella se deberán además las leyes del matrimonio, desde que preside las sociedades humanas y la suerte de los difuntos descendidos a las regiones infernales.

He aquí la necesaria relación que esta diosa debe tener con Hades. Deméter tiene por atributo la fecundidad, pero una fecundidad reglada y bienhechora. Es la fuerza que da vida a las fructíferas semillas, que las hace crecer y prosperar. Ella y sus acólitos han traído a los hombres el cultivo de las cosas útiles. Les han dado los instrumentos necesarios para la labor y les han instruido para usarlos. Deméter unce el buey y empuña el arado. También les ha enseñado a los hombres la domesticación de los animales, la institución del matrimonio y el respeto a los padres.

Es posible que Deméter tenga por origen a la Isis egipcia; en todo caso, los griegos mantuvieron contacto con Egipto mucho antes de los viajes de Herodoto.

El Mediterráneo oriental es un inmenso lago salado. Libia y Egipto, en el sur; Siria, Palestina y Mesopotamia como límite oriental; el Asia Menor, el Egeo y la Grecia continental cerrándolo por el norte. En el siglo VIII a.C. asistió a la proliferación de colonias en el límite occidental. Penetraron profundamente en el Jónico arribando a las costas de Sicilia y Cartago.

Herodoto viajó por Asia y África a mediados del siglo V a.C., dejándonos una detallada crónica del Egipto del Imperio tardío, anterior a la helenización. Aseveró que Isis estaba en el origen de la Deméter griega, y agregó que la fiesta de las Tesmoforias, que se celebraba a lo largo de nueve días en toda la Hélade para honrar a la diosa, era un culto traído de Egipto. Dijo: "…Las hijas de Danao son las que han traído de Egipto estas ceremonias y las han enseñado a los pelasgos".

La leyenda cuenta que Danao y su hermano Egipto eran descendientes del propio Zeus, y que al primero se le concedió el reino de Libia, y al segundo el reino homónimo. Lo curioso es que nuestro Danao tuvo cincuenta hijas en coincidencia con su hermano, que tuvo cincuenta hijos. El rey Libido podría haber gozado felizmente de su mandato divino, pero un oráculo le advirtió que debía abandonar su reino con todas sus hijas para no perecer a manos de los hijos de Egipto.

Danao abandonó su tierra y la diosa Atenea le obsequió el primer barco de cincuenta remos que se viera nunca. Se dirigió a Argos, pero antes desembarcó en Rodas y construyó allí un santuario en honor de su salvadora, la Atenea Argiva. Ya en Argos disputó con el rey local Gelanor y con ayuda de los dioses se hizo con el trono.

Pudiendo ahora gozar de una paz recobrada, Danao y su familia fueron sin embargo perturbados por malas nuevas: habían llegado a la Argólida los cincuenta príncipes de Egipto a pedir la mano de las hijas de Danao. Este no pudo negarse, y en seguida tramitó la boda de las cincuenta parejas que debería realizarse al día siguiente. Aunque algo había tramado para la ocasión: la noche de bodas las hijas de Danao apuñalaron por la espalda a sus maridos, los degollaron y luego arrojaron las cabezas al lago de Lerna, que se tiñó de rojo. Sus cuerpos fueron enterrados a la entrada de Argos. Solo una de las danaides incumplió el terrible mandato paterno. Hipermnestra perdonó la vida a su esposo Linceo, pero la desdichada fue castigada por el padre con su encarcelamiento de por vida.

LA PASIÓN Y EL HAMBRE

¿Qué ocurrió con las danaides? La tradición es ambigua en este aspecto: por un lado está la leyenda que cuenta de los concursos instituidos por Danao para encontrarles marido a las asesinas; pero otra versión refiere que las danaides no pudieron expiar nunca su culpa, y fueron condenadas en los infiernos a verter continuamente agua en una vasija sin fondo; de allí proviene la expresión del "tonel de las danaides".

Las danaides llevaron a Argos unas ceremonias de adoración a Deméter que transmitirán a los habitantes de la Argólida aun antes de la invasión doria y antes incluso de que aqueos y jonios se asentaran por primera vez en el Peloponeso, a principios del segundo milenio a.C.

La leyenda del rapto de Perséfone tiene necesariamente un origen preciso; como la gran mayoría de las leyendas griegas no puede comenzar antes del nacimiento del personaje principal. Zeus –habiendo tomado la forma de un toro– abusó de Deméter, y de esta unión nació Perséfone. Otra leyenda cuenta que para escapar del acoso de Zeus, Deméter se transformó en yegua y se mezcló con los caballos del rey Oneo. Pero el dios del trueno la descubrió y mutando él mismo en soberbio caballo se apareó violentamente con ella. Poseidón intentó también abusar de su hermana, pero viendo que no era esto posible tramó el secuestro de su hija.

Antes de que tan desgraciados sucesos se produjeran, Deméter también tuvo tiempo para el amor. Justamente Hesíodo señala este detalle cuando relata la historia de Deméter y Yasión:

> Deméter, divinidad poderosa, gustó los encantos del amor con el héroe Yasión en un vasto campo, labrado tres veces, de la fértil Creta…

Suponemos que la referencia a las tres veces que hubieron labrado el campo es una alusión al número de sus encuentros amorosos, porque en seguida apunta:

> …allí engendró al bienhechor Pluto, que recorriendo la inmensidad de la tierra y el vasto dorso del mar prodiga a los mortales, a quienes el azar lleva bajo su mano, la riqueza y la prosperidad.

Ovidio agrega que la diosa se encontró con Yasión a los pies del monte Ida, "…lo vio y de repente una intensa llama se encendió en sus venas". Pero ocurrió que los disfrutes de la diosa tuvieron para el género humano terribles consecuencias. Dice Ovidio que cuando el pudor de la diosa cedió a su pasión, los surcos de la tierra repentinamente se secaron y no dio más granos de cuantos le fueron confiados:

Zeus había abusado de Deméter, y de esa unión forzosa nació Perséfone, quien luego sería raptada por Hades, el

que la mantendrá en su reino durante cuatro meses. De allí nacerá un culto que asocia a madre e hija con el señor de los muertos.

> Los azadones revolvieron sin tregua el suelo de los campos: la reja del arado desgarró la tierra endurecida. Los surcos recibieron la simiente y el confiado labrador vio burladas sus esperanzas.

Las cosechas brotaban espontáneamente al paso de la diosa sin que el hombre necesitara sembrar. Pero "solamente" por donde ella pasaba. Erraba por la espesura de los bosques y de su cabellera se desprendían las espigas que fructificaban en medios salvajes, incluso en las cumbres de los montes. ¡Hasta el jabalí se hartaba de grano! Fue Zeus quien restauró el ciclo normal de siembras y cosechas. Informa Homero que:

> Cuando Deméter, la de las bellas trenzas, cediendo al deseo de su alma, se unió amorosamente a Yasión en los barbechos de un campo fértil, Zeus no lo ignoró y arrojó sobre él los dardos inflamados del rayo.

Los campos volvieron a llenarse de grano, pero Deméter perdió su amor y su sino le deparó un destino aciago.

Se hace necesario aún rescatar una historia de esta diosa que la muestra como protectora elemental de la naturaleza y la vegetación. La leyenda podría incluirse dentro de una metáfora ecologista alumbrada hace tres milenios. La historia en cuestión involucra al hijo de Triopas, Erisictón, quien sufrirá el más cruel de los suplicios que la diosa hubiera podido imaginar: el hambre eterna. ¿El delito cometido? Se cuenta que hacha en mano… osó profanar un bosque consagrado a Deméter e introducir un hierro culpable en troncos respetados por los siglos.

En el bosque se elevaba una encina inmensa, que era ella sola un bosque: el árbol se encontraba distinguido con cintas y adornos, pero el soberbio hijo de Triopas no hizo caso de su distinción y ordenó a sus secuaces que lo derribaran. Los servidores dudaban y el mismo Erisictón tomó el hacha diciendo: "Ya sea este árbol caro a Deméter, ya sea la misma Deméter, medirá la tierra con su copa verdeante".

Enseguida le descargó un furioso hachazo en el costado. La encina gimió y tembló, volaron las astillas y oleadas de su savia manaron de la herida.

Un servidor intentó detener la matanza reteniendo el brazo de Erisictón, pero este, aún más furibundo, descargó sobre su cabeza el hacha que destinara al árbol, matándolo. Un verdadero energúmeno nuestro Erisictón. Otra vez golpeó con su arma el costado de la encina y entonces una lúgubre voz salió del interior del árbol moribundo:

> Ninfa cara a Deméter, este tronco era mi asilo. ¡Tiembla! Mi voz moribunda te anuncia el inminente castigo de tus crímenes. Tu muerte me consolará de la mía.

Por fin, la encina cayó arrastrando consigo una considerable parte del bosque. Indignadas, las Dría des fueron llorando en traje de luto a demandar a Deméter el castigo para el asesino de su hermana.

Un movimiento de la cabeza divina hizo temblar los campos cargados de mieses. Fue cuando un torbellino de viento introdujo en el palacio de Erisictón "el hambre", que rauda penetró en su lecho:

> Era de noche, el impío estaba sumido en profundo sueño; el hambre le envuelve con sus alas, le sopla sus venenos, llena con su aliento su boca, su garganta, su pecho. Vacía y hambrea sus entrañas. Cumplida su tarea abandona la morada donde reina la abundancia y se retira a su desierto, a su antro estéril.

Inútilmente, su boca se abrirá para engullir crecientes masas de alimentos que no saciarán su apetito: lo que bastaría para alimentar a ciudades y a pueblos enteros no es para él suficiente, pues a

medida que los alimentos entran en su boca, siente crecer su apetito.

Tragará todas sus riquezas, e incluso venderá a su hija Metra a cambio de alimentos que no podrán saciar jamás su desmesurada avidez. Por fin, terminará comiéndose a sí mismo hasta desaparecer.

Es momento de introducirnos en el mito de Perséfone que, como dijéramos, será fundador de nuevos mitos. El himno homérico afirma que el propio Zeus dio permiso a Hades para que raptara a Perséfone. Dice que esta fue raptada…

> …cuando jugaba con las tetudas hijas del Océano, cogiendo flores en una blanca pradera: rosas, azafrán, bellas violetas, gladiolos, jacintos y un narciso de prodigioso brillo, que por voluntad de Zeus y para engañar a la virgen de rosada tez, produjo la tierra, deseosa de agradar al insaciable Hades, y cuya vista causó la admiración de los dioses inmortales y de los humanos mortales.

El perfume invadía todo el aire. Perséfone extendió las dos manos para coger la maravilla. Entonces la vasta tierra en la llanura de Nisena se abrió a sus pies y el hijo de Cronos apareció en su carro. La subió a su vehículo y la raptó. La joven lanzó penetrantes alaridos de angustia, pero ni mortales ni dioses oyeron sus gritos. Tampoco sus compañeras que iban cargadas de flores y pronto comenzaron a sentir su ausencia.

Perséfone clamó: "¡Ío, madre querida!, me llevan". Mientras tanto, Hades voló por el camino de los infiernos, porque hasta entonces sus caballos avanzaban a duras penas, deslumbrados por la luz del sol, demasiado viva para sus ojos acostumbrados a las tinieblas.

El himno homérico afirma que nadie se resistió al embate de Hades; en cambio, otra leyenda rescata la historia de la "más renombrada" ninfa de Sicilia, la valiente Ciane, que "cerró el paso al hijo de Cronos". Cuenta Ovidio que entonces Ciane se plantó, los brazos en cruz, enfrentando el carro que giraba para escapar, y habló de este modo:

> No pasaréis más lejos. ¿Queréis ser por la fuerza yerno de Deméter? ¡Podías pedir a Perséfone, y no arrebatarla! (…). Yo misma fui amada por Anapis, y solo después de haber sido desarmada por sus súplicas, no por el terror, consentí en ser su esposa.

Hades estalló de ira, descargó el látigo sobre sus corceles, fulminó con su cetro la tierra que se hundió y se abrió hasta el Tártaro para que ese prodigio pudiese rodar al abismo.

La ninfa se fundió en la corriente del río, aunque su voz quejumbrosa se siguió oyendo por siempre…

> …con el alma atormentada por una herida secreta e incurable, se deshace toda en llanto y se disuelve gota a gota en las mismas aguas de las que hacía poco era la divinidad tutelar…

Así narra Ovidio la escena, aunque sitúa a esta en la llanura de Sicilia. Puede deberse a una clásica operación de apropiación latina de la vieja leyenda griega. En cualquier caso, parece que muchas otras tradiciones señalan al Ática como escenario del drama, y otras tantas a Creta, a la que Deméter se hallaba estrechamente unida.

Rapto de Perséfone. El bajo relieve ilustra el momento en que la hija de Deméter fue raptada por Hades. La leyenda cuenta que se abrió la tierra y por el abismo el señor de los muertos se llevó a la bella Perséfone o Coré ("la doncella")

Deméter…

> …desgarró con sus manos las cintas que retenían su cabellera, echó sobre sus espaldas un sombrío velo y se lanzó como un pájaro por la tierra firme y por las olas en azarosa búsqueda. Pero nadie quería contarle la verdad del triste destino que acaeciera a su hija. Ni dioses, ni mortales, ningún augurio ni mensajero. Durante nueve días la diosa recorrió la tierra con antorchas encendidas en sus manos.

La leyenda insiste en que la diosa no bebió néctar ni ambrosía, tampoco descansó a tomarse un baño. Pero al décimo día encontró en su camino a Hécate. Esta era una divinidad mitad infernal, mitad marina, dotada de tres cabezas, que se hacía pasar muchas veces por mensajero de Hades.

Es curioso que sea este engendro quien toma la tarea de conducirla hasta Helios, el sol, que todo lo ha visto bajo su luz, y que todo lo sabe. Helios contesta de este modo a las doloridas demandas de Deméter:

> …Tengo compasión de tu dolor a causa de tu graciosa hija. No hay entre los inmortales otro culpable que Zeus, que la ha concedido a su hermano Hades para que la llame su floreciente esposa. Este la ha conducido por las espesas tinieblas, después de haberla arrebatado con su carro.

La diosa se encuentra desolada, el llanto nubla sus ojos. Tanta congoja le sugiere a Helios la siguiente reflexión:

> Pero, Diosa, da tregua a tus largos gemidos. No te es conveniente sucumbir a una inútil e impotente cólera. Hades, rey de un populoso imperio, no es, entre los inmortales, un yerno indigno de ti. Es además hermano tuyo, nacido de los mismos padres.

Por supuesto el tabú del incesto no regía para la pléyade de los dioses griegos, poco afectos a tener algún miramiento con los parientes directos.

DEMÉTER: LA IRA DE LA DIOSA

No consolaron a Deméter los prudentes consejos de Helios. Se ausentó del Olimpo, huyó de las ciudades y de los hombres y se recluyó en Eleusis. Allí tiene lugar el episodio de su encuentro con las hijas de Celeo y con el niño Demofonte o Triptolemo. Hijo tardío de la pareja de Celeo y Metanira, el niño se encontraba moribundo cuando las tres hijas del rey llevaron a Deméter (disfrazada de humilde anciana) a su casa. La diosa lo cuidó, le dio el néctar y la ambrosía que le otorgarían vida eterna y el niño pronto se recuperó.

En pago por su acción, Celeo construyó en la cumbre de la colina de Eleusis el famoso templo en honor de la diosa de la hermosa cabellera.

La rubia Deméter estableció allí su morada. Entonces, consumida por la pena de su hija:

> …dispone para los hombres, sobre la tierra fértil, un año terrible y cruel. La tierra no hizo germinar ninguna simiente porque Deméter las había ocultado todas. Los bueyes se uncieron inútilmente para la labranza a innúmeros arados corvos. Multitud de granos de blanca cebada cayeron en vano sobre el suelo y se perdieron. Así, la raza de los humanos habría perecido a los golpes del hambre cruel y privado del honor de las recompensas y sacrificios a los moradores del Olimpo, si Zeus no hubiese pensado en ello y no hubiera reflexionado en su interior.

Zeus envió primero a Iris, la "de las alas de oro", mensajera de los dioses, para que calmase el dolor de la diosa, pero fracasó. Zeus incitó a todos los dioses a que la colmasen de regalos, pero Deméter fue inmune a esas sugestiones y persistió en su actitud: prometió no subir al odorífero Olimpo, ni permitir a la tierra que produjera frutos antes de que con sus propios ojos hubiese visto a su hija.

Zeus reconoció que no había manera de reparar el embrollo si no hablaba él con su hermano Hades. Le envió a Hermes –famoso por su capacidad de seducción– para que le convenciese de liberar a Perséfone. Este le dijo al rey del Tártaro:

> Hades, el de los negros cabellos, rey del imperio de los muertos: mi padre Zeus me ordena que saque del Érebo y conduzca entre los dioses a la ilustre Perséfone, a fin de que su madre, después de haberla visto con sus propios ojos, calme su cólera y su terrible enojo contra los inmortales. Está meditando una espantosa venganza: quiere destruir a las débiles tribus de los hombres nacidos de la tierra, ocultando bajo el suelo las simientes, y poner fin a los honores de los inmortales. Una terrible cólera la domina. No se mezcla ya con los dioses, sino que está sentada aparte, en el fondo de un templo odorante, en la áspera Eleusis.

Hades consintió en dejar partir a su esposa. Pero antes, sospechando de las intenciones de su suegra, le hizo comer una granada mágica que no le permitiría permanecer junto a su madre mucho tiempo. Justamente, las primeras palabras que Deméter dirigió a su hija cuando esta regresó a su lado, fueron…

> …Hija, ¿no has tomado alimento ninguno? (…) si has gustado del fruto de Hades, volverás a las profundidades de la tierra. Allí residirás un tercio del año y los otros dos tercios los pasarás conmigo y con los otros inmortales. Cuando la tierra se cubra con todas las flores olorosas de la primavera, saldrás nuevamente de las espesas tinieblas, gran maravilla para los dioses inmortales y para los mortales humanos… ¿Pero de qué ardid se ha valido el rey insaciable para engañarte?

Aunque burlada en sus anhelos, Deméter consintió en dejar a la tierra procrear la simiente. La tierra gimió bajo el peso de hojas y frutos:

> La diosa, al partir, instruyó a los dioses guardianes de la justicia: Triptolemo y Diocles, domadores de corceles, y al fuerte Eumolpo y a Celeo, cabeza de los pueblos. Les enseñó el ministerio sagrado. Inició a todos en sus augustos misterios, que no es permitido descuidar, ni sondear, ni divulgar, porque el profundo respeto a los dioses retiene la voz.

Los misterios de Eleusis tienen su origen en este himno homérico que celebra la resurrección de la fecundidad terrestre. Concluye con estas palabras que incluirán los adeptos en todas sus oraciones:

> Feliz entre los hombres que habitan la tierra aquel al que las cosas santas le han sido reveladas. El hombre no iniciado en los misterios y que no participa en ellos no tiene semejante destino, ni aun después de su muerte, bajo las espesas tinieblas.

Cuando Deméter y su hija estaban juntas, la tierra florecía de vegetación. Pero durante unos meses al año, cuando Perséfone volvía a los infiernos, la tierra se convertía de nuevo en un erial. En esos meses de verano, en Grecia, la vegetación muere por el calor y la falta de lluvia. El invierno, en cambio, trae abundantes lluvias y temperaturas suaves, floreciendo la vida vegetal.

Mucho antes de ser Plutón, y ejercer como un espíritu bienhechor, Hades practicó la principal ocupación de los dioses y diosas que pueblan el Olimpo. Esto es: los amoríos, seducciones, etc. Y esto no se circunscribe al episodio del rapto de Perséfone, que será desde entonces reina del mundo de los muertos junto a su esposo, al que dejará solo durante ocho meses al año.

Antes y después de esta cuasi fundación institucional, Hades supo gozar del amor de dulces doncellas. Las leyendas cuentan de una ninfa del oscuro mundo subterráneo llamada Men ta, y de una bella oceánida, Leuce, que contra su voluntad abandonó aquel magnífico reino acuático de su infancia.

Menta se convirtió en objeto de acoso por Hades, no bien aquélla abandonó la pubertad. Habitante de esos oscuros parajes logró, ocultándose en las sombras y con la ayuda del río Cocito, evadir al seductor durante algún tiempo, mas Hades consiguió yacer finalmente con ella. Con tanta mala suerte que no pudo evitar que Perséfone se enterara de la trastada de su marido. Abandonada a su suerte, la doncella murió pisoteada por la esposa celosa y ofendida.

Otras fuentes agregan que la desafortunada joven habría sido despedazada por Deméter. El detalle interesante es que Hades, culpable y culposo, optó por rehuir sus responsabilidades y olvidarse de la suerte de la joven por él ultrajada. El mito agrega que Hades se sustrajo de intervenir en la barbarie consumada por su esposa y su suegra, pero cuando estas abandonaron aquellos despojos se acercó y, dolido, los transformó en una planta.

El lugar señalado para tal prodigio es la ladera del Monte Menta, en Trifilia: desde entonces esta hierba aromática quedó consagrada al dios de las tinieblas y se convirtió en el símbolo del amor. En la antigua Roma, tenía una simbología similar. Las mujeres que iban a casarse llevaban en sus cabezas unas coronas armadas con flores de azahar entretejidas con hojas de menta. Las amigas de la novia esparcían plantas enteras de menta en el suelo de su cámara nupcial como augurio de una noche feliz y perfumada.

Deméter y Perséfone, Madre e hija, debían unirse y así lo entendió Zeus, que animó a Hermes para que convenciese a Hades de liberar a Perséfone. El señor de los muertos aceptó.

No concluyó mejor la vida de la hija de Océano y Tetis. El dios de los infiernos puso sus ojos en Leuce y su futuro quedó sellado. Fue secuestrada y trasladada por Hades al inframundo, donde se aprovechó de ella impunemente. Luego, temeroso de que su esposa Perséfone tomara represalias contra él, convirtió a Leuce en un álamo blanco. Este árbol nos recuerda su triste destino.

Otra interesante historia referida al dios de los infiernos lo retrata como un hábil y vengativo marido que castiga los devaneos de ciertos pretendientes de su esposa. Fue el caso de dos alegres camaradas, Teseo y Piritoo, que en una noche de juerga se confabularon para hacer suyas a dos hijas de Zeus. Teseo eligió a Helena; con la ayuda de su amigo la secuestraron y decidieron mantenerla encerrada al cuidado de la madre de Teseo (Etra), hasta que tuviese edad para casarse.

Pero la cuestión se complicó cuando quisieron cumplir el designio de secuestrar a Perséfone. Para ello debían ingresar al Hades y –cosa muy probable– enfrentar a su terrible anfitrión. Viajaron al inframundo y con una excusa fortuita decidieron presentarse al amo de la oscura región. Hades fingió ofrecerles hospitalidad y los sentó a una mesa llena de manjares en la que las copas rebosaban de delicados vinos. Pero tan pronto como la pareja se acomodó en la mesa, gruesas serpientes salieron de las patas y los brazos de los sillones apresando a ambos pícaros.

Perdonado tras algunos años, Piritoo se casaría por fin con Hipodamia. Las bodas de ambos serán escenario de un furioso combate entre centauros y lapitas. Pero Teseo no será liberado tan fácilmente, y deberá intervenir Heracles en su rescate.

El último de los doce trabajos de Heracles fue capturar al can Cerbero que cuidaba las puertas del infierno. Antes de acometer tamaña aventura, Heracles viajó a Eleusis donde fue iniciado en los famosos “Misterios Eleusinos”. Esto le permitió absolverse por la culpa que cargaba de haber dado muerte a sus propios hijos, pero las enseñanzas incluían también los procedimientos necesarios para entrar y salir vivo del inframundo.

Ingresó a los infiernos por la puerta de Tanaerum. Por supuesto Heracles –aunque fabuloso héroe– no podría haberlo logrado sin la ayuda de Atenea y Hermes, que hicieron lo necesario para rescatar a Teseo, gran héroe del Ática e hijo de Poseidón. Hades accedió a que Heracles se llevara a su perro, pero le impuso la condición de no hacer daño al animal. Otras versiones refieren un combate entre el héroe y el invisible Hades con su gorro de piel de perro. Pero la más generalizada atribuye a Hades tanta bonhomía que incluso lo muestra acompañando a Heracles en su cruce del río Aqueronte.

Quizá el dios de las tinieblas supiera del triste destino que esperaba a Teseo en libertad: en su ausencia, los atenienses eligieron otro rey, y al regreso se vio obligado a exilarse en Esciros, donde fue asesinado por el rey Licomedes.

EL REINO DE LA MUERTE

Es necesario decir algo más de aquel río Aqueronte, río de los infiernos que lleva el nombre de uno de los hijos de Helios y Gea. El mismo debía de ser atravesado por las almas para llegar al reino de los muertos. Se cuenta que en el país de los tesprocios –una de las comarcas más salvajes de la Élide– había una corriente de este nombre que aparecía y desaparecía en terreno abrupto, hasta desembocar no lejos de la ciudad de Feira, en un lago pantanoso y nauseabundo, con emanaciones malsanas y fétidas, que los antiguos identificaban con la puerta del Hades. Para pasar este río las almas debían recurrir a los buenos oficios de un personaje muy popular: el barquero Carón o Caronte, al que los griegos representaban con la imagen de un viejo hosco y gruñón. Cada pasajero debía entregarle un óbolo para ser llevado a la otra orilla. Caronte rechazaba terminantemente al desprevenido que olvidaba tan delicada ofrenda.

Pobre Hades, el carácter de su personalidad hacía que los antiguos prefirieran olvidar su nombre. Por ello casi no se conoce de la existencia de santuarios que adoren su memoria. Uno de los más famosos se encuentra en Pilos. La leyenda cuenta que la ciudad fue atacada por Heracles y que fue el dios infernal quien la salvó de la debacle. Los eleos conmemoraron el hecho construyendo un bello templo que se abría una sola vez al año y contaba entonces con un único sacerdote. Es natural que los ciudadanos de Pilos desearan fervientemente que el camino de la muerte permaneciera cerrado el mayor tiempo posible.

Ya como Plutón y asociado a Perséfone y Deméter, gozará en la Roma clásica de una adoración más sostenida. Es el caso del santuario de Acaraca en el Asia Menor que fuera dedicado a Plutón y Perséfone, y que contaba con un "respiradero del infierno" del que manaban vapores que solían causar alucinaciones. Estrabón cuenta que…

> …los enfermos y los que hacen caso de esas medicaciones divinas se trasladan allí y se alojan en el burgo, cerca de la cueva, en casa de sacerdotes experimentados que practican la incubación en su lugar y ordenan tratamientos según sus sueños. A menudo conducen a sus clientes a la gruta y allí los instalan como en una fosa y sin alimentos por espacio de varios días.

Los pacientes tienen entonces sueños delirantes que los sacerdotes interpretan a su modo, dejándolos en general conformes "…cada año se celebra en Acaraca una fiesta (Panegyris), y entonces es frecuente ver y oír a gentes que encomian todas estas maravillas".

Esta relación con pantanos nauseabundos y pozos con emanaciones sulfurosas, se verifica otra vez en el "Plutonium" de Hierápolis. El mismo Estrabón, célebre geógrafo, da cuenta de este lugar en una crónica de sus viajes por la Hélade. Dice que se encuentra en un pequeño saliente de la montaña. Hay allí una estrecha abertura que apenas permite el paso de un hombre. En la entrada existe una reja cuadrada y de las profundidades mana un vapor brumoso y espeso que no permite distinguir el suelo.

Fuera de la reja es posible sobrevivir, pero todo animal que penetra en el recinto cae muerto en el acto. Sin embargo, Estrabón refiere el caso de los eunucos galos que lograron penetrar allí sin mayor peligro. Narra que se acercaron a la abertura e incluso ingresaron hasta cierto punto…

…reteniendo tanto como pueden la respiración, porque hemos visto en su cara indicios de cierta sofocación, que soportan ya en virtud de una tolerancia propia de los castrados, ya a causa de una atención de la Providencia, comprensible cuando se trata de entusiasmo, ya por efecto de algún antídoto.

Los ritos se corresponden con la imagen que se tiene de este dios, en general, escasa. Las pocas veces que su personaje se delinea en relieves, vasos y crateras, apenas si se diferencia de sus hermanos Zeus y Poseidón por sus ropajes, propios de quien habita tierras sombrías y heladas. Por lo demás, quizá su carácter sea más evidente por los largos cabellos y la barba desprolija. En cambio, su reino será más conocido por algunos moradores de menor estirpe aunque de destacada originalidad. Se trata de unos demonios femeninos de los que ya hemos hablado en capítulos anteriores: las Queres, las Arpías y las Erinias.

Las primeras son genios de la muerte que se ceban en la carne de los guerreros caídos. Suelen ser confundidas con las Moiras y en varios aspectos se les parecen. También las Queres persiguen a los culpables en plan de venganza, pero además hay un ambiente de guerra que es su hábitat natural. Así las describe Hesíodo:

Las Queres negras, haciendo rechinar sus dientes blancos, con ojos terribles, sanguinolentos, insaciables, se disputaban a los que caían. Todas estaban ávidas de beber sangre negra. Cuando tenían un guerrero yacente en el suelo o que acababa de caer herido, hundían las uñazas en su carne, y su alma se iba al Hades y al helado Tártaro. Saciadas de sangre humana, arrojaban el cadáver detrás de ellas y corrían a través del tumulto y de la carnicería, en busca de nuevas presas.

La referencia al tumulto es una genuina imagen del combate en la antigüedad. Ellos imaginaban que entre la muchedumbre, el sudor y la sangre corrían las "perras de Hades", las hijas del dios de los muertos que cual hienas salían a la caza de despojos humanos.

La identidad de estos demonios irá evolucionando con la cultura general. Ya Homero había atribuido otras características a estos seres oscuros, pero las nuevas tradiciones van a remarcar su importancia desde que le asignan un Quer a cada hombre en el momento de su nacimiento. Dicho genio personal y particular determinará el momento de la muerte de su anfitrión. En este Quer personal están impresos los rasgos de lo que será la vida del incauto mortal, su destino. Así, Homero afirma que Aquiles cuenta con la posibilidad de elegir entre dos divinidades que le ofrecen distinto destino: una vida larga y sin gloria mientras no abandone su patria en Ítaca, y otra gloriosa y corta bajo los muros de Troya. Ya veremos que escogió la segunda y que no murió en el intento sino que su vida será motivo de una larga epopeya posterior al abrupto final de la ciudad de Ilión.

Las Arpías son aquellas que tienen a su cargo proveer de moradores al Hades. Solamente de algunas de ellas han trascendido sus nombres. Conocemos a Podarga por una leyenda que la hace madre de los caballos de Aquiles, Balio y Janto. También se le atribuye a esta arpía, en unión con Céfiro, la gestación de los caballos de los Dióscuros (los gemelos Cástor y Pólux). También otras leyendas mencionan a Celeno, Ocípete y Aelo. Se las representaba como mujeres de una hermosa cabellera, un busto delicado y provistas de alas que las convertían en mensajeras del Hades. Pero por debajo de la cintura su cuerpo asemejaba el de un ave de rapiña, con afiladas garras que penetraban en la carne de sus víctimas.

No se conoce el número de Arpías, aunque se lo estima importante. Sin embargo, estos demonios podían procurarse servidores o habilitarlos como siervos para otras criaturas. En un pasaje de *La Odisea*, Homero pone en boca de Penélope esta historia de las hijas de Pandáreo, aquel que junto a Tántalo intentara robar los tesoros de Zeus. Cuenta Penélope:

Los dioses hicieron morir a sus padres, pero al quedar huérfanas en su palacio, Afrodita las alimentó con leche, miel y vino suavísimo. Hera dotólas más que a las demás mujeres, de belleza y prudencia; la casta Artemisa las favoreció con una majestuosa

figura, y Atenea les enseñó las labores más asombrosas… (Pero en un descuido de Afrodita, las arpías las raptaron) …para darlas como esclavas a las odiosas Erinias.

Fragmento de *Charon y Psyche*, de John Stanhope. La obra del pintor inglés ilustra el comienzo del viaje por el río Aqueronte.

Estas también son demonios alados, aunque de una destacada precedencia respecto a sus iguales por cuanto provienen de las gotas de sangre de Urano tras la mutilación que le propinara su hijo Cronos.

Hay leyendas, sin embargo, que las hacen hijas de Hades y Perséfone. En cualquier caso, las Erinias son fieles servidoras de aquellos soberanos, y se especializan en la persecución de los culpables de no haber cumplido con la piedad filial. En este sentido persiguen implacablemente a los parricidas, como mencionáramos en el caso de Orestes (matador de su madre Clitemnestra y de su amante Egisto), y muy particularmente en el caso de Edipo, que inspirara decenas de obras literarias trágicas y ensayos modernos.

El trágico griego Eurípides, nacido en Salamina hacia el 480 a.C., autor de *Las Troyanas*, *Las Bacantes* y especialmente del drama *Orestes*, dice en este último que las Erinias son tres y les da los nombres de Alecto (la que no tiene calma), Tisifone (la venganza) y Megera (el espíritu del odio). Ellas persiguen a su personaje hasta la ciudad de Atenas, donde la sabia Atenea facilitará su absolución.

Tienen la piel negra y abundantes cabellos ensortijados con serpientes. Como sus otros congéneres, son capaces de volar, y en sus vuelos descubren sus largos vestidos negros que ondean en forma de presagio funesto. En sus manos llevan a veces una antorcha y otras veces un látigo con el que refuerzan su imagen de acosadoras implacables. Poseen además la capacidad de transformarse rápidamente en algún animal inofensivo para burlar así la furia de los dioses, afectados por sus venganzas.

Una leyenda cuenta que las mujeres de Nisa, fustigadas con el látigo por Megera (el odio), enloquecieron. Mugían como vacas y un aliento pestilente salía de sus bocas. También una espuma caía regando la tierra de enfermedades y destruyendo toda vegetación. Desgreñadas, con los ojos desorbitados, perseguían desenfrenadamente a sus propios hijos hasta matarlos. Son leyendas que sintetizan las imágenes que los antiguos atribuían al Hades.

6

En el reino de Poseidón

Amo del tridente, Poseidón no se considera menor en honores que su hermano. Entre todos los dioses griegos será él quien más resista la autoridad del dios del Olimpo. *La Ilíada* es generosa en pasajes que manifiestan claramente la rivalidad entre estos dos dioses tan característicos: el uno de los cielos y el otro de los mares. Porque además el mar ocupa un espacio muy importante en una cultura marinera como la griega.

Por supuesto, los griegos no fueron marinos tempranos, pues les precedieron fenicios y minoicos, pero la imagen y personalidad de Poseidón es absolutamente helena, no hay asomo aquí de herencia oriental.

Hesíodo –aunque de un modo algo ambiguo– deja saber que Poseidón es el primer hijo nacido de Cronos y Rea. Por lo mismo, suena extemporánea y contradictoria esta demanda que hace Zeus a Poseidón por intermedio de la mensajera Iris:

> Vuela rápidamente y lleva al rey Poseidón este mensaje. Si él no obedece mis palabras, si las desprecia, que considere en su espíritu y en su corazón que a pesar de su fuerza es incapaz de hacerme frente. Porque yo me glorio de ser el más poderoso y el primogénito, aunque él no tema en su interior igualarse a mí, ante quien tiemblan todos los dioses.

En cambio, Homero lo muestra prudente y resignado. Frente al imperioso reclamo de Zeus, Poseidón suspira y murmura: "¡Ay de mí, si Zeus es todopoderoso y su lenguaje solo respira orgullo!". Recuerda que el padre común, Cronos, ha repartido el orbe en tres pedazos, y a él no le tocó menos que a sus hermanos; ¿por qué habría de reclamar su hermano "menor" alguna precedencia?:

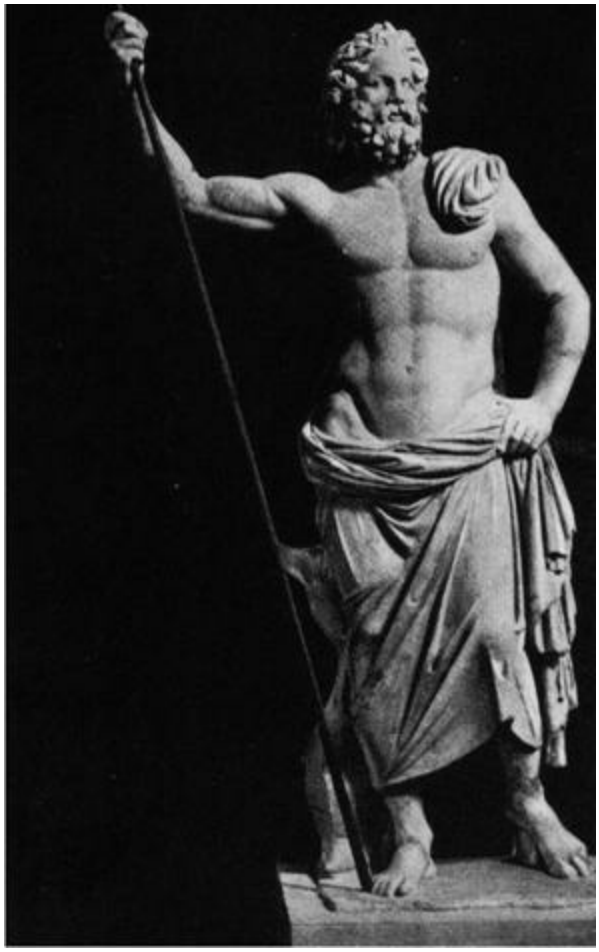
> En modo alguno estoy sometido a la voluntad de Zeus; que disfrute en paz, orgulloso de su poderío, de la parte que le asignó la suerte, y que no intente atemorizarme con su fuerza, como si yo fuese un cobarde. Más le valdría hacerlo con sus hijos y con sus hijas, y guardar para ellos sus amenazadoras palabras. Bien harán en escucharle cuando los reprima.

No obstante, Zeus tiene en Poseidón a un leal socorro, puede contar siempre con su ayuda, como cuando deba enfrentar a los gigantes en la tradicional gigantomaquia. Pero incluso Poseidón ha sido solidario con Zeus en circunstancias de menor peligro, como las ocasiones en que ha debido ocultar a su hermana Hera, muchas fechorías del veleidoso marido. Gracias a Poseidón encuentra Leto un lugar seguro donde dar a luz a los mellizos Artemisa y Apolo.

Cuando las intromisiones de Zeus y alguno de sus hijos beneficien a los troyanos en contra de los griegos, Hera aprovechará la debilidad que Poseidón tiene por los helenos para indisponerlo con su esposo.

Por lo demás, *La Ilíada* señala las afinidades orientales y occidentales de los dioses. Así, Afrodita y Ares aparecen defendiendo a Troya, mientras Poseidón y Atenea combaten por los aqueos. Buscando su complicidad le dice Hera a Poseidón:

¡Ay dios todopoderoso, tú que conmueves la tierra! ¿No se aflige tu corazón al ver el desastre de los griegos, que en Egas y en Helice te hacen abundantes y graciosas ofrendas?



Poseidón, el dios de los mares y amo del tridente es acaso quien más desafió a Zeus y, paradójicamente, quien le dio más ayuda. Primer hijo de Cronos y Rea (según Hesíodo) Poseidón fue el hermano menor del dios del trueno y su leyenda es una de las más ricas de la mitología griega.

Poseidón adivina las intenciones de su hermana y le contesta: “Yo no quisiera, ni aun con la ayuda de todos los dioses, combatir a Zeus. Porque su poder sobrepuja en mucho al vuestro”.

Claro está que Poseidón había aprendido con sacrificio que no debía exponerse a la cólera de Zeus, y mucho menos dejarse llevar por las intrigas de Hera. En los albores del Olimpo y cuando la hegemonía del dios del trueno aún no había sido acatada completamente por los inmortales, Hera involucró a Poseidón –uno de los más enojados con los desplantes del nuevo amo– y a dos hijos de Zeus, Apolo y Atenea, en una conspiración para derrocarlo. Se proponían encadenarlo, y la operación hubiera resultado exitosa de no interponerse en sus designios la bella titánide Tetis, “la de los pies argénteos”.

A lo largo de miles de páginas que reúnen toda la literatura mitológica griega, el nombre de Tetis se repite como una letanía. La hija de Gea y Urano es hermana de otros once titanes. Sus seis hermanos varones son: Océano, Ceo, Crío, Hiparión, Japeto y Cronos (padre de los dioses mayores); y sus cinco hermanas: Tea, Temis, Mnemosine, Febe y Rea, muchas de ellas –la mayoría– amantes ocasionales del brioso rey del Olimpo.

ANFITRITE

Tetis es madre de Metis, la que en su unión con Zeus procreará a Atenea, la diosa ojizarca. Que la propia Tetis no haya sido incorporada al dilatado serrallo del dios del trueno, es explicado por los antiguos de la siguiente manera. Tanto Zeus como su hermano Poseidón tentaron la posibilidad de seducir a Tetis, pero una predicción de Gea les hizo desistir de su empeño: el hijo que naciera de Tetis, identificada con la sabiduría, sería más poderoso que su padre, e inventaría un arma más letal que el rayo y el tridente, con la que le derrocaría.

La advertencia dio resultado esa vez, aunque Zeus no previó que habría de encontrarse sin saberlo con una hija de Tetis que heredaría su capacidad.

Ya hemos visto que Zeus sedujo a Metis y que para sustraerse al destino que la predicción le augurara, el dios decidió incorporar madre y criatura a su propio organismo dando por fin a luz a la diosa Atenea.

Pero además la propia Tetis se ocupó de dar el néctar y la ambrosía a los hijos de Leto. Tanto Apolo como Artemisa le deben los tiernos cuidados que recibieron de aquélla en su infancia. También Hera puede jactarse de haber sido criada por Tetis cuando esta convivía con Océano en la isla de Samos. Pero por sobre todas sus referencias vale recordarla como la madre de Aquiles, el famoso guerrero que moriría al pie de las murallas de Troya. Ella misma le sostuvo por el talón cuando le sumergiera en el Estigio dotándolo entonces de una sorprendente invulnerabilidad, aunque parcialmente limitada por la debilidad de su talón, la que le será fatal.

El joven Aquiles refiere así su destino cuando decide partir a Troya:

> Tetis, mi madre, la de los pies argénteos, me ha mostrado dos caminos abiertos por el destino para conducirme al término de la vida. Si yo permanezco en los campos troyanos, si combato alrededor de Ilión, se acabó ya mi regreso y adquiero eterna gloria. Si vuelvo a mi dulce patria, no alcanzaré ya esa gloria, aunque haya de gozar por largo tiempo de una vejez tranquila y feliz, fuera del alcance de los dardos oscuros de la muerte.

También le advirtió Tetis a su hijo que el primero que desembarcara en las playas de Troya sería muerto inmediatamente. Su presagio se cumplió fielmente: cuando Protesilao puso pie en la playa fue atravesado por la lanza del troyano Héctor. El propio Aquiles caería finalmente cuando la flecha de Paris atravesara su talón.

Pero Tetis tenía muchos más agravios que reprochar a la ciudad de Troya, y quizá uno no menor es el hecho de haber contribuido a su engrandecimiento. Justamente, cuando Tetis tomó conocimiento de la sedición que urdían entre Hera, Poseidón, Atenea y Apolo, decidió convocar a Briareo, uno de los Hecatonquiros, aquellos gigantes de cien brazos que Zeus liberara de las cadenas impuestas por Cronos. Briareo, que era especialmente fiel al dios del trueno, pudo por la acción de Tetis subir al Olimpo, y llegado allí "…posó sus asentaderas en el trono de Zeus, orgulloso de su gloria, (dice Homero, y entonces) …los dioses, sobrecogidos de espanto, renunciaron a sus designios".

La escena contiene un mágico simbolismo. No los ha vencido el amor, ni la devoción, sino el espanto de su propia obra. Zeus puede comprobar que no ha sido otro que aquél, el que le ha devuelto su trono; finalmente los conjurados desisten.

Pero concluida la asonada, el dios debe ahora pensar en un castigo para sus infieles cortesanos. No sabemos muy bien qué ocurrió con Atenea –la luz de sus ojos– y su señora esposa; sí sabemos que Zeus solía ser benévolo con las damas.

Se sabe más, en cambio, de la suerte corrida por Poseidón y su sobrino Apolo: los confió al rey

Laomedonte, un antepasado de Príamo, para que les buscara una ocupación agotadora. Aunque en realidad no fue tan así, porque al hijo de Zeus, Laomedonte le encomendó en principio el apacentamiento de sus rebaños asentados en las laderas del Ida. En contraposición, para su hermano Poseidón, el rey de Troya le reservó la ingrata tarea de construir las portentosas murallas que por siglos ostentará esta ciudad.

Desde entonces, los muros de Ilión, como también se conoce a Troya, resultaron inexpugnables. De hecho Ulises y los guerreros aqueos debieron penetrar en la asediada Troya por las puertas, transportados en aquel colosal caballo de madera que ideara el genio de Ítaca.

Desde luego, Laomedonte había prometido asalariar a sus obreros, pero una vez terminado el monumental trabajo se negó a pagarles. Apolo se vengó muy pronto enviando al país una terrible peste que asoló por años sus campos. Poseidón, en cambio, pareció aceptar aquel desengaño, pero guardó para sí un rencor que luego sacó a la luz al estallar la guerra entre griegos y troyanos. Entonces, dio su apoyo sin condiciones a los griegos que buscaban demoler la orgullosa ciudad que se erguía a la entrada de los Dardanelos.

Por otra parte, Poseidón no había tenido una relación muy feliz con Hera, no solo por lo antes señalado, y el hecho de que ésta rechazara sus torpes propuestas amorosas, sino, sobre todo, por la agria disputa que le planteara aquélla por la posesión de la Argólida. Tratábase de saber a quien pertenecía la región, y el pleito se sometió a un jurado compuesto por Inaco y los ríos Cefiso y Ásteris. El tribunal falló finalmente a favor de Hera.

Atenea presidiendo la segunda guerra de Troya. Nacida de la cabeza del dios del trueno, había urdido, junto a Hera, Poseidón y Apolo, una revuelta para derrocar a Zeus. Luego luchará a favor de los aqueos contra los troyanos.

A partir de entonces Hera fue diosa tutelar de Argos. Como era habitual en su carácter, Poseidón no aceptó el veredicto, y en represalia secó todos los manantiales del istmo. La catástrofe se resolvió más tarde cuando Zeus intervino a favor de su esposa.

Lo cierto es que Poseidón tuvo notables dificultades para poder asentar su pie en la tierra firme. Con Atenea disputó por la posesión del Ática. La ojizarca diosa propuso resolver el litigio frente a un tribunal constituido por los ciudadanos de Atenas. A regañadientes Poseidón aceptó, y para ganarse a sus jueces, clavó su tridente en la piedra sobre la que se levanta la Acrópolis y, en el acto, surgió de allí un manantial.

Atenea no se conmovió por el prodigio, hundió su precioso pie en la tierra y depositó allí una semilla, la cubrió apenas con sus manos y le suministró el aliento de su divina boca. Al instante una planta comenzó a brotar del suelo, pronto sería un arbusto, y en seguida un robusto ár bol. Así, regaló Atenea el olivo a los atenienses, y con ello ganó para siempre sus corazones.

Por supuesto, Poseidón no aceptó con facilidad el fallo de los volubles mortales. Se dice que muy irritado inundó con las aguas del mar los campos Tisianos y sumergió así toda el Ática. Solo la furia de Zeus le hizo retroceder de su venganza. Pero es que, realmente, Poseidón no tenía suerte con las posesiones terrestres; en un rápido registro, hubo de abandonar la isla de Egina a Zeus, Delfos a Apolo y Naxos a Dionisos. Por fin, disputó con Helios por la región de Corinto, y aquí sí, tras la intervención de Briareo, por primera vez Poseidón obtuvo un territorio propio donde se asentaría el primer santuario que le fuera consagrado.

No hemos hablado aún de la hermosa consorte de nuestro dios del mar; ella es un elemento capital de este reino de las profundidades. Es la bella nereida Anfitrite, digna pareja del majestuoso Poseidón. Hesíodo la hace hija de Nereo y Doris, mientras que para Apolodoro de Atenas era descendiente de Océano y Tetis.

La leyenda cuenta que Anfitrite se encontraba bailando con sus hermanas en su palacio de la isla de Naxos cuando Poseidón la descubrió y se enamoró al instante de ella. Como es costumbre entre los dioses, la raptó y la hizo suya sin más trámites.

Apolodoro le agrega al relato la afortunada huida de Anfitrite, en el límite de su violación, hacia las profundidades del océano donde halló refugio en un oscuro escondrijo. Poseidón había perdido definitivamente sus huellas, pero un delfín que fue testigo involuntario de la desesperada evasión de la nereida, delató el secreto rincón donde aquella se ocultaba. El desvergonzado chivato llevó a Poseidón hasta la entrada misma de la gruta.

No está de más agregar que Poseidón premió la infidencia colocando al delfín entre las constelaciones del cielo. Lo que demuestra que muchas veces la deshonestidad es premiada, incluso en las sublimes vidas de los dioses.

Tanto o más prolífico que Zeus, a Poseidón también se le conocen miríadas de amores e hijos en relaciones clandestinas muchas veces oscurecidas por la tragedia. Es sobre todo el padre de una infinidad de criaturas monstruosas entre las que deben contarse los gigantes Busiris, Amico, Escirón, Sinés, Cerción y el cíclope Polifemo. Pero también es padre legítimo de algunos, puesto que a su esposa Anfitrite no la hizo menos prolífica. Destacan su primogénito, Tritón, y dos hijas, Rodos y Bentesicima. No sabemos nada de la última, en cambio se conoce más de Rodos. Fue esposa del dios del sol, Helios, y dejó una extensa progenie conocida como “los helíadas”: Oquimos, Cercafo, Actis, Macareo, Candalo, Trio tes y Tena ces.

La leyenda cuenta que Zeus decidió premiar especialmente a Helios que nada había recibido del

reparto de Cronos, pero aquél solo aceptó en propiedad una pequeña isla que emergía del mar. Ella fue conocida con el nombre de Rodas por la hermosa hija de Poseidón.

Otras leyendas la hacen hija de Poseidón y Afrodita. Lo cierto es que Rodos tiene junto a Helios un templo en la isla que lleva su nombre, en el que se les da el carácter conjunto de dioses protectores de la ciudad.

Tritón, a diferencia de sus hermanas, es un habitante pleno del mundo de sus padres. Apolonio de Rodas lo describe como un monstruo marino. Dice que:

> Por encima de las caderas, su cuerpo era de conformación igual a la del cuerpo de los dioses bienhechores. Pero de ellas para abajo, por ambos lados, se prolongaban sus extremidades en una cola de monstruo marino.

El papel de Tritón ha sido comparado frecuentemente al de Hermes con Zeus. Porque también Tritón es el mensajero de su padre y su servidor más fiel. A Tritón confía a veces Poseidón su tridente, aunque el símbolo más característico de Tritón sea su caracola, un instrumento que al soplarlo pone en fuga a sus enemigos. Como divinidad marina que es, también otros símbolos se le han ido adicionando con el tiempo a su tridente y su caracola. Uno de los más importantes es sin duda el remo, que denota su origen en una cultura marinera. También el tiempo ha hecho su trabajo, sembrando el océano de descendientes del dios que proliferan como clones conformando una turba de monstruos marinos con una frente cornuda y las orejas puntiagudas. Junto a las nereidas configuran el séquito de la real pareja. Son homólogos a los sátiros que acompañan a Dionisos en sus aventuras: como a estos, se les atribuye una actitud lasciva y las mismas aventuras amorosas con las ninfas.

TESEO, EL HÉROE

Otros habitantes fundamentales de este reino son las famosas Sirenas, a las que, erróneamente, una leyenda contemporánea les atribuye medio cuerpo de pez. Lo cierto es que la tradición las describe de muy otra manera. En un fragmento de *Helena* de Eurípides, exclama la esposa de Menéalo:

> Vírgenes aladas, hijas de la tierra, Sirenas melodiosas, venid a acompañar mis gemidos con el sonido lastimero de la siringa y de la flauta, a fin de que mis cantos, acordes con mis lágrimas y con mis males deplorables, envíen a Perséfone coros lúgubres que respondan a mis lamentos.

Pues sí, se trataba de unos seres con cabeza de mujer y cuerpo de ave, que perdieron sus plumas en una competencia de canto con las Musas. Desde entonces se refugiaron en las rocas más escarpadas junto al mar y dispusieron de sus hechizos para provocar la zozobra de los navegantes.

En *La Odisea*, Homero le hace describir a Circe de esta manera a las sirenas, para advertir a Ulises (u Odiseo) de los peligros que le acechan:

> Encantan a cuantos hombres se acercan a ellas. ¡Desgraciado el que por ignorancia va a su encuentro y las escucha!, ni su mujer ni sus tiernos hijos se regocijarán más de su regreso. Las sirenas le hechizarán con su armonioso canto, sentadas en una pradera, rodeadas de un montón de huesos humanos y de carne, que la corrupción consume.

Son tres las Sirenas, hijas de Terpsícore (una de las Musas): Parténope, Leucosia y Ligea. Aunque su armonioso canto evoca enseguida la idea de seducción, de encanto peligroso o más bien funesto, lo cierto es que su culto es apreciado por los antiguos griegos, y a ello se debe que muchas veces sean representadas en las tumbas con un sentido nada terrorífico. Más bien personifican…

…el alma tranquilizada que comparte la pena de los vivos después de haber sido un peligro para ellos, protegiendo la tumba de los malos espíritus.

Pero como decíamos más atrás, Poseidón es un consumado pícaro y sus historias con ninfas, náyades y nereidas son la comidilla de su corte. Por fortuna, para él, Anfitrite no parece especialmente celosa. Solo un caso se destaca en que la esposa manifestó su ira por las andanzas de este caprichoso marido.

La leyenda refiere un episodio ligado a la ninfa Escila, penalizada por Anfitrite, quien arrojó unas hierbas mágicas en el agua del manantial en que aquélla se bañaba. Al instante, la desventurada amante de Poseidón fue convertida en un horrible monstruo que Homero describe de este modo:

Su lúgubre aspecto contrista a los mismos dioses. Doce pies deformes sostienen su cuerpo, del que salen seis cuellos larguísimos con sendas cabezas horribles. Tres líneas de dientes fuertes y apretados llenan sus fauces, en las que reside la sombría muerte. Hundida hasta el fondo de la formidable caverna, no asoma más que sus cabezas, y buscando alrededor del escollo, pesca delfines, cazones y, en fin, si puede cogerlos, algunos de los numerosos monstruos alimentados por la ruidosa Anfitrite. ¿Qué nautas pueden jactarse de haber pasado a su alcance sanos y salvos en un navío? Cada cabeza arrebata de los bancos a un remero.

Los celos de Anfitrite han convertido a Escila en la horrible criatura que describimos. Otras leyendas atribuyen estos celos memorables a la maga Circe. En todo caso, su definitivo emplazamiento es este escollo…

…que alcanza el cielo con su pico agudo, continuamente envuelto en una nube que nada desvanece y que nunca reemplaza el éter, ni aun en los días serenos del estío y del otoño.

La Odisea cuenta que seis de los más fuertes compañeros de Ulises fueron arrancados de sus bancas por la criatura y destrozados contra las piedras. Devorados en la puerta de su antro, los despojos de sus víctimas fueron luego arrojados en la arena de la playa.

Pero que la leyenda narrada no nos engañe respecto del dulce carácter que envuelve generalmente a Anfitrite. La historia de Teseo y el Minotauro nos provee otra imagen de la bella esposa de Poseidón.

Circe ofreciendo la copa a Odiseo de John William Waterhouse. Galería de arte Oldham, Londres. La diosa y hechicera que vivía en la Isla de Eea, fue quien advirtió a Ulises sobre el poder que tenían las sirenas para atraer a los hombres con su canto y hacerlos perecer.

Resuelto el héroe a acompañar el tributo de siete mancebos y siete doncellas que la ciudad de

Atenas rinde anualmente a Minos –el famoso rey de Creta– se embarcó entre sus conciudadanos con el secreto designio de matar a la bestia que era causa de que todos los años catorce jóvenes dejasen en la desolación a sus hogares.

Durante el viaje, resultó que Minos, embarcado con sus rehenes, se enamoró de una joven del grupo, la adolescente Eribea, y quiso hacerla suya allí mismo. Teseo intervino en defensa de la niña y para excusar su audacia le dijo que él también era hijo de un dios, como Minos lo era de Zeus. El rey de Creta juzgó que el joven programaba un engaño y lo retó a probar su afirmación: "Ya que Teseo dice ser hijo de Poseidón, que traiga del océano este anillo de oro que ahora arrojo a las olas".

Teseo se arrojó al mar desde la cubierta del buque sin contar con la más mínima esperanza de poder regresar con el encargo. Pero apenas se había sumergido, Tritón se le acercó y lo condujo al fondo del mar, a la morada de su rey. A la vista de las Nereidas danzando frente a la pareja divina Teseo se espantó, pero vio entonces que Anfitrite le sonrió y le invitó a acercarse.

Le dio luego un manto púrpura y una corona de oro que dijo haber recibido de Afrodita como regalo de bodas. Las Nereidas le entregaron al joven el anillo perdido y este partió hacia la superficie. El episodio previno a Minos respecto de un rehén tan poderoso, pero no sospechaba que el héroe concluiría con los días de su hijastro encerrado en el laberinto, el célebre Minotauro.

Otra tierna amada convertida en horrible monstruo, como Escila, es la afamada Medusa, que fuera en su origen una bella centaura. Una leyenda cuenta que Poseidón se aprovechó de ella cuando se apacentaba en un prado verdeante a orillas del Océano; otras versiones la ubican paseando junto al templo de Atenea. Estas últimas afirman que el dios del mar habría violado a la centaura en el mismo templo de la diosa ojizarca, y que esta habría castigado a la desventurada convirtiendo en serpientes sus cabellos.

Como sea, la tradición asigna dos hijos como resultado de esta unión, son Pegaso y Crisaor. Este último, que al nacer blandía una espada de oro, será el padre de Gerión (aquel gigante de tres cabezas que fuera muerto por Heracles) y de Equidna, el monstruo mitad mujer y mitad serpiente, que asolara la pradera de Cilicia. Pegaso es aún más conocido: el alado caballo fue montura de Perseo tras matar a su madre Medusa y luego capturado por Be le rofonte ayudó a matar a la Quimera (un monstruoso vástago de su sobrina Equidna) y a las amazonas.

Confiado en los poderes del prodigioso corcel, Belerofonte pretendió subir en él al Olimpo. Pero solo Pegaso llegó a esas alturas: el confiado monarca sucumbió en el camino. Allí, Pegaso se puso al servicio de las Musas, a las que concedió la inspiración poética.

De los amores de Poseidón y la ninfa Melia nacerá un gigante pendenciero. Se trata de Amico, un fortachón que se consideraba el más grande pugilista y retaba a pelear a cualquier extranjero que desembarcara en su territorio. Obviamente siempre salía victorioso, y concluía su faena dando muerte a su circunstancial rival.

Teócrito, poeta, autor de "Los Idilios", cuenta que habiendo desembarcado los argonautas en Bitinia, enviaron a Polideuco (Pólux) y Cástor para que exploraran el interior de esa costa. Allí, junto a un manantial, les esperaba envuelto en su piel de león el gigante Amico. Ellos pretendieron saciar su sed, pero no habrían de conseguirlo sin luchar con el gigante. Polideuco, que era ágil y valiente, aceptó el reto.

De inmediato se corrió la voz y todos los pobladores de las cercanías y los mismos argonautas concurrieron a presenciar el combate. La lucha fue breve: en un asalto afortunado Pólux mató al gigante de un golpe en el cuello. Informa Teócrito que…

…Habiéndose precipitado los bebricios sobre él, los Argonautas tomaron sus armas y los pusieron en fuga después de haber hecho morir a gran número de ellos.

Otra versión asegura que Polideuco perdonó la vida del gigante después de hacerle jurar que nunca más se comportaría en forma agresiva con los extranjeros, de donde resultó un generoso anfitrión.

Una pléyade de gigantes bravucones y jactanciosos poseen la marca paterna de Poseidón, y excepto el que mencionáramos antes, todos ellos serán derrotados por otro hijo de Poseidón, el héroe ático Teseo.

Similar en su trascendencia de semidiós a Heracles en la tradición doria, Teseo es hijo de uno de los dioses principales, Poseidón, como lo es Heracles de Zeus. Etra, la madre de Teseo, es una mortal hija de Pélops, uno de aquellos patriarcas fundadores de los reinos del Peloponeso. Como Heracles, tendrá también él un padre adoptivo, sincero creyente de ser su padre biológico. Anfictrión, el marido de Alcmena, cree honestamente que Heracles es su hijo, sin sospechar que su mujer ha caído en las sutiles redes de Zeus. Por su parte Teseo creerá ser hijo de Egeo, y este será su convencido padre, aunque el taimado Poseidón la haya visitado antes que el antiguo conquistador del Ática.

La historia es como sigue: resulta que el gran rey Egeo había tenido ya dos esposas, Meta y Calcíope, que no le dejaron descendencia, por lo que muy preocupado consultó al oráculo de Delfos sobre cómo debía proceder. ¿Qué le dijo la Pitia?: que no debía tener comercio con ninguna mujer antes de su regreso a Atenas. Ciertamente es bastante escueta como respuesta a una demanda que sin duda era vital para nuestro mitológico monarca.

Atónito como estaba, aprovechó su paso por la ciudad de Trecena para consultar allí a su amigo el poderoso y sabio rey Piteo. Apenas se enteró Piteo de las hondas preocupaciones de Egeo, concibió la idea de obligarlo a procrear con su hija de modo de ligar ambos reinos. El rey dispuso la preparación de una gran cena y fiesta esa noche con el objeto de que el huésped conociese a su joven hija.

Pero algo había ocurrido la noche anterior que escapaba a los designios del ambicioso rey. Etra tuvo esa noche un raro sueño. Se le había aparecido Atenea misma ordenándole dirigirse al islote de Esfera, que se hallaba en medio de un lago. Allí había un diminuto templete en el que debía ofrecer un sacrificio a Esferos, el áuriga de Pélops, su ancestro. Aquella misma tarde, cuando el rey treceno disponía una treta que involucraba la virtud de su hija, esta fue mancillada por el ataque repentino de Poseidón, que la poseyó en el mismo prado verde del islote.

Por la noche, en el ágape ofrecido por Piteo, el huésped Egeo cayó ebrio en las redes que su anfitrión le había tendido y yacerá finalmente con Etra. Luego será convencido de la paternidad.

Pero es cierto que ya Egeo la presentía, así como la anhelaba, puesto que en la mañana siguiente ocultó una espada y unos zapatos bajo una gigantesca piedra hueca. Solo le comunicó esto a Etra, y le dijo que si paría un hijo que llegado a la edad viril era capaz de levantar la piedra y hacerse con lo que allí dejaba, se presentara ante él en Atenas, y entonces le reconocería. Era importante que no contara esto a nadie y tampoco lo revelara a su hijo sino hasta que lograra levantar esa piedra.

Muy pronto el robusto Teseo descubrió él solo el escondite y se hizo con las prendas que dejara allí Egeo; su madre le reveló entonces el secreto y le conminó a que se embarcara para atravesar el mar hacia Atenas, en donde le esperaba “su padre”. Pero sucedió que el precoz y caprichoso Teseo prefirió encarar esta travesía por tierra y su periplo lo enfrentó a aquella serie de pendencieros hijos

de Poseidón que infectaron los diversos parajes que necesariamente debía atravesar.

El primero de sus hermanastros al que enfrentó fue Corineto. Un matón que se paseaba por los caminos con su maza al hombro buscando presas para su furia asesina. Teseo lo mató y se agenció de su maza, la que ya nunca abandonaría. Más tarde enfrentó a Escirón, otro bravucón que se hacía lavar los pies por sus infortunados contendientes antes de arrojarles al mar desde una escarpada roca para que fueran devorados por una tortuga carnívora.

Teseo y Poseidón, en el reino del dios del mar.

Terminó con este obstáculo y ya cerca de Corinto dió con Sinés, otro hijo de Poseidón que habitaba un bosque de pinos. En lo profundo de la floresta capturaba a sus víctimas y se entretenía usando los pinos curvados hasta el piso como catapultas para disparar estos cuerpos al espacio y causar así su muerte.

Muy cerca de Megara se encontró con otro azote de los viajeros, Procusto, quien pretendía acomodar a sus víctimas a un lecho de medidas arbitrarias. Si el atormentado excedía el camastro le cortaba los pies, y si no lo alcanzaba le estiraba las piernas a martillazos. Teseo lo venció y lo expuso al mismo suplicio que él infligía a los desventurados caminantes.

Otro hijo de Poseidón, Cerción, un bandido afortunado, se había convertido en rey de Eleusis. Retaba a duelo a todo extranjero que atravesase sus tierras y lo mataba. Esto fue así hasta que enfrentó al héroe y fue derrotado. Del mismo modo que lo fue Érix, otro hijo de Poseidón con Afrodita, al que una vez derrotado enterró en el monte de Sicilia que lleva su nombre, en cuya cumbre hay un santuario de Afrodita. Una extraña distracción en un viaje que le llevaba sin escalas a la ciudad de Atenas, que se encontraba ya muy cerca de su último combate.

Teseo es el héroe por antonomasia, más apuesto que Heracles, y une a su fuerza y voluntad un genio y una picardía de las que el otro carece. Pero por sobre todas las cosas, Teseo es un luchador por la libertad, la misma que hará célebre a la democracia de su ciudad.

Apenas arribado a Atenas, la maga Medea que había seducido al rey con la promesa de que le conseguiría descendencia, tomó conocimiento de la existencia de este otro pretendiente a su sitio y decidió deshacerse de él. Convenció al rey de que el extranjero tenía el secreto designio de asesinarlo, y le propuso envenenarlo en el transcurso de una comida a la que lo había invitado.

Ya sentados a la mesa, con la copa emponzoñada que había preparado Medea frente a él, Teseo –que no había desvelado aún su propósito de hacerse reconocer como hijo del rey– aprovechó que se

le había servido un gran trozo de carne y sacó de entre sus ropas su cuchillo al tiempo que descubrió su espada de puño de marfil.

Egeo, que no había permanecido impasible ante la exhibición de la que fuera su espada, comenzó a hacerle algunas capciosas preguntas que lo convencieron de que tenía frente a sí al hijo de aquella Etra con la que tuviera amores. En el acto se puso de pie, volcó la copa envenenada y anunció a todos los comensales que… *hay un nuevo heredero para el trono.*

Convocada la asamblea de los ciudadanos atenienses, estos dieron su aprobación a este joven del que ya conocían algunas hazañas. Sin embargo, no logró fácilmente este trofeo: aún era necesario que se enfrentase a los palántidas, que disputaban la misma corona. Mató a algunos de ellos y puso en fuga al resto. Desde entonces, Teseo hizo crecer el orgullo de su publicitado padre, Egeo, y del que oficiaba de progenitor secreto, el soberbio Poseidón.

LOS BASTARDOS CIEGOS

Pero otros hijos famosos había tenido el dios del mar, y entre ellos destacaban los gemelos Bootes y Eolo. Su madre era Menalipe, que a su vez estaba casada con otro Eolo. Este, al enterarse de la traición de su esposa resolvió quitarles los ojos y abandonar en el bosque a los bebés.

Los bastardos sobrevivieron sin embargo criados por una vaca y recogidos más tarde por unos pastores. Un tiempo después, Teano, esposa del rey de Icaria Metaponto, temerosa de ser repudiada por no poder dejar descendencia, resolvió tomar a los mellizos por sus hijos exhibiéndolos a su marido como suyos. Pero apenas unos meses después logró quedar embarazada. Desde entonces programó la muerte de los infortunados bastardos.

Apenas arribados a la adolescencia, Teano envió a sus hijos verdaderos para acabar con los intrusos. Pero su intentona resultó funesta, sus hijos fueron muertos por los mellizos y al saberlo Teano, desesperada, se suicidó.

Eolo y Bootes mataron finalmente a su padrastro –Eolo– y liberaron a su madre Menalipe. Poseidón no los había abandonado, y tampoco a la madre, ya que por su acción recobraron la vista. Al final, como originalmente dispusiera Teano, los mellizos fueron aceptados como hijos por Metaponto puesto que por intercesión de Poseidón este se casó con Menalipe.

Otro famoso amor de Poseidón es la bella Mestra, hija de Erisictón, un príncipe de Tesalia. Agradecido por la alegría que aquélla le producía, el dios premió a la joven mortal con un atributo que le resultó funesto: podía transformarse en el animal que desease instantáneamente. El prodigio le fue muy útil a su padre, condenado por Deméter a comer todo lo que se encontrase a su alcance sin saciarse jamás. La venta de todos sus bienes no logró satisfacer su hambre infinita y Erisictón vendió una y otra vez a su hija para procurarse esos alimentos que no podrían satisfacerle. Convertida "… sucesivamente en yegua, ave, ciervo, becerra, sin bastar a satisfacer la insaciable voracidad de su padre", como dice Ovidio, Mestra sufrió por el don que su amante le había concedido. Pero, por fin, Erisictón en su desesperación se engulló a sí mismo y la joven así resultó liberada.

Poseidón fue, además, el tierno amante de otras dos doncellas muy famosas. Se trata de Tiro y Astipalea. La primera era la amante de Enipeo, el más hermoso río que corre sobre la tierra (al decir de Homero). Vagaba la doncella por las orillas de su amado río cuando envuelto en una ola gigantesca se presentó Poseidón y abrazó a la joven mortal. Escribe Homero:

> Poseidón desatóle entonces el ceñidor virgíneo e infundió a la doncella un dulcísimo sueño…. [En cuanto hubo satisfecho sus deseos, le habló así a su víctima] ¡Oh mujer!, alégrate de mi amor: el amor de los inmortales nunca es estéril. Durante el año serás madre de dos hermosos niños. Críalos y cuídalos. Ahora regresa a tu morada y procura no decir mi nombre: yo soy el poderoso Poseidón.

Pero cuando nacieron los mellizos Pelias y Neleo, para evitar la vergüenza, Tiro los abandonó, y como otros bastardos de Poseidón fueron criados por animales, para el caso una tropilla de yeguas. Pronto se convirtieron en intrépidos jinetes y sabiendo que su madre se hallaba encarcelada por decisión de Sidero, la nueva esposa de Enipeo, la liberaron, no sin antes matar a su carcelera.

La hija de Fénix, Astipalea, tuvo con Poseidón un hijo, Anceo, que fue el fundador de la ciudad de Samos. Apolodoro dice que era el más fuerte de los argonautas y que por ello lo destinaron a los remos centrales. Una leyenda refiere que Anceo era sumamente riguroso con sus esclavos haciéndoles trabajar en su viña hasta el agotamiento. Uno de estos esclavos le dijo en un acceso de furia que nunca el amo bebería el vino de esa viña.

Pasaron los meses, llegó la vendimia y los lagares de Anceo se llenaron de vino. Presto a probarlo, Anceo hizo llamar al esclavo que le advirtiera sobre la decisión de no beber su vino. Con la copa en la mano le recordó sus palabras y el esclavo le reiteró la advertencia que le había hecho: "Pueden suceder muchas cosas antes de que lleves la copa a tus labios…".

En ese instante le anuncian a Anceo que un jabalí estaba destruyendo su viña. Este dejó su copa y corrió a atacarlo pero fue muerto por el animal, dando fiel cumplimiento al vaticinio de su esclavo.

Aunque Poseidón apenas pudo asentar su pie en tierra, sus muchos hijos, sin embargo, fueron fundadores de ciudades. Así ocurre con Bizas, fundador de Bizancio; con Delfos, que fundara la ciudad homónima; su hija Rodos, que ya mencionáramos, y Yaliso, fundador de otra ciudad en la isla de Rodas; Calaurio, protector de la isla de Caláurea y Foco, patriarca de la Fócida. Pero entre sus hijos más famosos se cuenta Polifemo, el gigante de un solo ojo que hiciera presa a los compañeros de Ulises.

Justamente *La Odisea* relata el encuentro del héroe griego con el torpe y brutal gigante. En su extenso periplo Ulises desembarcó en la isla de las cabras donde consiguió abundante alimento, pero picado por la curiosidad se embarcó con doce de sus compañeros a la cercana isla de los cíclopes. A poco de arribar a la isla y durante una exploración, cuatro compañeros de Ulises fueron degollados por Polifemo y otros capturados con el fin de convertirlos en alimento del gigante.

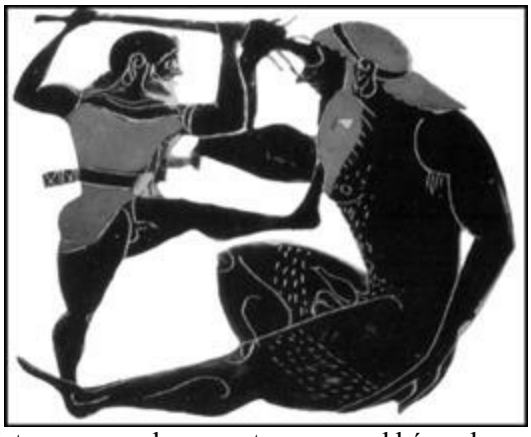
Ulises –famoso por su ingenio– logró embria gar al cíclope y aprovechándose de esta circunstancia le arrancó su único ojo, tras lo cual liberó a sus camaradas. Escaparon así de la isla, pero no escaparían de la ira de Poseidón, furioso por el mal que habían causado a su hijo.

Si hasta entonces la travesía había sido accidentada, luego fue trágica. Durante años vagó Ulises por el Mediterráneo perdiendo uno a uno a sus compañeros sin conseguir arribar a su natal Ítaca, donde le esperaba su bella esposa Penélope.

Pero dejemos ahora las desventuras del buen Odiseo, que tendrán más espacio en un capítulo específico, para centrarnos en otro buen número de monstruos que el señor de los mares hizo proliferar en las tierras de los hombres a las que someterán a estragos permanentes.

Dos episodios muy conocidos del accionar de estos monstruos lo constituyen las leyendas de Hesíone y Andrómeda. Recordemos ahora que Poseidón y Apolo trabajaron muy duro para levantar las murallas de Troya, y que su rey Laomedonte se negó a retribuir el trabajo como se había comprometido. Poseidón pareció no tomarse el asunto muy a pecho, pero poco tiempo después destacó en las costas de Troya a un monstruo marino terrible que se dedicó a cobrarse centenares de

víctimas entre los pobres habitantes de Ilión.



Ulises y Polifemo: la pintura narra el momento en que el héroe le arranca el único ojo al cíclope con una estaca.

Los ciudadanos consultaron al oráculo sobre la causa de esta desgracia y su remedio. El oráculo les reveló la causa de esta venganza del dios del mar y sugirió que el único medio de desembarazarse del monstruo era ofrecerle la vida de la propia hija del rey, Hesíone. Sabiéndose culpable, Laomedonte no se opuso al sacrificio de su hija, pero cuando esta aprisionada a una roca con cadenas iba a ser devorada por el monstruo apareció Heracles, que compadecido por la suerte de la princesa le ofreció a Laomedonte acabar con el monstruo a cambio de los caballos que Zeus diera por Ganímedes y que terminaran en los establos del rey de Troya.

Laomedonte accedió presuroso y Heracles, que lograba siempre aquello que se proponía, mató al monstruo y liberó a la muchacha de sus cadenas. Pero, como ya ocurriera cuando la construcción de las murallas, una vez que Heracles terminó su faena el rey se negó a cumplir con su compromiso. Heracles, mucho más expeditivo que su tío y su hermanastro, ocupó la ciudad, asesinó a Laomedonte y su hija le fue entregada a Telamón, el primero que ingresó a la ciudad conquistada. Ya se iba Telamón con su cautiva cuando Heracles le dio a la prisionera la opción de rescatar a alguien con ella si podía pagar. Hesíone eligió a su hermano Podarces y entregó a cambio un velo áureo. Por esta razón el designado recibió el nombre de Príamo, quien, andando el tiempo, volvería a reinar en esta ciudad.

Muy parecida es la historia de Andrómeda, hija de Cefeo, rey de Etiopía. La leyenda cuenta que su madre Casiopea había osado compararse en belleza con las Nereidas. Estas, que eran muy vanidosas, pidieron a Poseidón que la castigara. El dios, carente de todo prurito, eligió inundar el país y enviar allí otro monstruo marino que asoló por años la región. Desesperados, sus habitantes consultaron un oráculo que les recomendó entregar al monstruo la vida de la princesa Andrómeda.

Parece ser que muy raramente eran cuestionadas las sentencias y propuestas del oráculo; Andrómeda fue –como Hesíone– encadenada a una piedra y puesta a merced del monstruo. Pero tampoco en este caso se verificó el sacrificio porque en el momento de consumarse la tragedia apareció otro héroe, esta vez se trataba de Perseo, que repentinamente enamorado de la princesa la liberó y mató al monstruo a cambio de su mano.

Perseo, otro hijo no reconocido de Zeus, será protagonista de hazañas tan memorables como las atribuidas a Heracles, Teseo o Ulises.

7

El prototipo heroico

Hemos hablado mucho de ellos, pero merecen un capítulo especial, porque la figura del héroe tiene para la cultura griega mayor trascendencia incluso que sus dioses. No en vano la mitología está tapizada de ellos. Aquiles, Diómedes, Teseo, Heracles, Odiseo, Perseo, cada uno protagoniza historias interminables, aventuras siempre recomenzadas, que la humanidad ha conservado como un tesoro precioso.

La definición clásica de héroe se corresponde con el semidiós, una categoría que refiere a los hijos de dioses y mortales. Para ser más preciso de dioses con mujeres mortales, puesto que un solo caso puede mencionarse de un héroe que tiene por padre a un mortal y por madre a una diosa. Se trata de Eneas, hijo de Afrodita y el príncipe troyano Anquises. Afrodita cayó en la trampa que acostumbraba tender a sus ocasionales víctimas: el amor de un mortal.

Embelesada ante la imagen del joven Anquises, resolvió seducirle, pero una vez logrado su propósito temió se divulgara su desliz, lo que le debilitaría frente a sus pares, por eso le hizo prometer que nunca revelaría quién era la verdadera madre de su hijo. Pero Anquises no cumplió con su promesa. Hostigado por la bella Afrodita, Zeus le castigó hiriéndole con un rayo que le causó la muerte. En Sicilia, donde la leyenda dice que fue enterrado, su hijo Eneas le erigió un templo.

Aquella génesis, a medias mortal y a medias inmortal, es la que da Hesíodo de los héroes. En *Los trabajos y los días*, escribe:

> Zeus, hijo de Cronos, creó en esta tierra fértil una cuarta raza más justa y más virtuosa, la celeste raza de los héroes, que la edad precedente denominó los semidioses en el inmenso universo. La guerra fatal y los combates mortíferos los segaron a todos. Unos cuando ante Tebas, la de las siete puertas, en la tierra de Cadmo, se disputaron los rebaños de Edipo; otros, cuando franqueando con sus navíos la vasta extensión del mar, armados por Helena, la de los bellos cabellos, llegaron hasta Troya donde la muerte los envolvió con su sombra. El poderoso hijo de Cronos, dándoles un alimento y una morada diferentes de los otros hombres, los colocó en los confines de la tierra…

Ya que los héroes mueren, al menos tienen por destino las islas de los Bienaventurados, junto al profundo Océano… *donde libres de todo dolor y exentos de peligro, llevan una vida colmada de placeres.*

No es, sin embargo, la imagen que surge de la lectura de *La Ilíada*.

Prestos a enfrentarse el rey Agamenón y el héroe tesalio Aquiles, rey de los mirmidones, intervino el monarca de Pilos, Néstor, con el objeto de evitar que la tragedia se derramara sobre los griegos. Les dice entonces:

> ¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea! Alégranse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si oyeran las palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos así en el consejo como en el combate. Pero dejaos convencer, ya que ambos sois más jóvenes que yo. En otro tiempo traté con hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me desdeñaron. No he visto todavía ni veré hombres como Pirítoo, Driante, pastor de pueblos, Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo Egeida, que parecía un inmortal.

Bien se ve que los griegos no concedían a sus héroes un carácter estrictamente divino, sino que mantenían con ellos una cercanía de pares, y en general glorificaron de este modo no solo a aquellos semidioses ya mencionados –ni tan siquiera los grandes guerreros de ciclos épicos– sino también a sus reyes y jefes legendarios que darían su nombre a ciudades, islas y regiones enteras, como el Peloponeso que debe su nombre a Pélops, ancestro de los hermanos Menelao y Agamenón. Todos ellos fueron honrados con monumentos y templos que guardan siempre su memoria.

Sus jefes en grandes batallas, como Pausanias que comandara el ejército griego en la batalla de Platea en el 479 a.C., o Leónidas, que defendiera ante los persas el paso de las Termópilas, al frente de un ejército de griegos y espartanos, un año después, o Lisandros, que destrozara la flota ateniense en las batallas de Egospotamós y Noción… Los héroes militares mencionados pertenecen a la élite de la sociedad espartana.

La perpetuación de una sociedad jerárquica y militarista requirió la construcción de identidades fuertes, estas necesitaron además, de cultos que reafirmaran esta identidad. Generaciones de jóvenes asistirán en su infancia a los templos que la sociedad espartana ha consagrado a estos "semidioses"; los tres poseen santuarios en la Argólida.

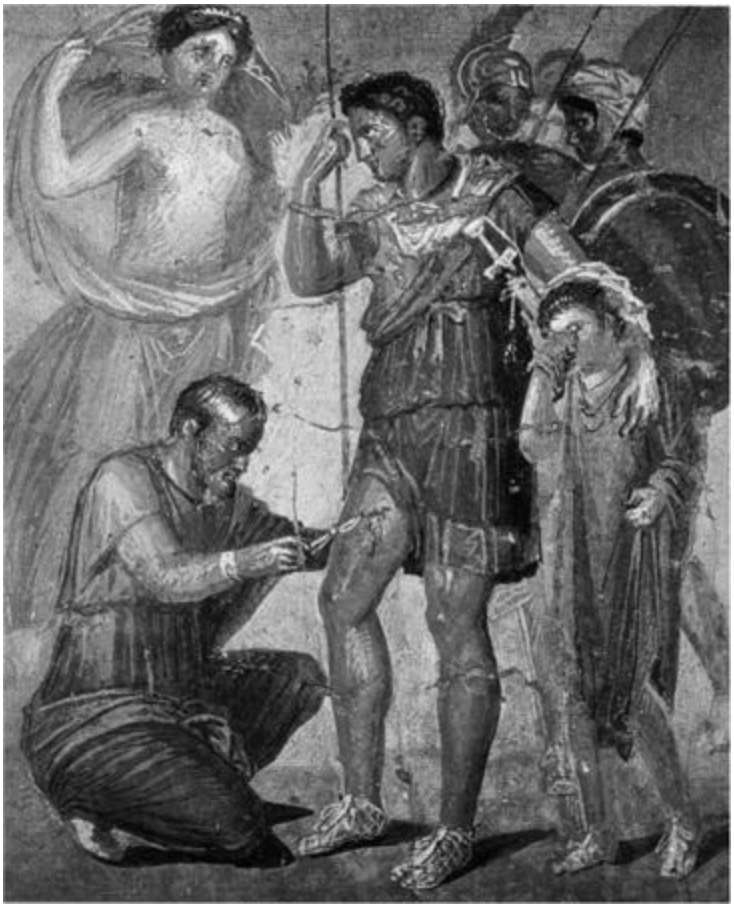
Su rol intermediario entre hombres y dioses los coloca en la posición que ocupan los santos en la tradición católica. Se les atribuyen todos los inventos y descubrimientos, todas las artes útiles. Así, hay un héroe inventor del molino, Miles; Dercilo que inventó la red, Atristo el tejido, Aletes la explotación de las minas. Hay un héroe para proteger las puertas (Epistotmos), otro para los techos (Epitegios); para la entrada de la morada (Propileo) y para la llave (Claicoforos).

Porque incluso muertos, estos héroes transfieren su beneficio a los mortales. El héroe tebano Edipo habla de este modo a los atenienses señalando el lugar en que desea ser enterrado:

> Muerto, no seré un habitante inútil de esta comarca. Os defenderé contra vuestros enemigos. Seré una muralla más fuerte que millares de combatientes. Mi cuerpo, dormido bajo la tierra, se abrevará con la sangre de los guerreros tebanos.

Aquí manifiesta el odio que guarda por sus coterráneos.

Los muertos en general, cualesquiera fuera su condición o jerarquía social, son los guardianes eminentes de su tierra. Dice Pausanias que un día preguntaron los megarenses al oráculo de Delfos cómo haría su ciudad para preservar su felicidad. El oráculo contestó que eso ocurriría mientras ellos tomaran sus decisiones con el "mayor número". El mismo Pausanias explica que en esta metáfora, el dios Apolo –que se manifestaba a través de este oráculo– aludía a "los muertos, que son en efecto más que los vivos". En consecuencia construyeron su sala de consejo en el sitio mismo donde estaba la sepultura de sus héroes.



Eneas es curado de sus heridas por Iapis. Afrodita observa. Este héroe constituye el único caso en el que su padre es un mortal, Anquises, de quien se enamoró Afrodita. El resto de los héroes griegos son producto de la unión de un dios con una mortal.

Estos muertos –simbólicos y literales– con sus propios "huesos" daban a quienes los poseyeran cierto poder, cierta consistencia como tribu o como pueblo. Se dice que la fortaleza de los espartanos se debía a que estos habían usurpado los sagrados huesos de Orestes (el hijo de Agamenón). Afirma Heródoto que "…Los lacedemonios adquieren desde esta época una gran superioridad en los combates contra los tegeatas".

Habrá que aclarar que Herodoto se refiere a los habitantes de Tegea, antigua región de la Arcadia en la que reinara Cefeo, lugar en el que se alza un magnífico templo de Atenea que inaugurará el helenismo en la arquitectura.

Se explica entonces el interés que demostrara Atenas en recuperar los restos de Teseo enterrados en Esciros, una pequeña isla del Egeo, perteneciente al archipiélago de las Espóradas. Una vez recuperados sus huesos, se les enterró en la ciudad con gran pompa y se erigió encima un templo, aumentando así el número de los dioses protectores de la polis, casi en un pie de igualdad con Atenea.

De este modo resume el investigador francés Bouché-Leclercq esa calidad del héroe griego:

> El héroe es el producto híbrido de una unión dirigida por el amor entre la naturaleza divina y la naturaleza humana. Vive en medio de los hombres como un ser superior cuya excelencia se traduce en hazañas maravillosas, pero que debe envejecer y morir.

Cada región de la antigua Grecia posee su héroe ejemplar. Ya dijimos que a los antiguos dorios pertenecía Heracles, el más grande de todos estos semidioses, y a los áticos Teseo, pero aún es preciso destacar los campeones más amados en la Argólida, como Danaos, Perseo o el ya mencionado Orestes. Los corintios Glaukos y Sísifo, el tebano Edipo, el etolio Diómedes. Famosos héroes tesalios como Aquiles, Tetis y Peleo, sin olvidar a Jasón y algunos de sus Argonautas. El

tracio Orfeo, los espartanos Dióscuros, el cretense Minos, el genial Ulises…

Odiseo (Ulises), por ejemplo, es el protagonista de una de las obras más antiguas y fascinantes de la poesía universal. "La Odisea" es un extenso poema donde se relata el largo viaje de regreso del héroe griego –cuya astucia decidiera la guerra de Troya– a su anhelada patria, la isla de Ítaca. Diez años de vagabundeo por el Mediterráneo, que prolongaron la década pasada a la sombra de los muros de Ilión.

Pero otras muchas de sus hazañas encuentran espacio en la primera obra que se atribuye al genio de Homero, la que cuenta la propia historia de la larga guerra de Troya. En "La Ilíada" vemos desarrollarse la tragedia de las pasiones humanas en un escenario majestuoso. A la entrada del Helesponto que lleva al mar Negro, las arenas de la costa se hallaban ocupadas por decenas de miles de guerreros procedentes de centenares de ciudades e islas del mar Egeo. Habían viajado durante meses para congregarse allí, bajo las puertas de la imponente ciudad. Venían a vengar una afrenta.

Más de mil doscientos barcos habían traído a estos antiguos griegos comprometidos solidariamente con el rey de Argos (Agamenón) y su ofendido hermano, el rey de Esparta Menelao. Ellos mismos y otros Basileus (reyes) de urbes del Peloponeso, la Acaya, Tesalia, Etolia, la Fócida y el Ática traían ingentes tropas, miles de combatientes.

Otros pequeños reyezuelos de islas diminutas habían colaborado a lo más con un barco y una decena de hombres armados con su espada de bronce, su lanza, su escudo y su morrión emplumado. Odiseo parecía un monarca algo más próspero, pues con él habían venido de la lejana Ítaca en el Jónico un centenar y medio de guerreros.

El mismo Homero nos detalla las fuerzas que había logrado convocar el aécida Aquiles:

> Cincuenta fueron las veleras naves en que Aquiles, caro a Zeus, condujo a Ilión sus tropas; en cada una embarcáronse cincuenta hombres; y el héroe nombró cinco jefes para que los rigieran, reservándose el mando supremo. Del primer cuerpo era caudillo Menestio, el de labrada coraza, (…) Mandaba la segunda sección el belicoso Eudoro, (…) Estaba al frente de la tercera división el belicoso Pisandro Memálida, que, después del compañero del Pelión, era entre todos los mirmidones quien descollaba más en combatir con la lanza. La cuarta línea estaba a las órdenes de Fénix, aguijador de caballos; y la quinta tenía por jefe al eximio Alcimedonte, hijo de Laerces.

¿Qué descomunal ofensa pudo haber provocado esta inaudita movilización de hombres y pertrechos, atravesando centenares de kilómetros de mar y peligro? Homero nos cuenta que Paris, el hijo menor del rey de Troya, un joven algo caprichoso y bastante irresponsable, había raptado de su palacio en Esparta a Helena, la bella esposa de Menelao, y la había traído secuestrada –aunque seguramente el rey sospechaba de la infidelidad de su esposa– hasta esa ciudad de Ilión, que asedian los griegos.

Con su acción, Paris había comprometido trágicamente al reino de su padre Príamo. Frente a sus murallas morirá el héroe máximo de la ciudad y su hijo predilecto, el valiente Héctor.

Muchos de estos griegos no habían venido de buen grado. Aquiles era sin duda el héroe máximo de estos aqueos, pero no tenía gran estima por los hermanos-aliados Menelao y Agamenón. Su madre, Tetis, sabía de su destino aciago, de la muerte que le esperaba bajo los muros de Troya; por eso, intentó de mil modos convencerle de que no partiera. Por fin ella tramó un plan que le alejó del peligro que se cernía sobre él. Vistió a Aquiles con ropas de mujer y le llevó ante Likomedes, rey de Skiros, que desde entonces (los nueve años) le crió con sus hijas. Se cuenta que mientras Aquiles era considerado una jovencita, se le llamaba "Pirra", es decir "La roja", por el color de sus cabellos.

Es posible imaginar que a esta crianza se deba su inclinación resueltamente homosexual; su amante más querido será el joven Patroclo.

Justamente, convencidos los griegos de que no derrotarían a Troya sino con la ayuda de Aquiles, Ulises, Patroclo y Néstor se lanzaron a buscarlo por la Tesalia y conocieron finalmente del destino que aquél había tenido entre las hijas de Likomedes.

Helena de Troya de Anthony Frederick Augustus Sandys. Helena, la bella esposa de Menelao, rey de Esparta, había sido raptada por Paris, el hijo menor del monarca troyano. La ofensa desató la descomunal guerra.

Si algo caracteriza a Ulises es su astucia y su elocuencia; así, decidió disfrazarse de mercader para penetrar sin ser reconocido a la corte del rey de Skiros. Llevaba consigo una enorme cantidad de mercancías que exhibía para fascinación de las hijas del rey. De pronto extrajo de entre sus bártulos una espada. Aquiles no pudo evitar su afinidad con ella y entonces Ulises le reconoció.

Entre los tres convencieron finalmente a Aquiles de acompañar a la fabulosa armada griega. Fue su amigo/amante Patroclo quien lo decidió a partir. Este, que le juró eterno amor y lo acompañó en la aventura, lo incitó a la guerra, dejando hecha un mar de lágrimas a Tetis, que, como vimos, sumaba otro agravio de la orgullosa Troya. Allá en la majestuosa Ilión, murió Aquiles por la certera flecha de Paris que le perforó su vulnerable talón.

Pero el mismo Aquiles es hijo de otro héroe notable por sus hazañas y objeto de devoción de los tesalios, que se consideraban sus compatriotas. Se trata del rey legendario de Yolco (Iolkos), el magnífico Peleo, hijo del rey de Egina, Eaco (Aiakos) y de la ninfa Endeide (Endeis). Innumerables leyendas cuentan de su destierro tras conspirar con su hermano Telamón para dar muerte a Fokos, hermanastro de ambos; de su estancia en Ftia donde se casó con la princesa Antigone.

Más leyendas suman datos acerca de las tragedias que sucedieron a sus primeros matrimonios: el accidente que costara la vida de su primer suegro Eurición, tras el cual se viera obligado nuevamente al destierro, y el acoso al que lo someterá la esposa de su segundo anfitrión, el rey de Yolco, Akastos.

Astidameia se encaprichó con su huésped y cuando este rechazó sus insinuaciones, aquélla montó en cólera instrumentando una resentida venganza. Desarmado y prisionero de la reina, Peleo encontró sin embargo el modo de hacerse con un arma y dar cuenta del rey y su consorte. Así se hizo dueño del país donde reinó por muchos años, aunque no concluyó su vida en el trono.

Por cierto la primera decisión que tomó el nuevo rey fue hacerse de una esposa soberbia y, como ya vimos, la nereida Tetis se encontraba libre y casadera desde que Zeus, temiendo las consecuencias

de un augurio, se abstuviera de incluirla en su lista de "queridas". Incluso, para evitar consecuencias –dadas las propiedades genésicas de la bella nereida– el dios decidió casarla con un mortal. El elegido fue Peleo y la boda resultante fue calificada por los poetas clásicos como el matrimonio más soberbio que se organizó en el Olimpo. Solo el de Cadmo y Harmonía pudo comparársele.

Fue una pena, ciertamente, que olvidaran invitar a la Discordia, la que de todos modos se hizo presente, generando el incidente que enfrentó a las tres bellas diosas en un concurso delirante, por el cetro de la belleza.

Pero antes de que tal boda se consumara, Peleo se vio obligado a un esfuerzo suplementario para ganar a su pareja. Tetis no aceptó sumisamente la disposición del consejo de los dioses: en su lugar escapó y buscó ocultarse de su pretendiente. Tetis poseía además una propiedad que la hacía extremadamente elusiva: era capaz de transformarse instantáneamente en el animal, planta o cosa que deseara; una magnífica presa para un cazador de la envergadura de Peleo, que fuera entrenado por el centauro Quirón. Él mismo le aconsejará sobre el modo de dar caza a la escurridiza nereida; una vez que la hubo sorprendido y atrapado con sus brazos no le soltó aun cuando Tetis se transformó sucesivamente en fuego, agua, viento, árbol, pájaro, tigre, león, serpiente y arena. Vuelta al fin diosa y mujer, comprendió que no podría escaparse y se entregó a su perseguidor.

Pero su matrimonio no fue feliz. Obsesionada con lograr la inmortalidad para sus criaturas, Tetis las sometió a un tratamiento que resultó devastador para su prole. Hijo tras hijo, Tetis los empujaba al fuego esperando que este eliminase la parte "deleznable" y mortal que residía en ellos. Esa parte deleznable, era la vida misma que les arrancaba.

Una y otra vez se vio Peleo condenado a ver desaparecer su linaje, hasta que con el séptimo decidió interrumpir la desgraciada rutina de su esposa arrancándole de las manos al nuevo fruto de sus amores. Esa criatura era Aquiles, el héroe de las jornadas de Troya. Pero su madre no renunció a buscar la inmortalidad para su vástago, y al menos logró para él una invulnerabilidad casi completa al sumergirle en las aguas del Estigio…

Compañeros al fin, los tres hombres marcharon hacia Troya. Dos de ellos murieron allí. Primero lo hizo Patroclo a manos del troyano Héctor, que también fue capaz de incendiar buena parte de la flota griega. El episodio fue narrado por Homero en los cantos XII y XIII de "La Ilíada".

Un ave agorera apareció sobre los troyanos que habían derribado el muro del campamento aqueo; Polidamante increpó entonces al osado Héctor que no reparó en signos:

> ¡Héctor! Siempre me increpas en las juntas, aunque lo que proponga sea bueno; mas no es decoroso que un ciudadano hable en las reuniones o en la guerra contra lo debido, solo para acrecentar tu poder. También ahora he de manifestar lo que considero conveniente. No vayamos a combatir con los danaos cerca de las naves…

La aparición había atemorizado a los compañeros de Héctor, pero este persistió por cuanto creía contar con el apoyo de Zeus. Le respondió, entonces:

> ¡Polidamante! No me place lo que propones y podías haber pensado algo mejor (…) Confiemos en las promesas del gran Zeus, que reina sobre todos, mortales e inmortales. El mejor agüero es este: combatir por la patria. ¿Por qué te dan miedo el combate y la pelea? Aunque los demás fuéramos muertos en las naves argivas, no debieras temer por tu vida; pues ni tu corazón es belicoso, ni te permite aguardar a los enemigos. Y si dejas de luchar, o con tus palabras logras que otro se abstenga, pronto perderás la vida, herido por mi lanza. (…) ¡Acometed, troyanos domadores de caballos! Romped el muro de los argivos y arrojad a las naves el fuego abrasador.

Patroclo se encontraba entonces en la tienda de Eurípilo curándole de sus heridas, pero los troyanos al mando de Héctor atacaron las últimas defensas que resguardaban las naves y Patroclo

decidió abandonarlo. Se proponía lograr que Aquiles regresase a la batalla, o que al menos le diera sus armas para que él mismo concurriese en apoyo de los danaos.

Aunque no era un guerrero destacado, Patroclo enfrentó confiado a las huestes de Héctor amparado en el prestigio que le diera el haber dado muerte a Sarpedón, hijo de Zeus. El mismo Aquiles, aunque disgustado con Aga menón que le había quitado a su esclava Briseida, lo animó a pelear:

> Patroclo, échate impetuosamente sobre ellos y aparta de las naves esa peste; no sea que, pegando ardiente fuego a los bajeles, nos priven de la deseada vuelta.

Pero al mismo tiempo lo previno de no perseguirles, porque tal cosa le sería funesta.

Patroclo entonces se vistió con la indumentaria de su amigo y Homero nos informa sobre la transformación:

> …vistió la armadura de luciente bronce: púsose en las piernas elegantes grebas, ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza labrada, refulgente, del Eácida de pies ligeros (Aquiles); colgó al hombro una espada de bronce, guarnecida de argénteos clavos; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la fuerte cabeza con un hermoso casco, cuyo penacho, de crines de caballo, ondeaba terriblemente en la cimera, y asió dos lanzas fuertes que su mano pudiera blandir. Solamente dejó la lanza pesada, grande y fornida del eximio Eácida, porque Aquiles era el único aqueo capaz de manejarla.

Habiendo conseguido rechazarlos luego de que muchas naves fueran incendiadas, Patroclo –desobedeciendo el consejo de su amigo– se lanzó tras los troyanos acosándoles en su precipitada fuga. De pronto, alertado por Apolo, Héctor volvió su carro sobre los danaos y enfrentó a Patroclo, al que confundió con Aquiles.

Aquiles marchó a Troya junto a su amigo Patroclo pero no combatió hasta el momento en que el joven Patroclo fue muerto por el valeroso Héctor, quien había confundido al muchacho con Aquiles.

Patroclo lanzó una piedra y derribó al auriga conductor de su carro; Héctor saltó entonces a tierra y se echó sobre él…

> …Febo Apolo le quitó de la cabeza el casco con agujeros a guisa de ojos, que rodó con estrépito hasta los pies de los caballos; y el penacho se manchó de sangre y polvo. Jamás aquel casco, adornado con crines de caballo, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la cabeza y hermosa frente del divino Aquiles. […] A Patroclo se le rompió en la mano la pica larga, pesada, grande, fornida, armada de bronce; el ancho escudo y su correa cayeron al suelo, y el soberano Apolo, hijo de Zeus, desató la coraza que aquél llevaba. (…) Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba y que lo habían herido con el agudo bronce, fue en su seguimiento, por entre las filas, y le envainó la lanza en la parte inferior del vientre, que el hierro pasó de parte a parte; y el héroe cayó con estrépito, causando gran aflicción al ejército aqueo.

Patroclo agonizaba y Héctor le lanzó este discurso:

> ¡Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, hacer cautivas a las mujeres troyanas y llevártelas en los bajeles a tu patria. ¡Insensato! Los veloces caballos de Héctor vuelan al combate para defenderlas; y yo, que en manejar la pica sobresalgo entre los belicosos troyanos, aparto de los míos el día de la servidumbre, mientras que a ti te comerán los buitres. ¡Ah, infeliz! Ni Aquiles, con ser valiente, te ha socorrido.

El profundo dolor que esta muerte le causó a Aquiles lo resolvió a volver al combate que había abandonado disgustado con el rey de Micenas, Agamenón. No tardó en enfrentar en las arenas de Ilión, junto a las anchas murallas, al valiente Héctor, gran campeón de los tróades. Aquiles lo mató y ató su cadáver al carro, luego lo arrastró victorioso por las arenas del combate ante la consternación de quienes fueran sus compañeros. Debió implorarle el propio Príamo para que Aquiles devolviese los despojos del héroe troyano.

En un carro tirado por bueyes volvió sin vida Héctor a la ciudad que lo adorara. Andrómaca, "la de níveos brazos", tomó en sus manos la cabeza de su amado esposo; muy pronto dos monedas de oro cerraron sus ojos según la tradición. Exclamó la mujer, entonces…

> ¡Marido! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. El hijo que nosotros ¡infelices! hemos engendrado es todavía infante y no creo que llegue a la mocedad; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los tiernos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas…

Héroe tras héroe, todos fueron cayendo a lo largo de una década sangrienta. Había muerto Patroclo, había muerto Héctor y más tarde cayó también Aquiles. Pero dos semidioses aqueos conquistaron Troya para regresar a su patria: Diómedes y Ulises entraron a la ciudad en el famoso caballo y participaron del saqueo. El primero logró regresar a su amada Argos tan solo para ser desterrado un tiempo después. El segundo naufragó por diez años en un derrotero penoso al que lo expuso la venganza de Poseidón. Su historia se guarda en el magnífico tesoro que "La Odisea" representa.

Hemos contado apenas algunos episodios de aquella historia.

Una vez que Ulises acabó con la vida del cíclope Polifemo, abandonó una vez más la isla de las cabras poniendo proa a la anhelada Ítaca. Llegó entonces Ulises a la isla de Eólida, donde un hijo de Poseidón, Eolo, los recibió amablemente dándoles hospedaje durante más de un mes. Cuando por fin decidieron partir, Eolo le entregó a Ulises un odre hecho con un cuero de buey de nueve años. Le dijo que dentro de él se encontraban encadenadas las tempestades y vientos que les esperaban en el camino.

Por temor de que se escapase el menor soplo, el odre venía cerrado con un cordón de plata. Ocurrió que cuando ya estaban muy cerca de Ítaca, los marineros decidieron abrir el odre porque el precioso cordón les hizo suponer un tesoro en su interior. En el acto se desataron todas las tormentas, y los vientos alejaron al barco de Ulises otra vez hasta la isla de Eólida. Una nueva travesía les llevó hasta las tierras de los lestrigones, unos gigantes antropófagos que aplastaron once navíos arrojándoles enormes bloques de piedra. Solo el barco de Ulises se salvó de la catástrofe.

Otra vez en marcha, el buque arribó a la isla de la maga Circe. Un grupo desembarcó y al mando de Euríloco se internó en la espesura para explorar el terreno. Solo este hombre escapó a la transformación que Circe hizo de sus compañeros convirtiéndolos en cerdos. Enterado Ulises de la tragedia que le había sucedido a sus camaradas solicitó ayuda a Hermes, quien le entregó una planta cuyas blancas flores les preservaron de los encantamientos de la maga y les hicieron recuperar su

primitiva forma a los marineros transformados en cerdos.

Entretanto, Circe se enamoró perdidamente de Ulises y trató de retenerlo por todos los medios. Por espacio de un año el rey de Ítaca permaneció junto a la maga, pero luego comenzó a asaltarlo la nostalgia por su esposa, su hijo y su tierra. Circe sabía que no podría retenerlo más y le dijo:

> Vos no permaneceréis a pesar mío en mi morada. Pero es necesario ante todo que hagáis otro viaje. Debes ir al palacio de Hades y de la inexorable Perséfone para consultar al alma del tebano Tiresias, adivino privado de la vista, cuyo espíritu ha conservado la fuerza. Es el único al que Perséfone, aunque muerto, ha concedido la ciencia y el pensamiento. Los otros no son más que sombras que pasan.

Convencido por Circe de que solo el adivino ciego sabía la verdad de su destino, Ulises se dispuso a emprender el terrible viaje a los infiernos. Embarcó solo hacia el extremo del Océano, el país de los cimerios, entrada del reino de las sombras. Cavó allí una fosa de medio metro de profundidad y propuso entonces un brindis por los muertos…

> …entonces acuden en enjambre y salen de las olas del Érebo las almas de los que ya no son (…) El pálido terror se apodera mí, yo animo el celo de mis compañeros, les ordeno coger los despojos de las víctimas de las cuales el bronce ha cortado la vida, quemarlos y dirigir plegarias a los dioses, sobre todo al poderoso Hades y a la inexorable Perséfone. Mientras tanto, sentado ante la fosa, con la espada en la mano, no permito a las cabezas de los muertos acercarse a la sangre antes de interrogar a Tiresias…

Fijémonos en la curiosa mención que hace Homero de las antiguas espadas de bronce, probablemente ya reemplazadas por el hierro hacia el siglo IX a.C.

El adivino, por fin, le desveló el secreto de la cólera de Poseidón que, como ya vimos, se debía a la muerte de su hijo Polifemo. Sin embargo, le anunció que él y sus compañeros volverían a Ítaca, si en la isla de Trinacria no tocaban los rebaños de Helios:

> Si tú los tocas, te predigo la pérdida de tu navío y de tus compañeros. Solo, si acaso tú te salvas, volverás tarde y miserablemente a tu patria en un navío extranjero, después de haber perdido a todos los tuyos, y en tu morada aún encontrarás aflicciones.

En su patria, muchos pretendientes se disputaban la mano de su esposa y sus riquezas.

En posesión de estos secretos signos de su destino, Ulises regresó a la isla de Circe en busca de sus camaradas. Circe le dejó partir, pero antes le advirtió de algunos peligros que le esperaban en alta mar, especialmente las sirenas contra las que recomendó tapar los oídos de sus marineros. Él, por su parte, curioso de los cantos de estas descendientes de las Musas, se hizo atar al palo mayor de su nave para no sucumbir a sus seductores llamados. Así consiguió evadirlas y al mismo tiempo gozar del placer de oírlas; ningún mortal había sobrevivido a ello. Pero, en cambio, no consiguió eludir a la monstruosa Escila, que arrebató la vida de seis de sus camaradas.

Al llegar a la isla de Trinacria, Euríloco y otros marinos aprovecharon el sueño de Ulises para atacar a los bueyes de Helios. Este fue con su queja a Zeus quien desató sobre los culpables una tempestad terrible en la que el navío fue destruido y solo Ulises sobrevivió asido a un madero por nueve largos días.

Por fin fue arrojado a la playa de Ogigia, dominio de la ninfa Calipso. Esta se enamoró de él e intentó retenerlo con la promesa de la inmortalidad y una eterna juventud. Pero los dioses la convencieron de que le dejase partir y Calipso construyó para él una balsa con la que intentó regresar a su tierra.

Pero Poseidón no había olvidado la ofensa e hizo zozobrar la balsa frente a la costa de los feacios. Tres días sobrevivió en el agua hasta que fue arrojado a la playa. Allí le recogió Nausicaa, la hija del rey, que lo llevó a su palacio, en donde sus padres recibieron al náufrago con la mayor benevolencia.

Después de relatar sus desventuras, los anfitriones le hicieron el regalo de llevarlo en un barco hasta su patria. Por la noche llegaron a las playas de Ítaca y aprovechando el sueño de Ulises le depositaron en la playa.

Aún debía pelear arduamente para recuperar su trono asediado por vividores y pretendientes de su esposa, pero la cruel venganza de Poseidón había concluido. Doce naves se habían ido a pique con todos sus tripulantes, y tras diez años, solo y pobre, Ulises había regresado por fin a Ítaca.

Ulises, Aquiles, Patroclo, Diómedes, Pe leo…, hemos considerado largamente a tesalios, arcadios y de la Argólida; aun del Ática como Teseo, del que ya habláramos con referencia a su padre Poseidón. Pero no hemos considerado aún a los beocios, uno de los cuales, Edipo, es el prototipo del héroe tebano. Su figura, rescatada por la pluma de Sófocles, excitará la imaginación de pensadores de la talla de Freud, que consideró su tragedia como un símbolo del comportamiento y los caracteres más ocultos del ser humano.

Pero su imagen ya había sido destacada por Homero en *La Odisea*. Justamente, en aquel episodio en que Ulises bajara a los infiernos del Hades en busca del anciano Tiresias; allí se encontró con otros muchos héroes muertos. Encuentra a sus camaradas caídos en la guerra reciente. Halla a su propia madre que le reprocha haber muerto de pena esperándole. Le advierte también sobre los peligros que acechan a su fiel Penélope y al hijo de ambos, el desventurado Telémaco…

> …vi a Antíope, hija de Asopo, que también se gloriaba de haber dormido entre los brazos de Zeus y parió a dos hijos, Anfión y Zeto, quienes fueron los fundadores del reino de Tebas, la de las siete puertas, y la dotaron de torres, que sin torres no podían habitar la espaciosa Tebas por muy poderosos que fueran.

Es entonces cuando se encuentra a la madre de Edipo, y a la vez su esposa (Yocasta) y nos deja este breve relato que resume su historia, una historia que Sófocles adornaría con caracteres legendarios. Dice Ulises mediante la pluma de Homero:

> También vi a la madre de Edipo, la hermosa Epicasta (Yocasta), la que cometió una acción descomedida, por ignorancia de su mente, al casarse con su hijo, quien, después de dar muerte a su padre, se casó con ella (los dioses han divulgado esto rápidamente entre los hombres). Entonces reinaba él sobre los cadmeos sufriendo dolores por la funesta decisión de los dioses en la muy deseable Tebas, pero ella había descendido al Hades, el de puertas poderosamente trabadas, después de atar una alta soga al techo de su elevado palacio, poseída de su furor. Y dejó a Edipo numerosos dolores para el futuro, cuantos llevan a cumplimiento las Eri nias de una madre.

EDIPO

La historia del héroe tebano es bien triste, sí. La leyenda cuenta que ya antes de nacer Edipo, un oráculo había predicho que el hijo que llevara en su vientre Yocasta mataría a su padre. Pero pasó tanto tiempo sin engendrar descendencia que Layo, el orgulloso rey de Tebas, comenzó a olvidar aquel oscuro presagio. Pasaban los años y Yocasta persistía en no quedar encinta; según Esquilo, Layo volvió entonces a consultar al oráculo, que como es debido repitió su pronóstico funesto. La leyenda no consigue explicar suficientemente cómo es que con tantos y tan profesionales vaticinios en contra, Layo persistió en el error, esto es: ¿por qué no cambió de es posa?

En cualquier caso, Yocasta resultó al fin embarazada y, contra toda lógica –o a favor de ella– Layo se dispuso a desprenderse del fruto de su unión con la reina. Nacido Edipo, el rey hizo que dos de sus servidores llevasen al bebé al monte Kitairón. Allí le abandonaron después de hacerle un agujero en cada pie, pasar por entre ambos una correa de cuero y atarlos firmemente. Bien dispuesto para que

los lobos le comiesen sin problemas.

Pero es que justamente la calidad de héroe se pone a prueba desde el mismo nacimiento, como cuando el infante Heracles enfrentó a las dos víboras enviadas por la esposa de su padre, la venerable Hera. En este caso resultó algo más accidental: un pastor le encontró y lo rescató. El buen hombre le quitó con mucho cuidado las bárbaras ligaduras que apresaran sus pies, y dedicó gran esmero a curar sus heridas. No pudo evitar, sin embargo, algunas secuelas; precisamente su nombre, Edipo, hace referencia a sus pies hinchados.

Ya curado, el pastor trasladó a Edipo a su ciudad para entregar al niño a su señor que era casualmente el rey de Corinto, Polibos. Pero además sucedió que Polibos y su esposa Mérope procuraban tener descendencia desde hacía ya largo tiempo y, como no lo habían podido conseguir, decidieron adoptar al niño abandonado, criándolo como su propio hijo. Así creció Edipo en la corte de Polibos, desconociendo siempre su origen.

Pero sucedió que un día, en medio de una disputa con otros jóvenes, alguien buscó agraviarlo y reveló aquel secreto escondido: Edipo no era hijo del rey sino de procedencia desconocida. Genuinamente sorprendido Edipo corrió al palacio a enfrentar a quien hasta entonces había creído su padre, el anciano Polibos. El rey no pudo menos que confesar la verdad: un pastor le había recogido en las faldas del monte Kitairón.

Insatisfecho con las respuestas que obtenía, Edipo partió a Delfos a consultar al oráculo que se reputaba de tener respuesta para todas las preguntas. La leyenda creía en la infalibilidad de este oráculo, puesto que no sorprende que este haya confirmado aquel viejo presagio que ya escuchara Layo en Tebas: que mataría a su padre y –ahora agregaba– se casaría con su madre.

Como Edipo no podía dejar de pensar que a los únicos a los que conocía por el nombre de padre y madre era a los reyes de Corinto, Polibos y Mérope, decidió que debía alejarse lo más posible de aquella ciudad y su destino.

Se marchó de Delfos y empendió el camino que llevaba a Daulis. Pero ocurrió que en la ruta se encontró con una reducida comitiva constituida por un carro que tiraban dos mulas y conducía un tal Polifontes, y su señor sentado cómodamente en el vehículo. Se suscitó un altercado y Edipo, que tenía un genio muy vivo, mató a los dos viajeros, sin saber que uno de los muertos era su propio padre, el rey de Tebas Layo.

Mientras Edipo proseguía el azaroso camino que le llevaría a Tebas, en esta ciudad se habían producido novedades. Conocida la muerte de Layo, asumió el trono el hermano de Yocasta, Kreón; pero muy pronto una nueva tragedia se descargó sobre la ciudad. La comarca se vio asolada por la aparición de un monstruo fabuloso, la "Esfinge", un león alado con cabeza de mujer que devoraba a los hombres y mujeres que encontraba en su camino.

Lo más curioso de las matanzas de este monstruo, era la mecánica de sus procedimientos criminales. Atrapaba a sus ocasionales víctimas y les ordenaba que resolviesen un enigma de imposible solución; el error derivaba en que el monstruo los devorase.

La leyenda cuenta que Haimón, el hijo mismo de Kreón, había perecido en las garras de la Esfinge. A ello se debía que el rey ofreciera su corona y la mano de Yocasta a cualquiera que fuera capaz de librar a su pueblo de este azote.

Los enigmas propuestos por esta criatura no eran en lo absoluto azarosos o variables. Se limitaban a dos y los repetía con precisión, por lo que ya todos los tebanos los conocían de memoria, pero no habían, sin embargo, conseguido resolverlos. El primero de ellos planteaba lo si guien te: "¿Cuál es

el ser que dotado de una sola voz y único entre todos los seres, tiene sucesivamente cuatro patas, dos y tres, y cuya fuerza es tanto menor cuantas más patas tiene?"; y el segundo preguntaba: "¿Cuáles son las dos hermanas, una de las cuales engendra a la otra, y la otra a la una?".

Edipo se presentó a la corte en cuanto supo del amplio ofrecimiento que el rey había hecho. Frente a la Esfinge, adivinó instantáneamente a qué se refería el monstruo. La respuesta al primer enigma era: el hombre, que sucesivamente anda en cuatro patas (antes de aprender a caminar), en dos piernas la mayoría de su vida y ayudado con un bastón en su edad senil. Así es más fuerte cuando se para sobre sus dos piernas, es más débil cuando debe ayudarse con un apoyo ortopédico, y lo era aún más en el período de lactancia, expuesto a cualquier peligro.

El segundo enigma le resultó a Edipo aún más sencillo: "el día y la noche"; sucede que en griego ambas son palabras femeninas. Esto fue demasiado: la criatura se precipitó desde lo alto de la roca en que tenía su nido, muriendo en el acto. Edipo fue recibido en Tebas como un héroe y así se hizo con el trono y con una esposa (su madre, Yocasta) que le daría dos hijos, Eteokles y Polineikes, y dos hijas, Antígona e Ismene. La primera de las dos hermanas fue justamente la protagonista principal del célebre drama de Sófocles.

Edipo ante la Esfinge. Antes de que naciera el héroe tebano, un oráculo le había vaticinado a Yocasta que Edipo mataría a su padre. Las predicciones habrían de cumplirse, y no sólo la muerte de Layo. El héroe se casaría con su propia madre.

Se cuenta que el incesto atrajo la cólera de los dioses, que se manifestó secando los frutos en las mismas plantas, y los niños morían en el seno de sus madres antes de llegar a término el embarazo. Esto motivó que Edipo, ahora rey de los tebanos, consultara al oráculo por la razón de esta penuria, y este se pronunció en el sentido de asignar la desgracia a la muerte de Layo y a que su asesino aún andaba libre en la ciudad.

Por supuesto Edipo prometió castigar al culpable y por ello reclamó el nombre a Tiresias, el adivino que todo lo sabía. Consciente del valor de la información que poseía, Tiresias se negó en un principio a dar el nombre, pero acosado por tantos inquisidores, acabó por revelar la identidad del matador de Layo.

Yocasta, desesperada al conocer la verdad, se ahorcó colgándose de una viga del techo de su palacio. Parricida e incestuoso, Edipo renegó de la luz que recibían sus ojos: frente al cadáver de su madre que pendía del techo decidió arrancarse los ojos con un alfiler. Expulsado de Tebas por Kreón

(que había asumido el trono nuevamente), el desdichado ciego partió, solo acompañado por su hija Antígona.

Al llegar al Ática, estando en el barrio de Kolone, en el bosque sagrado de las Euménides, desapareció de pronto, de un modo maravilloso, en presencia de Teseo.

8

Amores para todos los gustos

A su imagen y semejanza, los hombres crearon a sus dioses. Todas las manifestaciones del espíritu humano se encuentran potenciadas en los temperamentos de las deidades helenas. No podía ser de otro modo respecto del amor, que ha alimentado la poesía, las artes y la imaginación del género humano.

El amor de los mortales se hace inmortal en la leyenda de sus héroes. Todos ellos se han destacado acometiendo empresas colosales, pero al mismo tiempo son apoyo esencial de la construcción de su mito los relatos de sus amores. Y aun de sus proezas sexuales, como ocurriera con los cincuenta días de Heracles en el palacio de Tespios, leyenda que transcribiremos más adelante. Y si los héroes tienen este carácter, qué decir de los dioses, y de Zeus, el primero de todos, cuyo catálogo de historias amatorias es inagotable.

Porque si ha de considerarse esta característica inclinación de las divinidades griegas, se debe comenzar por la que estos –los griegos– tenían como a su diosa tutelar, la santa patrona de estas actividades de dioses y mortales, la bella Citerea, Afrodita, aquella que naciera de las espumas del mar en las playas de la isla de Chipre.

Según Hesíodo, Afrodita habría nacido de la sangre regada por la mutilación de Urano que acometiera Cronos. Dice que entonces…

> …Los divinos restos que el férreo [*] cuchillo había cortado cayeron en el vasto mar; largo tiempo flotaron en su superficie y de la espuma que a su alrededor se elevó nació una joven diosa. [Las olas la llevaron a las costas de Chipre, de donde]…viose salir de las ondas a esta encantadora diosa, bajo cuyas pisadas nacía por doquier la florida hierba. Los dioses y los hombres le llaman Afrodita por haber nacido de la espuma; Citerea de la bella corona, porque se acercó a Citera; Cipria, porque apareció por primera vez en las riberas de Chipre.

Desde entonces, cuando la nueva diosa se unió a la asamblea de sus pares, le acompañaron Eros (el Amor) e Hímero (el Deseo). El primero era el hijo que Afrodita tuviera con Hermes; se sabe menos del segundo. Hímero, el hijo de Lacedemón, era uno de los más importantes ancestros de los pueblos de la región del Peloponeso. Esta deidad menor resumía para los griegos la personificación del deseo amoroso. Paradójicamente son pocas las leyendas que lo tienen como protagonista.

Quizá su historia sea el origen de una moraleja que deja un matiz negativo sobre la significación del deseo amoroso mismo. Hímero era un joven desdichado; despertó una noche y a oscuras, un poco como un sonámbulo o solo adormilado, se metió entre las sábanas de su hermana y la violó. Horrorizado al saberlo se arrojó al río Maratón, que tomó de él su nombre.

Es evidente que el mito resume bien el famoso tabú del incesto. Pero, por otra parte, Afrodita, la diosa que iba sembrando amor por doquier, era la más celebrada de las deidades helenas.

Nos informa Hesíodo que a Afrodita…

> …cupiéronle en suerte, entre todos los inmortales, los coloquios seductores, las risas graciosas, las dulces mentiras, los encantos, las dulzuras del amor…

Ni humano, ni divinidad podía librarse de las artes de Afrodita; el mismo Zeus fue una de sus principales víctimas. El himno homérico reseña que…

> …Afrodita ha extraviado el espíritu de Zeus que se goza con el rayo. Tantas veces cuantas ella ha querido, ha engañado a esta alma prudente, ha unido al dios con mujeres mortales y ha sabido ocultarlo de Hera, su hermana y esposa.

Pero ya hemos visto en el capítulo III que Zeus consiguió resarcirse satisfactoriamente de las artes de Afrodita, utilizando las suyas para que la orgullosa Citerea cayera enamorada de Anquises, el joven pastor que cuidaba vacas en las colinas del Ida.

Pero ella, como numen del amor que era, protagonizó infinidad de episodios amorosos que la tuvieron como partícipe necesaria y no contingente, abrumada por su propio deseo la mayoría de ellos. Aunque a veces se viera obligada a hacer alguna grave concesión.

De hecho, se asume que Afrodita era la esposa de Hefestos, dios del fuego y maestro en el arte de la forja. Le fue "entregada", concedida por Zeus a cambio de liberar a Hera de aquel trono formidable que la aprisionara. No era por fin "tan cruel venganza", pues a Hera –su madre– debía Hefestos su cojera.

Cabeza de mármol de Afrodita encontrada en el Ágora de Atenas, cerca de la Torre de los Vientos. Afrodita, la diosa de la belleza fue una de las principales protagonistas de las historias de amor en el Olimpo. Además de su romance con Ares y el propio Zeus, la diosa se vinculó carnalmente con Hermes, y de ello nació Eros (el Amor).

Pero Afrodita se las arregló para burlar este matrimonio forzado, en decenas de amoríos. Cierto, que el más notorio de estos le costó bien caro: Hefesto la sorprendió con Ares y castigó a ambos de un modo ejemplar.

Pero Ares siguió siendo su amante secreto u oficial. De hecho, los dos hijos de la pareja, Deimos y Fobos (el temor y el espanto), se hicieron notar cuanto podían; no eran nada discretos. Pero el amor más demencial de la bella Citerea era el que concibiera por Adonis.

El bello Adonis

La leyenda del joven Adonis es tanto más singular que la de Hímero y también abona el mismo mito. Hesíodo la recoge concediéndole un origen sirio. Cuenta que el rey sirio Teyas tenía una hija llamada Mirra o Smirna, que engañando a su padre tramó tener amor incestuoso con él. Su nodriza Hippólite –que viene a cumplir aquí el rol de celestina– le ayudó para que su padre, guiado por aquella, le acometiera durante doce noches.

En la última de estas veladas, el padre descubrió el engaño y se precipitó enfurecido sobre ella con una espada en la mano y dispuesto a matarla. Entonces intervino la diosa Afrodita, que cuida a los amantes, y la salvó a cambio de transformarla en una planta. Para el caso, el árbol de la mirra que "con su olorosa resina perfumará los hogares de los hombres".

Luego de pasados unos meses, el árbol comenzó a hincharse, y en un momento dado la corteza estalló y de allí salió un niño bello como un sueño al que llamaron Adonis. Afrodita presenció el prodigio y se apoderó de su fruto. Encerró al niño en un estuche y lo dejó al cuidado de Perséfone, allá en las profundidades de la tierra en las que reina junto a Hades.

Pero, como es natural, la curiosidad hizo que muy pronto Perséfone abriera el estuche, descubriera la maravilla y, al punto, fuera seducida definitivamente por la criatura. Previsiblemente, pasado un tiempo Afrodita reclamó su propiedad y Perséfone se negó ter minantemente a devolverla. El contencioso escaló hasta que el propio Zeus decidió intervenir y, repitiendo un criterio que ya empleara en el caso de la misma Perséfone, dividió el año del joven mancebo en tres partes: estaría cuatro meses con Perséfone en los abismos en que esta habitaba, luego permanecería otros cuatro meses con Afrodita y, finalmente, pasaría otro período similar a su libre albedrío en el Olimpo o donde prefiriera.

Resultó, entonces, finalmente que Adonis pasaba cuatro meses en las profundidades, para vagar el resto del año junto a Afrodita (suponiendo que el bello joven le destinase su tiempo de libre albedrío a la diosa) que de esta manera escapaba del celo riguroso de su feo marido.

Tres almas han escapado sin embargo a su influjo y por ello se erigieron en la representación de la castidad y la pureza en el imaginario griego.

Hestia, la primera de ellas, es la hija de Cronos y Rea, y a quien intentaron seducir Apolo y Poseidón, sin haberlo logrado. Ella fue la primera de los seis hijos de Cronos y hermana de los dioses mayores; reina en el hogar con su centro inmóvil. Para los pueblos primitivos el fuego ancestral que reunía al clan en su morada protegida, era la materia misma de la divinidad: es natural que se haya constituido en el primer objeto de adoración. Este habrá de ser el origen histórico de esta diosa, que desde el hogar y el humo del sacrificio familiar se fue sumergiendo hacia el fuego del centro de la tierra, hasta constituir la tierra misma.

Dice Platón en el "Faidros" que Hestia permanece sola, en reposo, en la morada de los dioses. Dicha idea de inmovilidad determinó la relativa inconsistencia corporal del mito de Hestia. Casi no posee leyendas que la tengan como protagonista, y es quizá el personaje más abstracto de toda la constelación de los dioses griegos. No se le atribuyeron esas características decididamente humanas que hacen deliciosas las historias del Olimpo. El amor le estaba vedado. Por propia decisión, como nos hacen saber los textos de Hesíodo que muestran a Zeus concediéndole a su hermana el don de la pureza, además del honor excepcional de recibir culto en todas las casas de los mortales y los templos de todos sus dioses.

Hera, esposa y hermana de Zeus, parentesco este último que comparte con Hestia, Poseidón, Hades y Deméter, constituye, en el imaginario griego, el símbolo de la esposa fiel. Inmune a las artes de Afrodita, no le fue negado sin embargo el amor, pero aún así su imagen escapa a la característica promiscuidad del Olimpo, debido –sobre todo– a que la polis griega le ha querido atribuir el lugar de protección de la institución del matrimonio. Pero ya hemos señalado que esta virtud de la fidelidad tuvo importantes deslices; sin ir más lejos mencionemos que existieron dos hijos que Zeus no reconoció completamente suyos: Ares y Hefesto, y otro que se le atribuye con seguridad como extramatrimonial: el gigante Tifoeo.

El caso de Artemisa es más complejo, ella rehusó desde siempre el contacto con cualquier hombre. Solo compartía su vida con sus compañeras en el bosque y hacía de la caza –un rol masculino en las primitivas comunidades agrícolas– su pasión y medio de vida. Es fácil a partir de aquí imputarle una inclinación lésbica, que por otra parte es bastante evidente en muchas de las leyendas que la homenajean.

Algo similar ocurre con Hermes respecto a la homosexualidad masculina, aunque en su caso hay una bisexualidad más a tono con la cultura helénica clásica.

Existe un magnífico poema de Calímaco, un poeta helenista de la corte de Ptolomeo Filadelfo en Alejandría (s. III a.C.) que retrata a Artemisa con nitidez. Es una invocación de la diosa a su padre en que esta se presenta y define sus inquietudes y su personalidad. Ruega:

> Concédeme ¡Oh Padre!, concede a tu hija permanecer siempre virgen y llevar diversos nombres para que Apolo no pueda disputarle. Dame como a él, arco y flechas. ¿Qué digo?… los Cíclopes se darán prisa a fabricarme dardos y a forjarme un carcaj. Pero dame el atributo distintivo de llevar antorchas y de vestir túnica de franjas que no descienda más allá de mis rodillas para que no me estorbe en la caza…

Hasta aquí la descripción de la competencia con su hermano, de su deseo de soledad, de la deidad que no quiere habitar en el Olimpo ni acercarse a las ciudades de los mortales. Pero a continuación Calímaco le agrega algo que por supuesto estaba presente en los más antiguos mitos recopilados sobre la personalidad de esta diosa. Mitos que se han trasladado fielmente a la imagen compuesta por la mitología romana de Diana. Mitos que nos confirman que el amor y la sexualidad no están proscritos para la diosa Artemisa aunque esta pueda ser en cierto modo inmune a las manipulaciones de Afrodita. En el poema, Artemisa continúa listando a Zeus sus pretensiones:

> Agrega a mi séquito sesenta hijas del Océano, todas de la edad en que aún no se lleva ceñidor [*]. Que otras veinte ninfas, hijas de Amasios, cuiden de mi calzado y de mis fieles perros. No te pido más que una ciudad, a tu elección [muy rara vez se deja ver Artemisa en las ciudades]. Yo moraré en los montes y no me acercaré a las ciudades más que en el momento en que las mujeres, atormentadas por los agudos dolores del parto, me llamen en su ayuda.

Es un verdadero misterio por qué esta diosa que rechaza el amor de los hombres y la maternidad que conlleva, tiene la atribución de atender en los partos y a las parturientas. Es posible que el hecho de haber nacido antes que su hermano Apolo y haber ayudado a su madre en el alumbramiento sea el motivo por el que goza de aquella facultad más propia de Ilitia, la diosa-comadrona.

Otras leyendas le imputan a Artemisa el envío del mal que trae la muerte a las parturientas. En general, la llamada “muerte silenciosa”, una flecha invisible que sorprende a la víctima sin que esta sepa qué le está ocurriendo. Por fin no es alivio lo que trae esta diosa a las parturientas, a menos que la muerte pueda ser considerada de este modo.

Adonis de Capua. El bello hijo de Mirra fue disputado por Afrodita y Perséfone; la intervención de Zeus determinó que Adonis pasase cuatro meses en las profundidades en que habitaba Perséfone y el resto del año con la diosa del amor.

Pero de estas contradicciones está repleto el panteón griego. Y para muestra de que aun la regla más estricta tiene excepciones vaya esta leyenda que relata la historia del amor de Artemisa por un mortal.

Es el caso del famoso cazador Orión, por el cual Artemisa desarrollara una "sincera admiración". Decidida a casarse con él, había aceptado abandonar su voto de castidad. Pero Apolo, el protagonista máximo de los amores contrariados en el Olimpo –ya nos detendremos en él–, que aún sufría por la pérdida de Dafne, y rumiaba celoso por la felicidad de su hermana, se propuso acabar con esta gozosa relación. Concibió una idea ingeniosa y perversa; sorprendió a Orión –que además de buen cazador era un gran nadador– cuando como todas las tardes se disponía a nadar en el mar. Esperó a que este se alejara convenientemente de la costa y entonces llamó a su hermana. Confiado en el espíritu de competencia enfermizo de Artemisa, la desafió a acertar en un puntito negro que apenas se divisaba en el horizonte marino. La convenció de que seguramente debía de ser este un delfín. Artemisa no rehusaba jamás un desafío; tensó de inmediato el arco y disparó.

De aquel modo cruel concluyó el que hubiera sido, seguramente, su amor más convencional. Puesto que de los otros, los tuvo a raudales entre sus compañeras de caza.

Los mitos griegos son muy precisos en lo que hace a destacar la violencia que comporta el estallido de los celos de Artemisa. El caso más famoso es el de la ninfa Calisto. La bella Calisto (de "kallos", belleza) era la compañera habitual de Artemisa. Sus ninfas juraban castidad absoluta al incorporarse al clan. El cumplimiento de la norma era sin duda más estricto cuando se trataba de la amante de la diosa. La desgracia de Calisto se produjo cuando Zeus, que acertó a pasar casualmente por el bosque, la vio dormida sobre el césped y al instante concibió la idea de yacer con ella. Para no atemorizarla adoptó la apariencia de su hija Artemisa, y de este modo logró que Calisto se brindara a él sin reservas.

Cuando Calisto descubrió el engaño, se sintió perdida. Intentó infructuosamente esconder su transgresión, pero el tiempo pasaba y su vientre se abultaba sensiblemente. Por otra parte, la vengativa Hera ya había tomado conocimiento de la nueva trapisonda de su marido, y puso en antecedentes a Artemisa, que de inmediato se propuso la venganza.

Advertido, Zeus convirtió a Calisto en un oso para preservarla. Pero la gran cazadora encontró al

animal y lo atravesó con sus flechas. El hijo de la ninfa no murió sin embargo. Zeus sustrajo a Arcas de la cólera de Artemisa y, en Arcadia, lo dejó al cuidado de Maya, la dulce madre de Hermes. Sus descendientes, los árcades, poblaron el Peloponeso hasta la invasión doria.

HERACLES, EL MATADOR DE LEONES

Una venganza similar tomó con la pobre sacerdotisa Colmeto. Aunque es más correcto decir que una venganza similar "se tomó" con Colmeto, porque aunque adjudicada a la diosa, fueron los oficiantes del culto quienes consumaron el crimen, mortales en ambos sentidos. En la ciudad de Patras el sacerdocio era en una época confiado a jóvenes vírgenes, que hacían su voto de castidad a Artemisa, permaneciendo en soledad en el santuario de la diosa. Colmeto, pobre huérfana, recibió este encargo de su ciudad quizá por no haber tenido familia que le defendiera.

Lo cierto es que una tarde alcanzó a pasar por el templo el bello Menalipo, un gallardo guerrero que peleará en Troya, y, como indica la tradición: las bellas siempre se enamoran de los guerreros. Pronto se supo que sacerdotisa y guerrero habían tenido amores en el mismo templo; la diosa fue inflexible. La leyenda narra que una esterilidad absoluta se declaró entre las mujeres de Patras.

Pasaron dos años y los berridos de los bebés comenzaron a convertirse en un recuerdo. Los miembros más importantes de la comunidad consultaron al Oráculo y este –como ocurre habitualmente en estas leyendas– concluyó acusando de la tragedia que se abatía sobre los patritas a Colmeto, que había traicionado sus votos de castidad. Colmeto fue apresada, juzgada y sacrificada a Artemisa, para así calmar su ira.

Pero parece ser que el cruel Oráculo no se conformó con el sacrificio de la joven Colmeto. Amparándose en la voluntad de Artemisa, reclamó que se le suministrase anualmente un mancebo y una doncella, elegidos de entre los más hermosos de Patras, para ser sacrificados en pago por la ofensa inferida a la diosa.

La leyenda agrega un epílogo feliz a esta desgraciada historia. Cuando se acercaba la fecha en que la ciudad debía cumplir con la demanda del Oráculo, llegó a la urbe otro guerrero griego que había combatido en Troya. Al llegar, Eurípilo tomó conocimiento de aquello que cons tituía la preocupación de todos sus ciudadanos: "Ha de elegirse mañana a los jóvenes que habrán de pagar la deuda de Patras".

Eurípilo llegó con un importante botín al hombro, extrajo de su equipaje un cofre mediano, y les dijo allí a los principales que era una donación del mismo Zeus para el Oráculo de la ciudad. Al abrir el cofre apareció una escultura de oro de Dionisos. Eurípilo agregó que la escultura era obra de Hefesto. Presentada al oráculo como ofrenda, este desistió finalmente de mantener el castigo.

Tres doncellas podían sustraerse a las artes de Afrodita, aunque como vimos solo una carecía ciertamente de una sexualidad manifiesta; del resto de las deidades y héroes del panteón griego podemos dar fe de que profesan una sexualidad exuberante. Se destaca su dios máximo, capaz de yacer nueve noches seguidas con la hermana de Temis, Mnemosina; o durante una noche que duró tanto como tres noches ordinarias, como ocurriera con Alcmena, la madre del gran campeón dorio Heracles. Y este, digno hijo y preferido de su padre, era capaz de hazañas aún más asombrosas, como ocurriera con las hijas de Tespios.

El héroe, que a la edad de dieciocho años era ya un energúmeno de más de dos metros de altura,

crecía lozano en la casa de Anfitrión, el engañado marido de su madre, desconociendo aún su divino origen. Fue entonces cuando en el Kitairón, montaña del Ática cercana a su patria, apareció un león gigantesco que acababa con los rebaños de su padrastro, así como con los de otro rey de la comarca, el anciano Tespios.

Heracles se puso en movimiento hacia la zona en que el animal solía aparecer y, como esta lindaba con el palacio de Tespios, le solicitó poder establecerse allí mientras buscaba al verdugo de las manadas de su anfitrión.

Por supuesto, Tespios accedió de buen grado a dar albergue al héroe, mas no solo por el servicio que este le prestaba para terminar con su padecimiento, sino porque también había ideado un procedimiento notable para hacerse de descendencia. Heracles partía todos los días por la mañana rumbo al campo donde perseguía la huellas de la bestia hasta el atardecer, cuando regresaba al palacio de Tespios agotado. Allí cenaba un frugal bocado y dormía como los dioses. Cierto que apenas acostado, recibía en la oscuridad la visita de una doncella que hacía más dulces sus sueños.

Cincuenta días transcurrieron desde que Heracles se había establecido en la estancia, y cincuenta noches yació con las cincuenta hijas de Tespios que se renovaban en su cama cada noche. Probablemente, apagada su lámpara, Heracles pen sara que se trataba siempre de la misma muchacha, algo bastante difícil de creer, pero cuando acabó su faena se marchó como si tal cosa, dejando a su anfitrión una nutrida parentela.

Heracles regresó a Tebas como el famoso matador de leones y en el camino encontró una comitiva del rey de Orchómenos que pretendía cobrar a Tebas un tributo desmesurado. Un joven pero muy atrevido Heracles cortó las narices y orejas de los "recaudadores" del rey y con los brazos amarrados a la espalda les envió de vuelta. Así entró en la ciudad, con un collar de orejas y narices adornando su pecho.

No tardó en presentarse Orchómenos a las puertas de Tebas con una numerosa partida de soldados. Pero esta vez fue el mismo Heracles quien los puso en fuga después de acabar con la mitad de los guerreros enemigos. A todo esto, Anfitrión (su padrastro) había muerto y Kreón, el nuevo rey de Tebas, casó a su hija mayor Mégara con el distinguido matador de leones. La pareja tuvo muchos hijos, pero todos ellos fueron muertos en distintos accesos de furia del héroe. Incluso dos hijos de su hermanastro, Ifikles, murieron de esta manera y su propio suegro estuvo a punto de perecer por sus manos.

Para purificarse de sus crímenes, Atenea le envió a Delfos. Antes se separó de Mégara la entregó como esposa a su sobrino Iolaos, y entonces sí partió al santuario en búsqueda de un modo de expiar sus demasías. Por intervención de Hera –que nunca dejó de hacerle la vida imposible al hijo extramatrimonial de su pareja– el Oráculo le encomendó ponerse a disposición del rey Euristeo por el término de doce años. Este rey fue quien le encargó los famosos doce trabajos que conformaron el verdadero "periplo del héroe".

Sucesivamente dio cuenta del león de Nemea, de la Hidra de Lerna, trajo sobre sus espaldas al jabalí de Erimantos y la cierva de Keruneia; exterminó a las aves del lago Stinfalos, limpió los fabulosos establos del rey Augías, capturó al toro de Minos, se hizo con el tahalí de la amazona reina Hipólita y robó los bueyes de Gerión después de matar a este y a su monstruoso perro Ortros. También se adueñó de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Dichos frutos pertenecían a Hera, que las había recibido como regalo de matrimonio. De donde se deduce que Hera sumó otro motivo de inquina contra el hijo de Zeus y Alcmena. Y, para concluir, su doceavo trabajo consistió en traerse encadenado al monstruoso perro que cuidaba la puerta del Hades, el célebre can Cerbero.

Heracles. El anciano rey Tespios le pidió al héroe que matase al gigantesco león que acababa con sus rebaños. Lo que no sabía Heracles era que Tespios aspiraba a que alguna de sus hijas quedase embarazada del héroe.

Heracles fue un distinguido amante, pero no lo era menos su similar del Ática, el valiente Teseo, que comenzó también muy joven sus aventuras y tuvo amores con las más bellas damas que destacó la leyenda. Una vez reconocido por su padre, Teseo se estableció como príncipe heredero en la corte de Egeo (Aigeus) y en seguida tomó conocimiento de la tragedia que se cernía cada nueve años sobre la ciudad de Atenas. El rey de Creta Minos le había impuesto a la ciudad un tributo consistente en la entrega de siete mancebos y siete muchachas en la flor de la edad para que se convirtieran en alimento del Minotauro. El monstruo era hijo de los amores clandestinos de la esposa del rey, Pasifae, y un toro blanco enviado por Poseidón. Minos lo mantenía encerrado en un laberinto, y la leyenda cuenta que este recurso era el que le permitía mantenerlo bajo su control.

Compadecido por aquellos jóvenes que eran sacrificados, o consciente de las responsabilidades de su principado y presionado por la sorda ira popular, Teseo se postuló él mismo para acompañar al grupo que partía hacia Creta, con el secreto objetivo de matar a la bestia.

Mil veces se volvieron a narrar esos episodios a lo largo de casi tres mil años. Ayudado por Ariadna, la hija del rey que se había enamorado perdidamente de él con solo verlo, Teseo enfrentó al Minotauro en el centro del laberinto y lo derrotó a golpes de puño (o con una espada escondida, según otras versiones). El ovillo de hilo que Ariadna le suministró y que él desovilló lentamente mientras ingresaba, le permitió a Teseo y a los jóvenes atenienses, a los que les había salvado la vida, salir del intrincado laberinto creado por el genio de Dédalo.

En la noche y con la compañía de Ariadna, el grupo escapó de la ciudad de Cnossos, no sin antes perforar los cascos de todas las naves que amarraban en ese puerto para evitar ser perseguidos. Pero un desengaño muy cruel esperaba a la confiada Ariadna, quien arriesgó su futuro por el gallardo ateniense. Al llegar a la isla de Naxos, Ariadna y Teseo desembarcaron, y enseguida pusiéronse a buscar frutos y caza para aprovisionar la nave en la que harían la travesía que les separaba de Atenas.

Cansados, Teseo y Ariadna se tendieron en la hierba y tuvieron por fin su encuentro deseado; luego se durmieron. Cuando despertó, Ariadna comprobó que se encuentra muy sola en la isla y que la nave era apenas un puntito en el horizonte.

El destino se vengó de este ultraje cometido por el héroe, de una manera muy extraña. En aquella oportunidad en que navegaran hacia Creta, Egeo, que sufría horrorosamente al ver partir a su único

hijo –a quien recuperara tan solo un corto tiempo antes– le entregó a Teseo dos velas para su nave. Una era negra, como funesto el viaje que iniciaban, la otra –que le daba entonces a guardar– era una vela blanca que debían izar en caso de regresar con fortuna, algo, ciertamente, bastante utópico.

Pero tras más de un año de ausencia y miles de peripecias ocurridas a marinos y pasajeros, Teseo olvidó arriar la vela negra e izar la blanca, señal para su padre. Egeo, que desde la partida de su hijo no hacía otra cosa que permanecer horas en un promontorio rocoso oteando la espesura del mar homónimo, vio dibujarse entonces la silueta de la negra vela en el horizonte y, desesperanzado, se arrojó de aquella altura a las rocas de la playa, donde murió instantáneamente.

Mucho se ha especulado acerca de la taimada intención que ocultaba el funesto "olvido" de arriar la vela negra. Es posible pensar que Teseo deseara ocupar el trono con cierta urgencia, sin esperar el natural retiro de su padre. Por otra parte, su actitud en el caso de Ariadna habla de una dudosa moralidad del héroe. Aunque, por otro lado, vale la pena decir en su descargo, que a Ariadna no le fue tan mal después de la partida de Teseo. Aún dormía –ya sola– en la playa, cuando acertó a pasar por allí Dionisos, el dios del vino y la alegría, el divino hijo de Zeus y la desdichada Sémele. Fue descubrir a la hija de Minos y al instante quedar prendado de ella. La leyenda añade que entonces se dirigieron juntos al monte Drío y nunca se les volvió a ver, y agrega que Zeus le dio a la esposa de su hijo la inmortalidad que su rayo concedía.

Esta es la conclusión de una historia feliz.

La leyenda de Hermafrodito

En cambio, de amores contrariados e historias desdichadas, Apolo es un verdadero catálogo. Y entre estas bellas y tristes historias se destaca la leyenda de Dafne, la hija de Peneo, el dios del río. Por naturaleza entonces una ninfa, puesto que del río nacen estas bellas criaturas.

Se cuenta que una tarde paseaba Eros, el hijo de Afrodita, por la orilla de un río cuando se detuvo maravillado frente al carcaj y las flechas de alguien que se bañaba entonces en la corriente. Eran las flechas y el arco más mortíferos y formidables que hubiera visto nunca. Con tristeza –y algo de envidia– comparó mentalmente ese portento con el diminuto estuche que él mismo cargaba, con sus también diminutas flechas. En ese instante acertó a salir del agua el bañista y resultó que este era el bello Apolo, el hijo de Zeus y Leto, quien viendo que el pequeño se detenía a hurgar en sus cosas le reprendió: "Un niño como tú no debería andar tocando armas tan peligrosas; mejor será que te entretengas con tus juguetes".

El sarcasmo ofendió de tal manera a Eros que decidió en ese momento que debía vengarse. Y él sabía cómo hacerlo. Le dijo entonces que sus armas eran –aun con su tamaño diminuto– más peligrosas que las suyas, y orgulloso, dio la espalda y se retiró en el acto. Apenas hubo desaparecido de la vista de Apolo, Eros bajó su cabeza primero, se agachó lentamente después, y se sumergió rápido entre la maleza a esperar su momento.

Las flechas de Eros tenían la propiedad de provocar la atracción sexual más descabellada o el rechazo más categórico. Algunas contaban con una aguda punta de oro, otras tenían su extremo romo, y estaban hechas de un metal que no podía ser otro que el plomo. Fue entonces cuando acertó a pasar por allí Dafne y, aprovechando que Apolo se encontraba aún en la orilla, sin dudarlo un instante, Eros apuntó y disparó. Fue precisamente en el momento en que los ojos del dios se encontraron con

la imagen de la joven; así una flecha dorada se clavó en el corazón del dios.

De inmediato, Apolo sintió una irresistible pasión por la hermosa doncella. Se enrojecieron sus mejillas y su corazón comenzó a galopar alocado. Sin pensarlo un segundo, se abalanzó sobre la ninfa con atropelladas palabras, quizá intentando declararle su amor. Sobresaltada, intimidada, verdaderamente aterrorizada, Dafne huyó y tras ella corrió Apolo desenfrenado. En su boca se atoraron decenas de palabras sin sentido; corrió como lo hace un ebrio, desaforadamente, golpeándose contra todo lo que se interponía entre él y su deseo.

Dafne era una devota adoradora de Artemisa: como ella, gustaba de la caza y pretendía una vida casta y alejada de los hombres. Su padre, en cambio, deseaba verla algún día casada, dándole los nietos que su vejez demandaba. Aun cuando le insistía, ella seguía negándose a todo pretendiente.

¡Qué accidente amenazaba ahora su sagrado y voluntario destino!

Dafne huía de su perseguidor. Era ágil y veloz: cuando parecía que la alcanzaba, saltaba de pronto sobre una mata de espinos y se internaba en el bosque. Pero Apolo, aunque fuera de sí, era también un gran cazador y no abandonaba jamás su presa. El sutil perfume de la muchacha le permitía orientarse aún mejor que con su nublada visión.

Las zarzas habían herido el cuerpo semidesnudo de Dafne, sangraban sus brazos, sus piernas, sus manos y aun sus mejillas. Pronto las fuerzas le abandonaron, a cada paso sentía sus piernas más pesadas y doloridas. Apolo se lanzaba ya sobre ella, y Dafne invocó a su padre, cuya promesa de protegerle de cualquier violación éste debía cumplir.

De pronto, algo extraordinario ocurrió. El cuerpo de Dafne se puso repentinamente rígido. Las manos de Apolo resbalaron sobre una piel extrañamente seca. En el claro del bosque donde la capturó, Apolo vio horrorizado como a los pies de su amada comenzaron a crecerle raíces, sus pechos se hicieron corteza y, de sus brazos y sus manos, brotaron ramas y hojas. Su misma ensortijada cabellera creció hasta convertirse en la copa de un árbol, al que el desconsolado Apolo dio el nombre de su amada Dafne, nombre que en griego representa nuestro laurel. Se hizo desde entonces la solemne promesa de llevar siempre una corona de ese árbol en recuerdo de su amada y ofrecerlo como premio a poetas y músicos. También lo lucirían en su cabeza los atletas vencedores.

De esta cruel manera comprendió Apolo que aun cuando contaba con armas temibles, había fuerzas más poderosas que la suya. Contra las cuales no valían yelmos, escudos ni gruesos muros. Aquella rama de laurel le acompañó siempre, recordándole que el amor también podía producir desdicha.

Por supuesto, un ser tan magnífico como Apolo tuvo necesariamente muchos amores: una breve lista incluye a Casandra, la hija de Príamo que de estos amores obtuvo sus artes de adivinación; el desengaño que le provocó Marpesa; la desdichada historia que lo unió a la hija de Flegias, Coronea, de la que se vengó cruelmente; el amor amable de Creusa, que le dio por hijo al joven Ión, padre de los griegos, que se dicen de él descendientes; Acacalis, la bella hija de Minos que le regaló otros muchos vástagos; Roio, Psamatea, Quione, Dríope … La lista es interminable y es mejor extractar alguna de ellas. La historia de Cirene, por ejemplo, la atrevida hija del rey de los lapitas Hipseo.

Apolo y Dafne, (1622)5de Gian Lorenzo Bernini, Galería Borghese, Roma. Luego del flechazo de Eros, Apolo quedó profundamente enamorado de Dafne, pero la hermosa doncella adoraba a Artemisa, que pretendía una vida casta y alejada de los hombres.

Era ella una intrépida cazadora que fatigaba el bosque con sus caminatas en busca de buenas presas. Mas un día se vio de repente sorprendida por un león que le saltó encima desde la espesura. Apenas logró esquivar al animal inclinándose hacia un costado, pero la fiera había hundido en su carne una garra.

Caída y vulnerable esperó Cirene el zarpazo final, cuando apareció Apolo en escena y disparando apenas una certera saeta, atravesó el corazón de la bestia. Cirene, de la cual se dice que como Dafne era afín al culto lésbico de Artemisa, cayó entonces presa de admiración y amor por Apolo. Este la subió –eso se dice– a su carro de oro del que tiraban catorce blancos, gigantescos e inmaculados cisnes, y la llevó a Lidia. Allí Cirene dio a luz a Aristeo, que fue un verdadero dios.

Criado por las Horas, nutrido del néctar y la ambrosía que beben los dioses, también aprendió de las Musas y del centauro Quirón todo lo que se relaciona con la cría del ganado y la apicultura. Saberes que él enseñó a los hombres y por los que fue eternamente loado.

¿Qué ocurrió con Cirene? Según Apolonio de Rodas, Apolo transformó a la bella cazadora en una ninfa, que desde entonces recorrió los bosques del Ática. Algunas fuentes, en cambio, cuentan que cuando Cirene arribó a Lidia, otra bestia mitológica –un león alado– desvastaba la comarca y el rey había ofrecido su corona a quien librara a su pueblo de este azote. Para Cirene fue fácil deshacerse de la fiera con un par de certeras flechas, y coronada reina vivió allí muchos años, siendo amada y bien recordada por los lidios.

Pero no solo en las damas posó Apolo su atención, también algunos bellos mancebos fueron objeto de su desbordante pasión. Es el caso de Cipariso, que presenta muchas analogías con la leyenda de Dafne. También el joven escapó de los requerimientos amorosos de Apolo y, llegado a las orillas del río Orontes, este le convirtió en ciprés. De aquél le viene su nombre, el de un árbol que será dedicado a los muertos.

Aún más desgraciada que la precedente es la historia de Jacinto, el tierno hijo del rey Amiclos. Tres pretendientes se disputaban el amor del bello mancebo: Apolo, Bóreas y Céfiro. Un día en que, como en otras oportunidades, los tres jugaban al lanzamiento del disco, Céfiro lo lanzó con tan mala suerte que aquél rebotó primero en una roca para dar por fin en la sien del pobre muchacho. Jacinto expiró allí mismo. La leyenda cuenta que la sangre que manaba de su cabeza fluyó bajo una roca y

entonces surgió de ella la planta que lleva su nombre: el jacinto.

El recuerdo de esta leyenda fue perpetuado en la Laconia mediante una importante ceremonia. Esta era la Hyakintia, que se celebraba anualmente en Amiclea, donde se hallaba la tumba del héroe, debajo mismo de la estatua de Apolo. Estas festividades duraban tres días completos. El primero de estos trasuntaba el profundo dolor y tristeza que la muerte de Jacinto había producido a Apolo, se consagraba a conmemorar aquella desgraciada muerte, un desafortunado accidente.

Al siguiente día, reaparecía sin embargo la alegría y los coros de muchachos y muchachas seguían en desfile a los ejecutantes de flautas y cítaras. Al tercer día se efectuaba un nuevo desfile, ahora de carros magníficamente engalanados para la ocasión. Se realizaban entonces numerosos sacrificios a Apolo; y una cena, vinos y bailes; concluía la recordación con una fiesta ciudadana.

Otro vástago de Zeus del que hemos hablado muy poco hasta ahora es Hermes, el hijo de Maya, una de las siete pléyades, las hijas de Atlas y Pléyone que se convirtieran en estrellas. Hermes es el héroe pícaro y generoso de una miríada de antiguas leyendas. Dice el canto homérico que apenas despertada la criatura de un profundo sueño, se encontró "…meditando en su espíritu un ardid profundo, como los que ponen en práctica los ladrones en el momento más sombrío de la noche".

Es curioso que este dios, al que se le rendían homenajes en toda la Hélade, sea señalado desde el mismo himno homérico –que sanciona institucionalmente el culto de los dioses mayores– como ladrón, atributo ignominioso que no se adjudicaba a ningún otro dios. Sabido es que los dioses –repletos de virtudes– poseían también los vicios que los griegos reconocían en sí mismos, pero no es esta una licencia que se permita a otras divinidades.

También Hermes será un consumado amante, aunque nada se sabe de su relación con Afrodita; sí de los dos vástagos que se señalan como resultado de la unión: Eros y Herma frodito.

El primero de ellos es un personaje curioso: un niño que recorría la comarca haciendo "amables" fechorías con sus minúsculas saetas. La historia de Hermafrodito, en cambio, es menos simple.

Ya hemos mencionado que todo se encamina a probar que el antiguo culto de Afrodita tiene un origen oriental. Pero además se agrega que en la isla de Chipre se habría descubierto una estatua de la diosa flanqueada por otra de un dios masculino, de barba y con un falo enorme, aunque vestido con ropas femeninas. ¿Habría sido este "Afrodito" oriental el origen del mito helénico de Hermafrodito?

Es muy improbable. La leyenda –discreta respecto a la relación entre Afrodita y Hermes– cuenta que de la unión de ambos habría nacido un niño "de una belleza escalofriante". Se habría criado con las náyades en el monte Ida. La región de Caria es el supuesto paisaje de sus correrías.

Un día de otoño, el joven paseaba por la orilla del lago cuando en un repliegue de agua, le descubrió la ninfa Salmacia. Fue tan solo verle y la ninfa resultó instantáneamente enamorada. Desenfadada, lo interpeló en la orilla. Adivinó que el joven no solo era virgen sino que aún no había conocido mujer y le dijo: "…si tu elección no está aún hecha, pueda yo fijarla y compartir contigo el mismo lecho".

Pero Hermafrodito, que no solo era virgen sino que aún temía al amor de una mujer, se resistió y rechazó airadamente a la ninfa. Sin embargo, Salmacia era inmune a cualquier desdén; simuló irse, mas cuando el joven descuidado se acercó a las aguas para refrescarse el rostro, ella se lanzó sobre él para aprisionarle. Ovidio la describe como tiernamente desesperada:

> La vista de tantos encantos enciende en su alma deseos abrasadores. Sus ojos chispean, parecidos a los resplandecientes rayos que refleja un espejo expuesto al sol. Difícilmente puede contenerse, a duras penas puede retardar su dicha; siente ansias de volar a sus brazos, ya no puede dominar sus deseos.

Hermafrodito se resistió, pero apresado en los acuosos brazos de la ninfa del lago, que lo apretaba cada vez más fuerte, entró en agonía. Salmacia proclamó su pedido a los dioses: "¡Dioses, ordenad que nada pueda separarle de mí, ni a mí de él!" Concedieron la petición los dioses y un nuevo cuerpo comenzó a nacer, que era hombre y era mujer, o que no era ninguna de las dos cosas. Un ser que parecía no tener un sexo, o bien tener ambos.

Hermafrodito, hijo de Afrodita y Hermes, el niño "de una belleza escalofriante" paseaba por la orilla de un lago cuando fue descubierto por la ninfa Salmacia.

Con su último aliento, Hermafrodito pidió a sus padres celestes, Afrodita y Hermes, que le concediesen un último deseo antes de fundirse con la ninfa en las aguas del lago:

> Conceded una gracia a vuestro hijo, que lleva vuestro nombre ¡oh padre! ¡oh madre! Que todo hombre, después de haberse bañado en esta agua, no tenga al salir más que la mitad de su sexo; que pueda ella al tocarlo destruir instantáneamente su vigor.

Una maldición que trasuntaba un rencor muy considerable, desproporcionado para con la inmensa mayoría de mortales e inmortales que ninguna culpa tenían de su desgracia.

[*]Es curiosa esta mención a un cuchillo de hierro; sin duda confirma la elaboración de estos textos con posterioridad a la invasión doria.

[*]El ceñidor, apenas un lazo sujeto a la cintura, denotaba en las mujeres la asunción de su madurez sexual.

9

Asombrosas historias

La fantasía helena no tiene parangón en todo el Mediterráneo. Pero aún más asom brosa que su creatividad es su portentosa fecundidad; aquellos mitos originales han sido revisados y recreados miles de veces a lo largo de casi tres milenios. Muchas de las más gloriosas obras de la literatura, la pintura y la escultura antigua y moderna tienen a estos mitos como su fundamento, son su ilustración. Aun las obras de prominentes intelectuales como Sigmund Freud conceden a estas historias un lugar simbólico principalísimo en la formación de la conciencia del hombre moderno.

En una apretada síntesis debiéramos recordar la re-visita al mito de Sísifo que hizo Albert Camus, o la recreación que efectuara Mary Shelley del mito de Prometeo en la figura de su Frankenstein. Jean Anouilh jugó con el fantasma de Antígona, la desdichada hija de Edipo, a la que evocó en el marco de una Francia ocupada durante la segunda guerra mundial. Y no quisiéramos cerrar esta breve lista sin acudir a la memoria de Ulises, encarnado a principios del siglo XX en ese frugal dublinés que surgiera de la pluma de James Joyce.

Cualquier guionista de filmes de ciencia ficción, quedaría exhausto frente a la prodigiosa imaginación desplegada en una saga extensa, como la búsqueda del vellocino de oro que acometieran los argonautas con Jasón a la cabeza. Ni qué pensar en otra obra cumbre como *La Ilíada*. Aún hoy se calculan presupuestos fabulosos cuando se proyecta filmarlas. cientos de actores, miles de extras, centenares de naves, muros ciclópeos. Montañas de dinero invertidas en efectos especiales, puesto que los dioses griegos no se privaban de intervenir en las cosas más nimias de los pobres mortales. Y hacerlos ver como los veían aquellos griegos de hace dos mil quinientos años es por demás costoso, aun para nuestra deslumbrante tecnología.

En otro orden, los diálogos modernos se verían obligados a abreviar los profusos antecedentes que cada episodio posee, anclados en mitos mucho más antiguos. La historia no podría comenzar con Jasón llegando a la corte de Pelias, el usurpador rey de Yolkos, para demandar la entrega del trono que legítimamente le pertenece. Antes sería necesario remontarse a la tragedia del alma de Frixos que mora en ese vellocino de oro depositado en la lejanísima Cólquida. Deberíamos interesarnos por la maldición que pesaba sobre la familia de los aiólides desde la muerte de Atamás y que solo el retorno del vellocino podía mitigar.

Pero si se quisiese comenzar por algún lado debería ser por el principio. Y al principio de todo estuvo Creta. Hace casi cinco milenios un pueblo de arquitectos y marinos fundó una civilización original que sería la base de la íntegra cultura griega. Nos dice Ulises en el canto XIX de *La Odisea*:

> Creta es una tierra en medio del ponto, roja como el vino, hermosa y fértil, rodeada de mar. En ella hay numerosos hombres, innumerables, y noventa ciudades en las que se mezclan unas y otras lenguas. En ellas están los aqueos y los magnánimos eteocretenses [¿indoeuropeos con origen en Asia Menor?], en ellas los cidones y los dorios divididos en tres tribus, y los divinos pelasgos. Entre estas ciudades está Cnossos, una gran urbe donde reinó durante nueve años Minos, confidente del gran Zeus, padre de mi padre el magnánimo Deucalión.

En la misma Creta había sido criado Zeus a espaldas de su padre Cronos. Ya maduro, y convertido en toro, persiguió por esas fértiles colinas a la bella Europa. De su unión nacieron tres hijos: Minos, Radamanto y Sarpedón. Apenas alumbradas, las criaturas fueron adoptadas por el rey de Cretas Asterio, que entonces se casó con la madre abandonada por el rey del Olimpo.

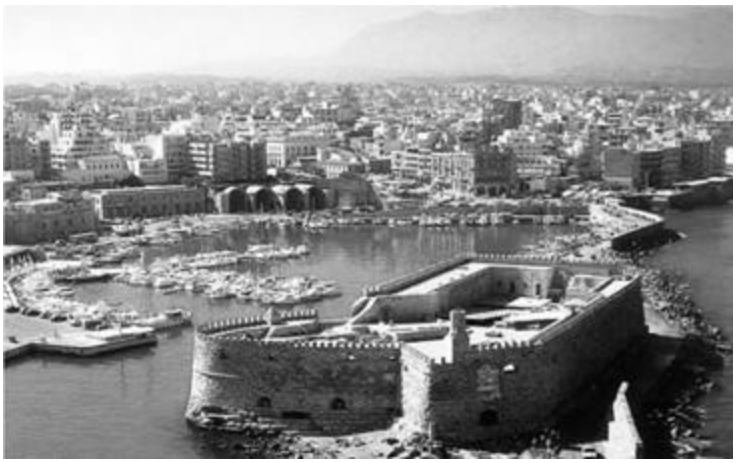
La leyenda cuenta que llegados a la mocedad, pelearon entre sí por los favores de un bello mancebo, Mileto; que Minos se impuso a sus hermanos y les obligó a huir de la isla. Así, el joven Minos se convirtió en el único sucesor a la muerte de su padrastro Asterio.

Los cretenses no estaban muy convencidos de entregar el trono a un hijastro postizo de su rey y, aunque Minos reclamó con fervor la sucesión, su petición no prosperaba. Minos afirmó entonces que los propios dioses habían establecido esta sucesión y que, para probarlo, él les pediría lo que deseara, que esto le sería concedido. En el acto hizo un sacrificio a Poseidón y le rogó que hiciera salir del mar un toro con la promesa de que le sacrificaría en su honor. Un toro blanco de proporciones gigantescas apareció en la playa. Los cretenses se convencieron entonces de su ascendencia divina y le concedieron el trono.

Pero Minos se olvidó muy pronto de su promesa de sacrificar a tan soberbio cuadrúpedo. A escondidas del dios seleccionó uno de menor tamaño y belleza, y ya trozado y despellejado le expuso públicamente para el sacrificio. Desde luego Poseidón no se dejó engañar por este burdo fraude, y aquí viene la segunda parte de la historia, porque ya se sabe que las venganzas de los dioses son el sustento mismo de las aventuras mitológicas.

Resulta que Minos se había casado hacía muy poco tiempo con Pasifae, la hija de Helios y hermana de Circe, la maga. Por instigación de Poseidón, Afrodita encendió una brutal pasión en la joven reina por aquel toro sagrado que el dios del mar enviara, y que Minos ocultaba en un establo protegido de las miradas indiscretas.

Pero no era fácil tarea el consumar la hazaña de yacer con la noble bestia. Pasifae recurrió al oficio de Dédalo. Este era un famoso arquitecto ateniense, hijo de Eupalamo, que al parecer se encontraba de visita en Cnossos para enseñar su arte a discípulos locales. Se cuenta que este Dédalo había inventado la sierra –sirviéndose de la mandíbula de una gigantesca serpiente– para cortar la madera necesaria para su vivienda. La cuestión es que Dédalo le proveyó a Pasifae de un ingenioso artefacto que le permitiría consumar su deseo. Se trataba de



Vista de Heraklion, capital de Creta. Esta isla fue el lugar en el que tuvo su origen toda la cultura griega.

…una vaca de madera, vacía por dentro, que puso sobre ruedecillas y la cubrió con la piel de una vaca desollada. Habiéndola colocado en un lugar donde el toro acostumbraba pacer, hizo entrar en ella a Pasifae. Cuando vino el toro, la cubrió como si

hubiese sido una vaca verdadera y [Pasifae] tuvo de él a Asterio, llamado el Minotauro, que tenía cabeza de toro y cuerpo de hombre.

De ese modo nos describía Apolodoro de Atenas el engendro de Pasifae.

Pero Dédalo siguió siendo útil a sus amos cretenses. Minos decidió que la nueva adquisición era un prodigio aún más formidable que aquel toro divino, e hizo construir para la bestia un laberinto del que era imposible escapar. Muy probablemente Dédalo haya aceptado el encargo como una forma de hacerse perdonar por el estropicio que había causado su buena mano de maestro para fabricar ingeniosos artefactos.

Lo cierto es que tanta obediencia no resultó beneficiosa para el ateniense. Tiempo después, cuando Teseo asesinara al Minotauro y burlara a sus guardias escapando con su hija en un barco, Minos –cuya leyenda pinta a un personaje poco recomendable– decidió encerrar a Dédalo en el mismo laberinto que construyera con tanto ingenio.

Es posible que Minos supiera que a Dédalo pertenecía la idea del ovillo de hilo que Ariadna suministrara a Teseo. En cualquier caso, ahora no le fue permitido llevar con él ningún ovillo; Dédalo y su hijo Ícaro fueron los nuevos habitantes del laberinto.

Apolodoro dice que Dédalo venía en realidad huyendo de Atenas, ciudad de la que fuera desterrado. Lo cierto es que hacía ya varios años que habitaba Cnossos y había tenido un hijo con su esclava Nausicrata, al que formó como aprendiz a su lado. Prisionero de Minos en el mismísimo edificio que había construido, Dédalo no cayó sin embargo en la desesperación. Dos veces por semana sirvientes de Minos les suministraban velas, alimentos y agua. Con estos, llegaron a poder de los cautivos cera y plumas de aves que les serían muy útiles para organizar su escape.

Una vez acumulada una buena cantidad de aquellos materiales, Dédalo se dedicó a fabricar con las plumas adheridas por la cera dos pares de alas inmensas con las que planeaba hacer que ambos escapasen del laberinto. El experimento fue realizado la misma noche en que concluyeron su paciente labor de artesanía. Cual pájaros, se elevaron con facilidad por encima de aquellos muros que por tanto tiempo les apresaron.

Era el amanecer sobre el Egeo y ambos, padre e hijo, se solazaban con el maravilloso vuelo que estaban realizando. Pero de pronto, se quebró el suave planeo que les deslizaba por los cielos del Mediterráneo. Como hipnotizado, Ícaro ascendió hacia el sol que pareció atraerlo con hilos invisibles. Su padre lo llamó desesperado; ya le había advertido sobre el peligro que comportaba acercarse demasiado al sol. Mas Ícaro no escuchó nada y ascendió cada vez más alto. No lo suficiente como para que su padre no pudiera ver, impotente, la tragedia que se avecinaba cuando el calor del astro rey comenzó a derretir la cera que mantenía unidas las plumas de sus alas. Cerca de la isla de Samos, Ícaro se precipitó al mar que desde entonces se llamará "de Icaria".

Dédalo consiguió, sin embargo, llegar hasta la costa italiana y allí edificó un templo en honor de Apolo, al que ofrendó las alas con que escapó del laberinto. Por un tiempo residió allí, pero se trasladó luego a Sicilia, donde fue recibido como huésped de honor por Kócalos, rey de Camico. Realizó importantes obras de ingeniería, como la canalización del río Alabón, los llamados "Kolymbethra". También se le atribuyen las murallas de Agrigento.

Pero Minos no cejó en su obsesión por capturar al prodigioso fugitivo. Recorrió con sus barcos el Mediterráneo buscando –supuestamente– a un artista que lograse "hacer pasar un hilo a través de las circunvoluciones de un caracol". Presumiendo –al contar con una inteligencia portentosa en su propio reino–, Kócalos aceptó el desafío y, con la inestimable ayuda de Dédalo, le brindó a Minos la

respuesta: Dédalo fijó el hilo a una abeja a la que lanzó a recorrer el caracol. Que se nos excuse de explicar esta leyenda, que a nosotros mismos nos resulta bastante enigmática. Lo cierto es que Minos descubrió allí a su prófugo y le demandó a Kócalos que se lo entregase.

El rey fingió aceptar, pero convidó primero a su par con un banquete. Antes del ágape, las hijas de Kócalos invitaron al huésped a un baño; el agua, que había sido llevada a hervor previamente, causó su muerte. Así sucumbió el mítico rey de Creta.

Plutarco, en *Vidas Paralelas*, nos brinda una versión en la que resalta su biografiado, el héroe ateniense Teseo. Nos dice que Dédalo, tras su escape de la isla de Creta, recaló en Atenas donde –desde luego– encontró la protección de Teseo, que lo recibió con todos los honores. Entretanto, el exitoso escape de Teseo había dado lugar a una campaña punitiva que Minos había organizado a poco de su fuga.

Una numerosa armada partió del puerto de Cnossos navegando el río Katsabá hasta el Mediterráneo, rumbo al anillo de las Cícladas, hacia el Egeo, para castigar a la osada Atenas. Pero una tormenta arrojó sus barcos a la costa de Sicilia, y allí, como ya viéramos, pereció Minos. Su hijo Deucalión envió enseguida emisarios con la exigencia de que le entregasen a Dédalo, bajo la amenaza de asesinar a todos los atenienses que se hallasen en su isla si no lo hacían. Parece ser que no eran pocos, como nos decía Homero por boca de Ulises en “La Odisea”.

Teseo convenció a los emisarios de sus buenas intenciones y los envió con la promesa de cumplir todas sus exigencias. Pero esa misma noche armó una nutrida flota y se dio a la vela con todos los que habían sido sus compañeros de fuga, incluyendo al propio Dédalo. Tomados por sorpresa, los cretenses cayeron bajo el yugo de la armada ateniense. El puerto cedió primero y el combate se extendió hasta la entrada misma del laberinto. Las tropas cretenses fueron derrotadas y el propio Deucalión fue muerto allí por Teseo.

Pero Dédalo es famoso sobre todo por sus invenciones. Se le atribuyen casi todas las herramientas de la ebanistería, la escultura y la arquitectura. Instrumentos para trabajar la madera como el serrucho, la gubia o el taladro; de la construcción, como la plomada o la escuadra; los cinceles para la escultura. Entre sus obras, se le reconoce también un coro de danzarines tallados en mármol: entre los personajes se encontraría representada Ariadna, y se afirma que aún permanecía expuesto en Cnossos en época histórica.

Cuando Homero describe el escudo que forja Hefesto para Aquiles a pedido de su madre Tetis, nos confirma la existencia de este frontispicio:

> Hizo también el ilustre cojo de ambos pies un gran prado en hermoso valle, donde pacían las cándidas ovejas, con establos, chozas techadas y apriscos. El ilustre cojo de ambos pies puso luego una danza como la que Dédalo concertó en la vasta Cnossos en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas de rica dote, cogidos de las manos, se divertían bailando: estas llevaban vestidos de sutil lino y bonitas guirnaldas, y aquéllos, túnicas bien tejidas y algo lustrosas, como frotadas con aceite, y sables de oro suspendidos de argénteos tahalíes.

Se le hace cargo también de una enorme cantidad de esculturas en madera. Estas son las llamadas Xoanon, unas estatuas muy burdas que según parece resultaban ridículas para los griegos de la época clásica. En todo caso, representan una tradición y un canon estético preciso. Se trata de un hombre en pie y desnudo, con una pierna adelantada como para andar. Si bien se mira, se advertirá que algo del canon permanecerá inmutable en la escultura del siglo de Pericles.

LA LEYENDA DEL VELLOCINO DE ORO

En lo que hace a Minos, famoso soberano de Cnossos, aun después de su muerte seguirá teniendo trascendencia. Por boca de Ulises nos enteramos de que ejercía una importante función en el Hades:

> Allí vi sentado a Minos, el brillante hijo de Zeus, con el cetro de oro impartiendo justicia a los muertos. Ellos exponían sus causas a él, al soberano, sentados o en pie, a lo largo de la mansión de Hades de anchas puertas.

Este es el basamento mítico de su vocación judicial. Homero proclama que Minos reinó nueve años y conversaba con el gran Zeus, y hace notar que se instruyó en estas artes junto al rey del Olimpo concurriendo a sus clases como a la casa de un sofista. Platón, que por otra parte no se llevaba muy bien con los sofistas, afirma que las mejores leyes proceden de Creta y que estas tenían por autor al propio Minos.

Pero por fuera de las visiones míticas del rey Minos, parece ser que este fue un personaje bien "real". El historiador griego Tucídides, que viviera entre los siglos V y IV a.C. y fuera autor de una magnífica historia de la guerra del Peloponeso, señala que:

> Minos es el rey más antiguo de que hayamos oído decir que había creado una marina. Extendió su imperio por la mayor parte del mar que llamamos griego actualmente. Dominó sobre las Cícladas. Fue el primer colonizador de la mayoría de estas islas, después de haber expulsado a los carios, y estableció allí como jefes a sus propios hijos. Reprimió tanto como le fue posible la piratería en el mar, a fin de que se le pagasen a él los tributos.

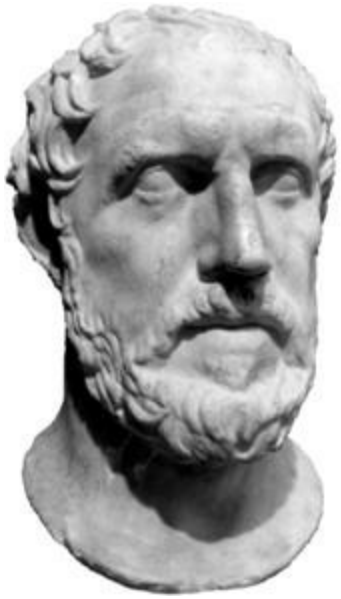
Es a este régimen tributario, al que los historiadores de la antigüedad se refieren con el término de "talasocracia".

Abundando en la caracterización de este imperio, Tucídides agrega que:

> Cuando la marina de Minos estuvo organizada, las relaciones marítimas se hicieron más fáciles porque había expulsado de las islas las bandas que las infestaban y había establecido colonos en la mayoría de ellas. Desde entonces los habitantes costeños, al ver sus posesiones mejor aseguradas, se establecieron de un modo más firme, y algunos se rodearon de murallas en cuanto llegaron a enriquecerse. Los más débiles cedieron a sus intereses, aceptaron la dominación de los más fuertes, y los poderosos se aprovecharon de sus riquezas para sojuzgar a las ciudades más débiles. Esta situación perduraba aún cuando se declaró la guerra de Troya.

El párrafo describe minuciosamente el desarrollo de la talasocracia mencionada y el posterior establecimiento de los reinos micénicos en el continente y las islas.

Pero las fabulosas historias cretenses tienen continuidad en el continente. Es tiempo de internarnos en la ya mencionada historia del vellocino de oro y sus osados perseguidores, los argonautas. Hemos de remontarnos a la historia de Frixo y Hele para comprender los orígenes de esta leyenda. El famoso vellocino es la dorada piel de un carnero divino, hijo de Poseidón y Néfela, quienes se transformaron en carneros para escapar de los pretendientes de la dama y dar así rienda suelta a sus deseos de amores.



Tucídides. El gran historiador griego, autor de *La guerra del Peloponeso*, afirmó que el rey Minos no sólo fue el rey más antiguo de que se tenga memoria sino que fue el primer colonizador de las islas griegas y quien reprimió a la piratería con mayor eficacia.

Néfela se unirá en el futuro con Atamante, con quien dará a luz dos hijos, Frixo y su hermana Hele. La madre morirá poco después –o será mejor decir que ascendió al Olimpo con los dioses– y Atamante volvió a casarse, esta vez con Ino, la hermana de Sémele. Atamante tuvo con esta mujer otros dos hijos, Learco y Melicertes, y con el tiempo Ino comenzó a preocuparse por la sucesión de su marido y concibió la idea de desembarazarse de los hijos del primer matrimonio de su esposo.

Apolodoro de Atenas afirma que Ino convenció a las mujeres de su pueblo para que a espaldas de sus maridos tostaran la semilla de manera que esta no diera más cosechas. Así ocurrió. La simiente no germinaba, de golpe la tierra nada producía. Un pueblo desesperado se dirigió a Atamante reclamándole una respuesta por esta extraña desgracia. El rey, que tampoco tenía respuesta para el enigma, envió a personajes de su confianza hacia el oráculo de Delfos para que consultaran a aquél acerca de la circunstancia que atravesaban. Pero Ino comisionó a otro grupo de hombres para que sobornaran al oráculo antes de que este brindase una respuesta conveniente.

El aterrador mensaje con que los enviados del rey regresaron decía que “El azote que sufre el país no cesará hasta que se inmole a Frixo en los altares de Zeus”. Atamante, entonces, fue obligado por sus hambrientos súbditos a acabar con la vida de su hijo. Pero en el momento en que su sangre iba a ser derramada, el becerro dorado hijo de Poseidón y Néfela fue enviado por esta al rescate de sus hijos. El maravilloso animal surgió de pronto en el cielo, provocando la absoluta fascinación de los pobladores y concluyó llevándose a ambos hermanos en su lomo.

Nos dice Apolodoro que cuando el carnero llegó volando hasta el mar que separa a Sigeo del Quersoneso, Hele se dejó caer al mar, por lo que dicho mar tomó el nombre de Helesponto. Frixo consiguió sostenerse aferrado a las lanas del animal, y este lo depositó en las costas de la Cólquida, al este del mar Negro.

Allí fue recibido y honrado por el rey Eetes, y para él inmoló Frixo al carnero y se lo entregó en sacrificio. Como contrapartida, el rey le ofreció la mano de su hija Calciopea y Frixo se aposentó definitivamente en la Cólquida, no sin antes enviar una consistente maldición a quienes casi terminan con su vida. La piel del carnero fue suspendida de una encina en un bosque consagrado a Ares. El maravilloso vellón fue custodiado por un dragón aterrador que jamás descansaba y que no permitía a nadie acercarse.

Entretanto, mucho tiempo había transcurrido en la Tesalia. Reinaba en Yolcos, Pelias, el hermano de Neleo, hijo de Poseidón y la bella Tiro. Pero Tiro tenía otro hijo anterior, al que Pelias había alejado convenientemente de los asuntos de la corte. Se trataba del hijo de Creteo, nieto directo del fundador de Yolcos, el gran rey Eolo.

Jasón –que de él hablamos– había quedado al cuidado del centauro Quirón, como ocurrirá en el futuro con Aquiles. Píndaro pone en su boca estas palabras que retratan su queja y el recuerdo de su infancia:

> Temiendo la ferocidad del orgulloso usurpador [Pelias], mis padres afectaron un gran duelo y fingieron llorar mi muerte inmediatamente después de mi nacimiento. Las mujeres hicieron resonar el palacio con sus gemidos, y a favor de la noche, único testigo de su inocente fraude, fui envuelto en secreto en mantillas de púrpura y llevado al descendiente de Cronos [Quirón]. Formado en su escuela, alimentado por sus castas hijas, llego del antro que habitan con él Filira y Cariclo; he alcanzado entre ellas mi vigésimo año sin que una acción, ni siquiera una palabra indigna, me haya nunca deshonrado.

Aquí sucede el episodio de su enfrentamiento con el usurpador Pelias y la demanda que le hace del trono de su abuelo. En este punto, la tradición vacila. La más conocida refiere que Jasón volvió a encontrarse con Pelias en oportunidad de un sacrificio a los dioses que este hizo junto al mar. En su camino, Jasón debía atravesar primero el río Anauro, y en su travesía extravía una de sus sandalias. Pelias acababa de presentarse al adivino para consultar su suerte. Este le había recordado la maldición que pesaba sobre los reyes de Yolcos por el exilio de Frixo y Hele (maldición que solo el regreso del vellocino repararía), y le había recomendado que evitara cuidadosamente…

> …el encuentro con el mortal que, extranjero y ciudadano al mismo tiempo, descenderá de las montañas, no teniendo más que un solo pie calzado. Y entrará a la famosa Yolcos marchando hacia occidente.

Cuando Pelias vio venir hacia él a este joven gallardo y decidido que llevaba calzado un solo pie, recordó instantáneamente la predicción, e interrogó al muchacho: “Si tuvieras el poder y alguien te hubiera predicho que serías asesinado por uno de tus conciudadanos, ¿qué harías?”.

Jasón, que previamente había sido aleccionado por Atenea, le respondió que lo enviaría a buscar el vellocino de oro, y Pelias le tomó la palabra; le informó que el mismo oráculo lo había designado a Jasón para esta tarea y que, a cambio, recibiria el trono a su regreso. Le dijo:

> La sombra de Frixo me ordena partir hacia el país donde reina Eetes, traer sus manes a la tierra natal y llevarme el rico vellón del carnero sobre el cual atravesó los mares para escapar de los impíos dardos de una cruel madrastra…

El oráculo de Castalia le había confirmado que era Jasón el elegido y que debía equiparle en seguida con un navío para que partiera:

> No titubeéis, pues yo os lo ruego. Para pagar mi deuda, me comprometo a devolveros el trono a vuestro regreso y tomo por testigo de mis promesas al poderoso Zeus, del cual entrambos descendemos (Zeus es el dios que preserva y garantiza la rigurosidad del juramento).

LA EXPEDICIÓN DE LOS ARGONAUTAS

Tres diosas se comprometieron a darle apoyo a la expedición: Hera la primera de todas, por cuanto tenía una especial predilección por el joven Jasón. Pero también Atenea y Afrodita, patronas de la inteligencia y el amor, se implicaron en el éxito de esta aventura. Una aventura que les llevaría muy lejos de los lugares habituales por donde paseaba el movedizo pueblo griego. Nadie sabía

entonces muy bien dónde quedaba la Cólquida, objetivo de la expedición, aunque todos los consultados afirmaron que debía atravesarse el Helesponto, el Quersoneso y penetrar profundamente en ese océano ignoto que era para entonces el mar Negro.

La misma Atenea participó en la construcción de la nave. El "Argos" se construyó en Pagaso, a solo veinte estadios de la ciudad de Yolcos. Atenea hizo colocar en la proa del navío una pieza de madera procedente del bosque sagrado de Dodoma. A esta madera le había sido dado el don de la palabra y la predicción del porvenir. Además llevaban con ellos otro adivino (este, humano y mortal) llamado Idmón que antes de partir hizo los sacrificios necesarios y consultó el futuro, siendo sus predicciones de lo más favorables. O no tanto puesto que el resultado de sus predicciones no era muy benévolo con él mismo: todos volverían sanos y salvos, excepto él.

A pesar de su convicción, Idmón acompañó con alegría a los embarcados, un grupo bastante numeroso según las distintas fuentes. Píndaro no cita más que a los diez principales; Apolodoro de Atenas, en cambio, da el nombre de cuarenta y ocho; e incluso Apolonio de Rodas menciona hasta cincuenta y cinco. Se concluye que el "Argos" había sido construido para cincuenta remeros; era el primero de ese tamaño en la época.

Los primeros veintiocho nombres de la lista suelen coincidir en todas las fuentes y se corresponden con hijos de dioses y héroes. Algunos inmortales, aunque la mayoría de ellos simples mortales. Entre los primeros estaban los hijos de Zeus: Heracles, Cástor y Pólux; les seguían los vástagos de Poseidón: Anceo y Eufemo, y los de Hermes: Equino, Eurito y Etálida. Viajaban también dos hijos de Dionisos (Flías y Eumedonte), dos de Ares (Ascalefo y Yalmeno) y dos de Bóreas (Calais y Zetes) junto a un solo hijo de Apolo, el bello Orfeo, protagonista de otras historias fantásticas. Estos héroes divinos fueron acompañados por otros héroes mortales como Meleagro, Periclímenes, Telamón y Peleo, Tifis (que sirvió de piloto), Acasto y el mencionado Idmón junto a otros dos adivinos: Anfiarao y Mopso.

Construcción del "Argos". El panel de terracota romano recrea el momento en que se está construyendo el navío. El armado del mismo se llevó a cabo en Pagaso.

Otros cronistas posteriores siguieron agregando nombres a la lista de modo que todas las ciudades helenas se sintieran contribuyentes de esta suprema epopeya, en cierto modo fundacional de la identidad helena. Apolodoro de Atenas asegura que la misma Atalanta, la virgen cazadora que

deslumbrara a Meleagro, quiso incorporarse a la expedición, pero arguye que Jasón se opuso por temor a que una mujer entre tantos hombres fomentara alguna disputa en un grupo que debía estar fuertemente unido.

Antes de partir debieron elegir un jefe para la expedición y, teniendo en cuenta la calidad de algunos de estos participantes, la elección no debió ser fácil. Después de una larga deliberación todos decidieron otorgarle esta autoridad a Heracles. Pero este se negó:

> Que ninguno de vosotros piense en concederme este honor. Yo no puedo aceptarlo, ni permitir que ninguno de los aquí reunidos lo acepte. Aquel cuyo peligro aquí nos convoca es el único que debe mandarnos.

Tras una sentencia tan convincente, el grupo decidió finalmente apoyar al joven e inexperto Jasón como jefe de la expedición.

Como era costumbre sacrificaron un becerro en honor del dios Apolo y luego partieron con destino a Lemnos, primera etapa de su periplo. La isla de Lemnos era en la época un lugar bastante poco común. Se encontraba enteramente habitada por mujeres. Ellas –Jasón y sus compañeros lo sabrían más tarde– habían acabado con sus maridos en circunstancias que la leyenda describe con minuciosidad. Parece ser que Afrodita, disgustada porque las mujeres de Lemnos no le rendían sacrificios y honores como ella esperaba, esparció entre ellas una peste que las hizo adquirir un olor insoportable que espantaba a sus hombres. Exilados de proximidad tan repugnante, los hombres de Lemnos se aficionaron a las extranjeras, especialmente las esclavas tracias. Enfurecidas, las mujeres de Lemnos decidieron acabar con semejante ultraje, asesinando a los desdeñosos.

Uno solo escapó a la matanza. El legítimo rey, Toas, que fue escondido por su hija hasta que pudiera dejar la isla. Justamente, en la emergencia, Hipsípile, la salvadora de su padre, fue elegida reina, y ella fue la encargada de presidir los honores a los desembarcados. Porque, naturalmente, muy pronto las mujeres de Lemnos sintieron la carencia de aquello que eliminaron, y recibieron a estos hombres con una “hospitalidad” regia. Circunstancia que hizo en el futuro mucho más difícil reemprender la travesía.

Así, el episodio del encuentro con las mujeres de Lemnos se convirtió, para la interpretación tradicional del “periplo del héroe”, en el momento en que se puso a prueba su voluntad y resolución. El mismo Jasón concibió dos hijos con la reina Hipsípile. Se trata de Lineios al que Homero menciona en *La Ilíada* y Nefronios.

Desde luego, para entonces, las mujeres de Lemnos habían perdido ya aquel aroma que las hiciera tan indeseables. Casi la totalidad de los argonautas tomaron mujeres entre la población local. Apolodoro de Atenas dice que así como Jasón siguió a Hipsípile… “cada uno de sus compañeros siguió a la mujer que el azar le dio por guía”.

Pasaron los meses, y los héroes parecían afincarse en la rica comarca. Solo Heracles permanecía impaciente. Por fin, un día el hijo de Zeus y Alcmena les amonestó de esta manera:

> Compañeros: ¿permaneciendo tanto tiempo unidos a extranjeras es como adquiriremos la gloria a que aspiramos? ¿Esperáis que un dios sensible os traiga aquí el vellocino de oro como premio de esta ociosidad? Creedme, volvamos todos a nuestra patria, y dejemos que nuestro jefe pase a medida de sus deseos todo el día en los brazos de la hermosa Hipsípile. Que llene a Lemnos con su descendencia y que haga inmortal su nombre con esta hazaña.

El sarcasmo sacudió poderosamente a un joven veinteañero que muy probablemente no había conocido mujer antes de esta afortunada visita. Este instruyó a sus compañeros y todos partieron ese mismo día. Orfeo les animó con sus cantos y siguieron su camino a Samotracia. A sus espaldas habían dejado la isla considerablemente más poblada que cuando desembarcaran.

En la isla de Samotracia los argonautas, con Orfeo a la cabeza, fueron iniciados en los misterios de los Cabiros. Dado que este culto –el de los misterios órficos– es mucho más tardío que los tiempos de origen de esta leyenda, es muy posible que el detalle haya sido agregado más tarde para prestigiar este culto con una tradición mítica común al entero pueblo heleno.

Al dejar Samotracia, todo indica que se detuvieron en la Tróade, aquella región del noroeste de Asia Menor que fue escenario de cruentas batallas entre griegos y troyanos. Allí habría liberado Heracles a Hesíone, la hija de Laomedonte, que fuera abandonada por orden de un oráculo a merced de un monstruo marino que asolaba las costas de Troya. Heracles mató al monstruo y, tras liberarla, se la dio por esposa a Telamón.

Dejada atrás la bella Ilión, los argonautas se internaron en el Helesponto. Llegaron al país de los dolios, y fueron espléndidamente recibidos por el rey Ciziko. El episodio de la estancia de los viajeros en la isla de Ciziko es también de un curioso simbolismo.

Al día siguiente de su llegada decidieron escalar masivamente el monte Díndimo, porque desde allí se tenía un panorama muy hermoso de la bahía. Afortunadamente, Heracles no se entusiasmó con las correrías turísticas de sus camaradas y permaneció en el puerto.

Durante la ausencia de los argonautas, unos gigantes intentaron cerrar la bahía con piedras enormes… "esperando apresar allí al navío como se coge en un foso a un animal salvaje"; gracias a Heracles fracasaron en su intentona.

La apresurada llegada de los viandantes terminó de ponerlos en fuga. Inquietos por la repentina aparición de los gigantes, decidieron partir esa misma tarde. Así lo hicieron, pero en la noche una tormenta los arrojó nuevamente contra la costa de los dolios.

En medio de la oscuridad los nativos creyeron ser atacados por bandas de invasores y plantaron batalla. Tampoco los argonautas reconocieron a sus circunstanciales adversarios. La lucha se prolongó y la eficiencia guerrera de los griegos dio cuenta de muchos de los nativos. Cuando se hizo el día tomaron conciencia del absurdo enfrentamiento que habían sostenido; el propio rey Ciziko había muerto en la refriega. Su esposa, Klité, se suicidó al conocer la noticia.

Durante tres días los argonautas y sus anfitriones se entregaron a las lamentaciones y los rituales en homenaje a Ciziko y a los hombres que habían muerto en circunstancias tan desgraciadas.

La partida del "Argos" se demoraba más de una semana. Vientos contrarios les impedían abandonar la isla de los dolios. Mopso, uno de los tres adivinos que viajaban en la nave, recibió del canto de un pájaro el aviso divino de que Jasón debía ofrecer un sacrificio a la madre de los dioses para suplicarle que calmase el furor de los vientos.

En el mismo monte Díndimo –lugar de antiguas exploraciones–, Jasón sacrificó un becerro en honor a Hera y súbitamente todo cambió alrededor de los héroes…

> …la tierra hizo que bajo sus pisadas se abrieran innumerables flores. Los leones, abandonando sus cavernas, se llegaron a ellos acariciándolos con sus colas, y por un prodigio aún más asombroso, el monte Díndimo, que no había sido regado hasta aquel día por ninguna fuente, vio de repente brotar de su árida cima un manantial abundante, al cual los habitantes de la comarca llaman todavía "la fuente de Jasón".

Los argonautas se hicieron a la mar entonces con buen viento y navegaron hasta el país de los bebricios. Aquí sucedió el episodio del enfrentamiento de Pólux con el gigante Amico. El joven argonauta le venció y perdonó la vida a cambio de que nunca más amenazase a los viajeros.

Orfeo con Pluto y Proserpina. El bello hijo de Apolo y la musa Calíope era uno de los argonautas de la expedición. Su lira y su canto acariciaban el alma de los hombres que iban tras el vellocino de oro.

Al día siguiente zarparon; cuando pensaban ya penetrar en el Bósforo, una tempestad les arrojó a las costas tracias. En ese lugar, en Salmideso, los argonautas se encontraron con Fineo, un famoso adivino ciego. Su desgracia era el resultado del castigo que le infligiera Zeus por revelar su destino a los hombres. Pero allí no terminaban los males para el desdichado augur: las Harpías se encarnizaban con él impidiéndole comer, descomponiendo todo alimento que se le sirviera. Calais y Zetes, dos de los integrantes de la tripulación que eran hijos de Bóreas y por tanto estaban dotados de alas, persiguieron a las Harpías hasta que estas prometieron no volver a molestar al anciano.

En agradecimiento, Fineo les enumeró las precauciones que debían tomar para cruzar las rocas Simplegades. Rocas que se elevaban mucho por encima del mar y los vientos las hacían chocar entre sí de tal manera que cerraban el paso… "Explicó que debían soltar primero un ave y solo si esta lograba pasar debían intentarlo". Así hicieron los argonautas, y primero soltaron el pichón que a duras penas logró salvar su cola del violento cierre de los gigantescos muros de piedras azules. Entonces, los argonautas acometieron con energía sus remos encarando de frente a las rocas repentinamente cerradas, y estas comenzaron lentamente a abrirse mientras los sudorosos remeros se afanaban por transitar el breve pasaje. Aun a pesar de las previsiones tomadas, las piedras se cerraron de golpe, violentamente arrasando la popa del Argos que quedó definitivamente dañada. A partir de entonces el prodigio no volvió a producirse puesto que estaba escrito que si una nave atravesaba el paso, el poder de las rocas caducaría.

El Vellocino de oro, al fin…

Habían ingresado los argonautas en el Ponto Euxino, nuestro mar Negro, y se dirigieron a la costa del país de los mariandinos, cuyo rey, Licos (el nieto de Tántalos), los recibió espléndidamente. Allí murió Idmón, aquel que presagiara el buen destino de sus camaradas y su propio sino adverso. En una partida de caza con los mariandinos un jabalí le clavó sus colmillos.

Partieron, y apenas reiniciado el viaje perdieron al piloto, Tifis, al que reemplazaron por Anceo. Obligados a desembarcar en una isla consagrada a Ares, fueron atacados por unas aves fantásticas, las "estinfálidas", que arrojaban sus doradas plumas como dardos sobre los argonautas. Estos recurrieron a la astucia para librarse de los pájaros: el ruido del entrechocar de las armas los espantaba. En la isla encontraron abandonados a los hijos de Frixo y Calciopea, que se incorporaron como guías a la expedición.

Llegaron por fin a la Cólquida, la costa orien tal del Ponto Euxino, al pie del Cáucaso. Allí se

presentaron ante Eetes, hijo de Helios y la oceánida Perseis, hermano de Circe y de Pasifae, y le comunicaron el encargo que traían de Pelias en la Tesalia. Eetes no tomó de buen grado la pretensión de los extranjeros, pero finalmente cedió, con la condición de que Jasón saliera vencedor de la prueba que le proponía:

> En un campo que lleva el nombre de Ares tengo dos toros cuyos pies son de bronce y cuya boca vomita torbellinos de llamas. Yo mismo los unzo a un arado y les hago labrar cuatro arpentas de un terreno áspero y salvaje. Terminado este trabajo, siembro en vez de los dones de Deméter, los dientes de un horrible dragón, de los que nacen en seguida gigantes armados…

Jasón debía acometer esta empresa y además matar a los gigantes.

La tarea sonaba desproporcionada de no ser por la ayuda que le brindó Medea, la hija de Eetes, que se había enamorado perdidamente de Jasón. Ella le suministró una poción que le volvió inmune al hierro y de una fuerza sobrehumana. Con estos prodigios de su lado, terminó fácilmente con los gigantes, pero otras pruebas esperaban a Jasón, puesto que no era sencillo hacerse con un vellocino que protegía semejante dragón.

Sin embargo, la misión fue considerablemente simplificada merced a la acción de Medea:

> Avanza audazmente hacia él invocando a la temible Hécate y rogando dulcemente a Hipnos, el más compasivo de todos los dioses, que adormeciera al monstruo. Jasón iba en pos de ella, no sin espanto. Pero el dragón, domado por la fuerza del hechizo, baja sus anillos amenazadores y se extiende en infinidad de círculos…

Jasón subió entonces a la encina y se hizo con el precioso vellocino. Ese mismo día, con Medea y su hermano Absirto a bordo, escaparon de la cólera de Eetes, que los persiguió incansablemente. Absirto fue asesinado y despedazado a bordo, y sus restos fueron arrojados al mar para detener de este modo la persecución del rey de la Cólquida.

Algunas fuentes atribuyen a Medea el crimen y otras a Jasón. A partir de entonces fue la cólera de Zeus la que les persiguió por mares y ríos. La leyenda los hace remontar los ríos interiores del continente para terminar desembocando en el Mediterráneo occidental, donde buscaron la isla de Circe –a la que tanto amara Ulises– para purificarse de la muerte de Absirto.

Circe, aunque no les permitió entrar a su palacio, consintió en purificarles, pero les pidió que dejasen sin demora la isla. Ya en el mar, debieron enfrentar el desafío de las sirenas que encantaban a los navegantes con sus cantos, pero el grupo contaba con Orfeo, que era capaz de cantar más alto y más bello que las descendientes de las Musas. Solo uno de sus camaradas se arrojó al agua, Buto, pero fue salvado por Afrodita, que lo transportó a Lilibea, donde se unió a él para tener un hijo: Erix.

Jason con el Vellocino de oro (1803). Museo Thorwalsen, Copenhague. La leyenda cuenta que tres diosas apoyaron la expedición que habían de emprender Jasón y los argonautas: Hera, Atenea y Afrodita. Debían llegar a la Cólquida y regresar con el vellocino de oro. Así lo hicieron.

En su travesía, los argonautas llegaron a Corfú, donde su rey, Alcinoo, les recibió con mucha cortesía. Pero también arribaron a la isla los enviados del rey Eetes que demandaban a Alcinoo que entregase a Medea. Alcinoo no contestó de inmediato, pero su esposa Aretea conocía la respuesta: el rey la entregaría si Medea era aún virgen. Esa misma noche Aretea previno a Jasón y Medea de la solución que programaba su marido y estos decidieron casarse. Al día siguiente, y frente al hecho consumado, Antinoo les hizo saber a los perseguidores de Jasón su decisión. Los colcos, contratados por Eetes para esta tarea, no quisieron regresar a su país sin Medea y le pidieron a Alcinoo que les permitiese establecerse en su tierra, cosa que el rey consintió.

A la vista ya del Peloponeso, una nueva tormenta les arrojó a las costas de Libia. Terminaron en los bancos de arena de Sirte y se vieron obligados a transportar su nave sobre los hombros por doce días hasta el lago Tritonio. Allí, Tritón, el hijo de Poseidón, los ayudó a llegar al océano y se dirigieron a la isla de Creta, donde tuvieron su enfrentamiento con el gigante Talo. De la raza de los hombres de bronce, el gigante tenía una larga vena que atravesaba su cuerpo desde el talón hasta el cuello, donde se encontraba obturada con un clavo de bronce.

Son muy diversas las versiones sobre este enfrentamiento.

O bien Medea le dio muerte mediante un brebaje que lo volvió frenético; o Peante, uno de los tripulantes y un estupendo arquero, le atravesó el talón con una flecha; o la misma Medea le arrancó el clavo del cuello después de haberlo distraído, y el gigante murió desangrado.

Hicieron otra breve escala en la isla de Egina, pero ya nada demoraría el regreso de los argonautas al puerto de Pagaso, de donde habían partido cuatro meses atrás.

La leyenda –desde luego– no concluye aquí, puesto que Jasón se encontró con desgraciadas novedades a su regreso (su padre y su hijo habían sido asesinados por Pelias, y su madre se ahorcó por la desesperación) y estas complicarán su reasunción del trono, por lo que la saga continúa. Mas la suprema proeza de retornar a Tesalia con el vellocino, había sido cumplida por este numeroso grupo de griegos.

Será el primer antecedente del reconocimiento de un destino común entre los pueblos helenos. La guerra de Troya, el establecimiento de las Olimpíadas hacia el 762 a.C. y la coalición contra los persas, fortalecerán esta unión en el futuro. Sin embargo, no conseguirán una unión efectiva en toda la

época clásica, y ya en el siglo IV a.C. sus ciudades serán arrasadas por Alejandro Magno; después vendrán los romanos, los turcos…

Conclusiones

Hemos recorrido un milenio de historia junto a estos movedizos pueblos del Mediterráneo oriental. La mitología griega transportada en el maravilloso vehículo de su lengua ha constituido el mecanismo de producción de su identidad, de su afirmación cultural. Pero a la vez es una manifestación de su historia, puesto que, necesariamente, ritos y fundamentos litúrgicos sufrieron la misma transformación que aquellos dorios que se establecieron allí superponiéndose o conviviendo con etnias anteriores, con otras deidades y otros mitos.

Así fundaron sus ciudades, y los mitos proveían de legitimidad a esas nuevas construcciones sociales. Muchas veces reflejaban la dominación de un pueblo sobre otro, en ocasiones una fusión pacífica. Deidades de distinto origen constituyeron matrimonios en el panteón religioso común de los helenos. Por lo que hemos podido concluir, la mayoría de las deidades femeninas se corresponden con un origen oriental, y viceversa, las deidades masculinas son por lo común de origen dorio o balcánico.

Muchas leyendas resultan entre sí contradictorias, y esto es quizá una prueba más de su perfecta adaptación a las necesidades de cada comunidad y cada polis. Puesto que la religión griega fue esencialmente urbana y una afirmación de esa comunidad que rendía tributo a su espíritu gregario. Por supuesto, también reglaba formas de convivencia y fijaba algunas pautas morales, aunque su práctica no fue jamás rígida.

La variedad de versiones del corpus principal de la vida de los dioses y héroes, conspiró contra cualquier interpretación unívoca, lo cual proscribió el señalamiento de herejías o apostasías. El sacrilegio –por ejemplo– respondió siempre a hechos concretos y no a interpretaciones o dichos. Puede exceptuarse el caso de Sócrates que mencionáramos por su excepcionalidad; ya hemos reseñado los datos de la coyuntura en que sucedió este episodio y las connotaciones políticas que el mismo tuvo.

A diferencia de las sociedades orientales, en las que el aparato religioso constituyó un rígido cuerpo sacerdotal muy unido al poder político, en la Grecia clásica rara vez existieron estos planteles profesionales, y de haberse constituido en algún remoto santuario, no ejercieron sobre la civilidad ese abrumador poder del culto de Estado. En Atenas, estos no eran más que magistrados elegidos por un tiempo limitado y para presidir alguna festividad anual específica. No quedaban relevados de los otros deberes militares o civiles que comprometían a sus conciudadanos. Dado el carácter de fiesta social que la oportunidad de una festividad religiosa suponía, al sacrificio de un buey o un cordero le seguía el banquete y la bebida en común. Resulta casi natural que quienes eran

elegidos para sacrificar los animales tuviesen alguna habilidad especial como carniceros o cocineros. Solo cabe volver a resaltar el carácter de festejo popular que asumieron la mayoría de los rituales que se practicaban en las urbes de la Hélade.

Con todo, por debajo de los cultos griegos sacralizados por la ciudad y sus instituciones, subsistió otro culto, más plebeyo e íntimo, que contaminó en cierto modo los cultos principales. Hablamos del "orfismo" y otros cultos mistéricos, que escaparon a la ritualización urbana ocultos en la intimidad del hogar. Porque así como la sociedad de las polis antiguas era netamente masculina, también lo eran sus cultos urbanos muy unidos a rituales guerreros, por ello la mujer desarrolló una religiosidad distinta que se expresó en rituales muy sofisticados y exclusivos. Los mismos rituales les permitieron sustraerse al control de los hombres.

Podríamos casi concluir que existen dos cultos paralelos y separados por motivos de género en la ciudad griega antigua. No es que la mujer no participe de los cultos consagrados, sino que hay algunos que le son específicos y de los que los hombres fueron excluidos.

Escribe Hesíodo:

> Ante todo fue Caos. Luego Gaia [la Tierra], la del ancho seno, eterno e inquebrantable sostén de todas las cosas. Y Eros, el más hermoso de los mortales, que penetra con su dulce languidez a dioses y hombres, doma los corazones y triunfa de los consejos prudentes.

La Teogonía posee una lógica elemental. ¿Qué podía haber al principio de todo? Seguramente la tierra, pero aun antes que ella "la noche profunda". La tierra es capaz de generar todo lo que existe, pero ha de precisar el hálito, el impulso de otra divinidad que ha de ser necesariamente su contemporánea: el instinto de generación, Eros.

Comprobamos que los mitos son muchas veces la expresión oral o escrita de observaciones de la naturaleza. Así, vemos que Erebo engendra con Nix a Aiter y a Hémera, porque el día con su brillo, sigue a la noche y a la oscuridad. La tierra es capaz de engendrar ella sola el mar, pero necesita de la ayuda del cielo para generar ríos y lagos, puesto que la lluvia que los constituye proviene del cielo. Así nacerán seres luminosos y oscuros. Estos últimos no pueden provenir sino de las profundidades de la tierra, y es natural que sean vencidos por los dioses olímpicos desde que la luz del cielo triunfa sobre las tinieblas de la tierra.

Por un mecanismo similar al que determina las generaciones de los hombres, nacieron los dioses. Por fuera de su postulada inmortalidad nada los diferencia de los mortales, puesto que han sido creados a su imagen y semejanza. Poseen una misma ética, una misma moral y una idea similar del bien, de la justicia y del mal. Les son asignados los mismos defectos, vicios y crímenes que afectan a los mortales.

Donde los antiguos encontraban un misterio al que no conseguían dar una respuesta experimental, inventaban un nuevo dios. Ello explica la proliferación de divinidades. La intuición de que todo lo que existe había de estar conectado de alguna manera y determinado recíprocamente, no tenía por qué ocultarles que las diversas fuerzas de la naturaleza contaban con cierta autonomía para determinar fenómenos que sobrecogían a los hombres, infundiéndoles miedo o asombro.

Nada puede conocerse realmente de las civilizaciones antiguas si no se examinan con detenimiento sus mitologías. Ellas hablan de las más profundas angustias que viven estas sociedades. Ni siquiera es posible adentrarse en la lectura de sus textos más abstractos sin un conocimiento suficiente sobre sus creencias, puesto que estas son mencionadas persistentemente en ensayos filosóficos, su dramaturgia, sus textos históricos y su poesía. Sin este conocimiento sumario, la lectura se hace

engorrosa y nos obliga permanentemente a la consulta de un diccionario sobre tradiciones y dioses.

¡Que los griegos no eran capaces de una gran devoción! Es posible que se encontraran a salvo del fanatismo que aquejó a otros pueblos sometidos a religiones monoteístas de estricta observancia, pero sus sentimientos religiosos no eran menores a los de otros pueblos. Aunque, destacándose los griegos en la especulación racional de cuanto se puso frente a ellos, es natural que los pensadores más característicos de esta cultura tuvieran mucho que decir acerca de algunas torpes creencias de sus contemporáneos. Jenófanes, por ejemplo, declaraba que Dios es uno, el más grande de todos los seres, y no se parece a los hombres ni en cuanto a la forma ni en cuanto al pensamiento.

¿Es este el principio de un concepto místico monoteísta? Es posible, aunque lo más probable es que solo tradujera la indignación que causaban en espíritus más cultivados las creencias populares más disparatadas. Píndaro, el poeta tebano, rechazaba todas las tradiciones míticas que deshonraban la majestad divina. Eurípides llamaba a estos relatos "miserables historias de poetas" y afirmaba que "si los dioses hacen algo malo, no son dioses". Se negaba a admitir que seres superiores se comportasen como los hombres: borrachos, asesinos, ladrones y adúlteros. ¿Y sin embargo…?

Es que mediante la naturaleza lo divino se presenta al alma humana. Esta revelación produce en el hombre sentimientos de asombro, encanto o terror, y da así nacimiento a estos relatos maravillosos que integran el tesoro mitológico del que aquí hemos reseñado solo una fracción. Esta naturaleza siempre activa, poderosa, inmortal, que domina a los hombres con su fuerza implacable, supuso la existencia de seres superiores y misteriosos. Postulados por el ingenio humano, no podían ser muy distintos de los hombres, sino más bien una exageración del tem peramento de los mismos.

El hombre primitivo vio una acción en cada fenómeno que le resultaba inexplicable. Y esta acción, relatada con los vivos colores de una imaginación desbordante, fue la que constituyó al mito como tal. Más tarde, poetas y dramaturgos dieron a estos mitos sus formas más perfeccionadas. Allí nació la belleza de la leyenda.

Hemos recorrido estos mitos en toda su espesura, mas cuando abordamos el epílogo tomamos conciencia de cuánto más hubiera podido incluirse. ¿Acaso hemos contado todas las historias que se atribuyen a Teseo? ¿Y cuánto nos faltó contar sobre Perseo y sobre Belerofonte? Es natural que nos invada la angustia ante la monumentalidad que la mitología griega representa, o más bien ante la imposibilidad de su reducción. Permanentemente re-visitada, nuevas inferencias y conclusiones obtuvieron los pensadores del Renacimiento europeo. Otras importantes cuestiones trajeron estas tradiciones a los hombres de la modernidad, y su fecundidad es tal que también alumbró el pensamiento de nuestros contemporáneos.

Un breve párrafo de Jenofonte (430 - 355 a.C.), quizá nos dé un indicio de la originalidad del genio griego. En la *Expedición de los diez mil* o *Anábasis*, el escritor ateniense narra la campaña que emprendiera un ejército mercenario griego en el reino persa hacia el 404 a.C. Ciro –quien los contratara para derrocar a su hermano el rey Artajerjes II– fue muerto durante un combate en la llanura de Cunaxa, en la Mesopotamia; su ejército se dispersó y los griegos quedaron de pronto desocupados y acosados por fuerzas enormemente superiores, a miles de kilómetros de sus patrias.

La epopeya consiste justamente en esta larga retirada atravesando seis mil kilómetros de hambre y peligro hasta arribar al mar Negro. Aunque disimulado en tercera persona, es el mismo Jenofonte quien termina dirigiendo la marcha de esa portentosa armada. En el libro segundo, muerto ya Ciro, los heraldos de Artajerjes –abrumado por la inquietud que las huestes helenas representaban– comunican a Clearco, general en jefe de la expedición, las disposiciones de su rey, quien pregunta acerca de la actitud que tomarán los griegos.

Dice Falino, heraldo del rey persa:

Pero el rey nos ha encargado que además os dijésemos que si permanecéis en este sitio os concederá treguas, pero si avanzáis o retrocedéis os hará la guerra. Decid pues, acerca de esto, si permaneceréis quietos y habrá treguas, o si anuncio que os consideráis como enemigos.

–Pues sobre este punto anuncia que pensamos lo mismo que el rey –le respondió Clearco.

–¿Y qué es eso mismo? –dijo Falino.

Y le contestó Clearco:

– Si permanecemos quietos tregua, y si avanzamos o retrocedemos, guerra.

Y de nuevo preguntó el otro:

–¿Anuncio tregua o guerra?

Pero Clearco dio la misma respuesta:

–Tregua si permanecemos quietos, guerra si avanzamos o retrocedemos –y no dejó traslucir lo que pensaba hacer.

Mitología Griega

Dioses principales

Zeus (Padre)	Hera (Esposa de Zeus)
Atenea (Sabiduría)	Gea (Tierra)
Apolo (Artes, letras)	Afrodita (Fecundidad)
Cronos (Tiempo)	Océano (Agua)
Hermes (Comunicación)	Hefesto (Fuego)
Hades (Mundo inferior)	Eros (Amor)
Ares (Guerra)	Urano (Cielo)
Dioniso (Vino)	

Dioses secundarios

Persefone	Hestia	Poseidón
Tetis	Selene	Helios
Eos	Palas	Artemisa
Ceo	Febe	Japeto
Dione	Atlante	Leto
Prometeo	Demeter	Epimeteo
Erebo	Mnemosyne	Hyperion

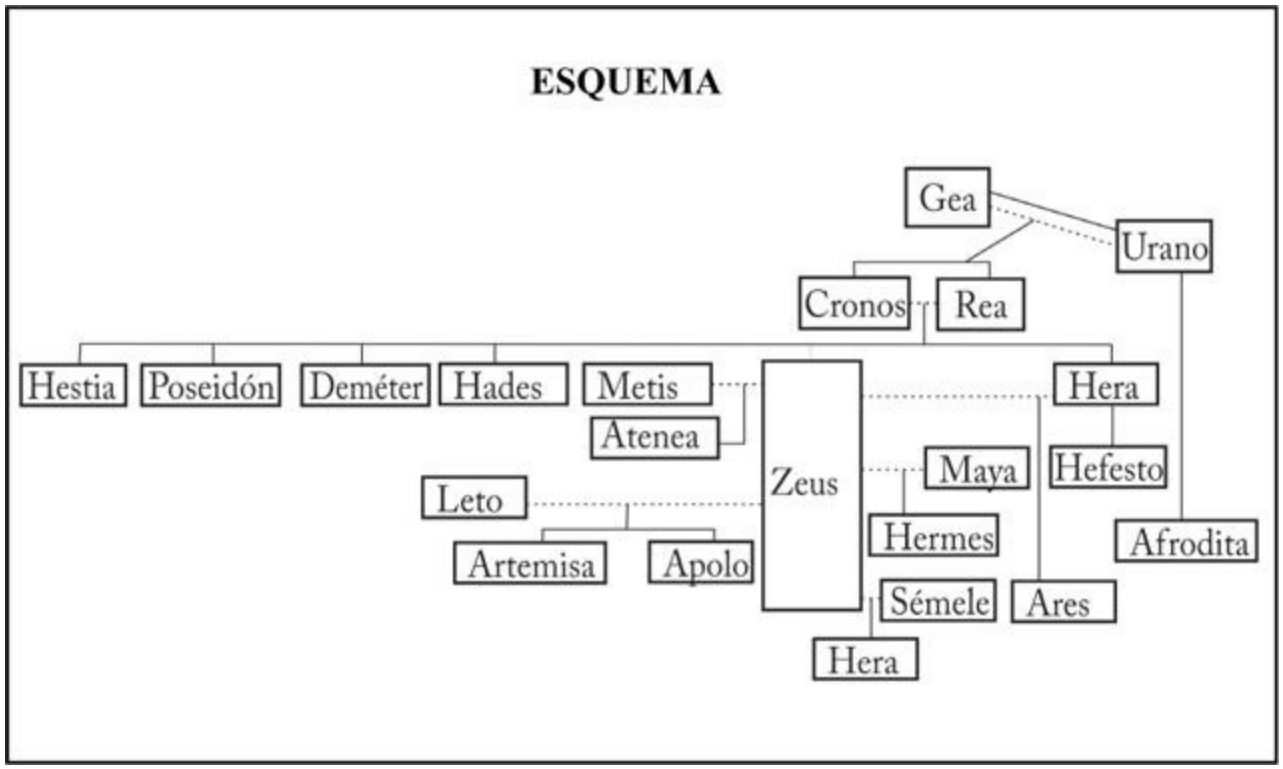
Seres intermedios

Pan	Musas	Erinias
Ninfas	Gigantes	Cíclopes

Seres humanos

Jason	Medea	Heracles
Orfeo	Teseo	Cadmo
Aquiles	Paris	

ESQUEMA


Gea
Urano
Cronos
Rea
Hestia
Poseidón
Deméter
Hades
Metis
Atenea
Zeus
Hera
Hefesto
Maya
Leto
Hermes
Afrodita
Artemisa
Apolo
Sémele
Ares
Hera

Bibliografía

CÓRDOVA ARVELO, Luis R.; *Mitología griega y romana*, Madrid, Ograma, 1963.
FALCÓN MARTÍNEZ, C.; Fernández Galiano, E. y López Melero R.; *Diccionario de la mitología clásica* (2 tomos), Madrid, 1980.
FALCÓN MARTÍNEZ, CONSTANTINO y otros; *Diccionario de la mitología clásica*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.
FINLEY, M. I.; *Los griegos de la antigüedad*, Barcelona, Labor, 1992.
GRIMAL, Pierre; *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1991.
KITTO, H. D. F.; *Los griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1980.
RICHEPIN, Juan; *Mitología Clásica* (2 tomos), México, UTEHA, 1952.
RUIZ DE ELVIRA, A.; *Mitología clásica*, Madrid, 1975.
SCHWAB, Gustav; *Dioses y héroes*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1949.
SEEMAN, Otto; *Mitología clásica ilustrada*, Barcelona, Vergara, 1958.

FUENTES

HOMERO; *Himnos Homéricos* (compuestos hacia el S. VII a.C.), 30 cantos.
APOLODORO DE ATENAS (S. II a.C.); *Biblioteca mitológica.*
APOLONIO DE RODAS (S. III a.C.); *Las Argonáuticas.*
ARISTÓFANES (S. V a.C.); *Obras (Las Tesmoforias, Lisístrata, Los Acamienses* y otras).
ERATÓSTENES (S. III a.C.); *Catasterismos.*
ESQUILO (S. VI a.C.); *Obras (Los Persas, Los siete contra Tebas* y otras).
EURÍPIDES (S. V a.C.); *Tragedias (Las Troyanas, Ifi genia en Táuride* y otras).
HERODOTO (S. V a.C.); *Historia.*
HESÍODO (S. VIII a.C.); *La Teogonía.*
HOMERO (S. VIII a.C.); *La Ilíada.*
HOMERO (S. VIII a.C.); *La Odisea.*
JENOFONTE; *La expedición de los diez mil*, Barcelona, Edicomunicación, 1994.
OVIDIO (S. I a.C.); *Las Metamorfosis*.
--- (S. I a.C.); *Los Fastos*.
PAUSANIAS (S II d.C.); *Descripción de Grecia* (10 tomos).
SÓFOCLES (S. V a.C.); *Tragedias (Antígona, Edi po rey, Electra* y otras) Comp.
VIRGILIO (S. I a.C.); *La Eneida*.
Atlas de Geografía Homérica: http://www.homero.com.html

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de la...

MITOLOGÍA GRIEGA

Fernando López Trujillo

Dioses, héroes, centauros, hidras, dragones… subamos al monte Olimpo para descubrir sus caprichos y devaneos amorosos, sus iras y conspiraciones, sus guerras y luchas de poder. Descubre el lado más humano de las deidades, las increíbles peripecias de personajes semi-divinos y otros seres mitológicos que conforman el imaginario colectivo de nuestra cultura.

La Breve Historia de la Mitología Griega se remonta a los orígenes de la civilización griega, la más avanzada del mundo antiguo, cuna de la cultura occidental, que floreció aproximadamente en el tercer milenio a.C. en la isla de Creta.

Las interpretaciones de los griegos ante los fenómenos telúricos y celestes que no podían explicar dieron lugar a creencias básicas, respuestas animistas con un toque sorprendente de genialidad que hizo que estas explicaciones se convirtieran en bellas leyendas. Así nacieron los dioses primigenios y elementales como Caos, el origen de todo, Cronos y Urano, Zeus y Hera, Hades y Perséfone…
Después vinieron los héroes como Aquiles, Odiseo ó Ulises, Héctor, Patroclo y Perseo, que vivieron las más prodigiosas aventuras y desafiaron la voluntad y los caprichos de los dioses.
La cultura griega pobló su imaginario con seres e historias de una fecundidad irrepetible. Junto a grandes dioses y divinidades menores, convivían mortales divinizados como los héroes y una galería de criaturas fantásticas que completan el cuadro de honor de la mitología griega.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temáticos y mucho más.